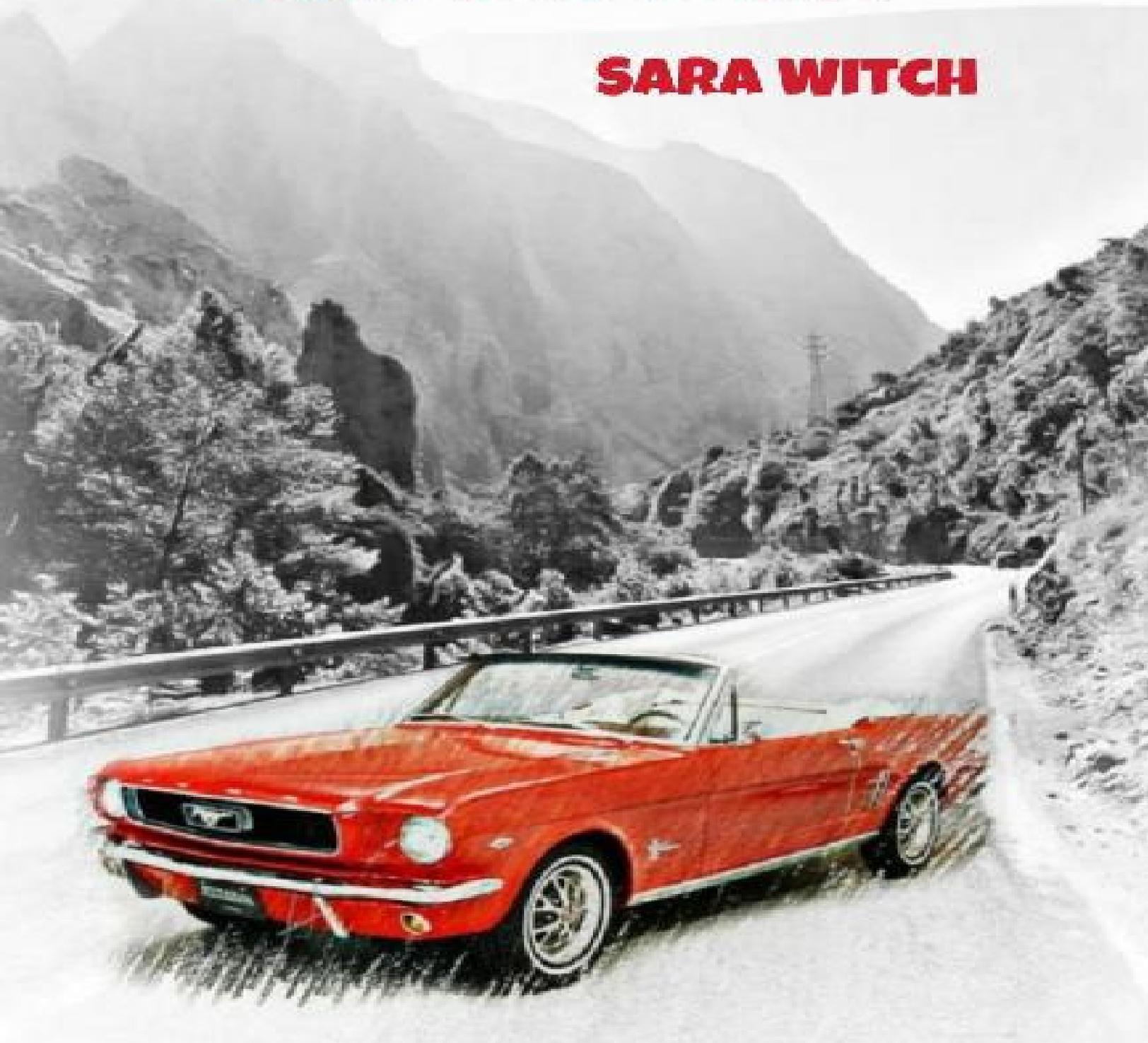




# HOY ES UN GRAN DIA

**SARA WITCH**



**HOY ES UN GRAN DÍA**  
**SARA WITCH**

Edición en formato digital: diciembre de 2018.

Título original: Hoy es un gran día...

Copyright @ Sara Witch, 2018

Diseño de portada: Taty\_Nd

Corrección: Jane Reyals

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

A ti. Siempre...

## **Índice**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

# Capítulo 1

## ANDREA

Hoy es un gran día. Es mi cumpleaños.

¡Gracias, gracias a todos por vuestras felicitaciones! Sois encantadores. Sé que no nos conocemos todavía, pero darme un rato de vuestro tiempo y eso lo solucionamos. Hoy hace diecinueve años que nací. Me llamo Andrea, mido metro setenta, mi peso está algo por debajo de lo que, según dicen, sería mi peso adecuado. Vamos, que soy algo delgaducha. Soy morena, mis ojos marrones, tirando a negro, según les dé la luz, de lo más clásicos, os lo aseguro. Una chica normalita, bueno del montón, como se suele decir. Pero hoy soy la chica más feliz del planeta, o de las que conozco, ya me entendéis. Este último año he estado trabajando en dos lugares bien distintos. En un quiosco vendiendo periódicos y revistas todos los fines de semana, desde las seis de la mañana hasta las dos y luego iba a unas oficinas en el centro todas las tardes de la semana; era becaria. Necesito adquirir experiencia para el futuro. Estoy estudiando primero de empresariales y estas prácticas me van a venir genial. Digo era, porque estoy de vacaciones en los dos sitios a la vez (Aquí vendría el emoticono de la flamenca del WhatsApp, tres veces, os lo juro). Pero aparte de ser feliz por ese motivo, hoy me voy a comprar “mi coche”. Sí, he puesto comillas en “mi coche”, porque todo tiene su explicación. Estoy literalmente enamorada de ese coche desde hace cinco años. Lo vi mientras paseaba por la calle principal, allí hay un concesionario de coches desde que yo recuerdo. Pero aquel día al pasar frente a él... ¡Oh, Dios mío! Lo vi en el escaparate. Era tan bonito que no podía dejar de mirarlo. Su rojo intenso me cautivo, pero sus líneas, eso era digno de admiración, es increíblemente bello. Fue la primera vez que no llegué a la escuela. Mis padres estaban preocupados hasta que un vecino les avisó y les

dijo que me había visto con la nariz pegada en el escaparate. Allí me encontraron. No me había dado cuenta de lo tarde que se había hecho, perdí la noción del tiempo simplemente mirándolo a través de un cristal. Aquella misma noche le pedí a papá que hablara con el dueño del concesionario. Quería comprarle el coche, pero no era estúpida, sabía que conmigo no haría tratos, yo solo tenía catorce años, pero no quería que se lo vendiera a cualquier otro.

Papá me ofreció un acuerdo: si realmente quería ese coche, cada vez que yo pusiera dinero en el tarro, él haría lo mismo poniendo la misma cantidad y así tardaría menos.

Desde ese día, corté el césped de los jardines de los vecinos, paseé perros, hice de canguro. Cualquier cosa que me proporcionara dinero para conseguir llegar a hoy, el día en el que por fin será mío. El último pago. Me he puesto un bonito vestido de tirantes ceñido hasta la cintura con la falda vaporosa y con mucha movilidad. Es de color lavanda. Cojo un bonito pañuelo para mi cabello, porque luego será un caos peinarlo, me encanta el estilo años cincuenta... Perdón, que siempre me voy por peteneras. Creo que lo mejor es que os lo presente, para que, si queréis, lo busquéis en Google mientras y así veis de lo que os hablo. ¡Tachán! Os presento al Ford Mustang Cabrio de 1967. Me espero, que a veces tarda en cargar... ¿A que es una preciosidad? Por lo menos a mí me lo parece y es con quien sueño cada día. Disculpa, ¿Cómo dices? ¡Ah! Sí, los chicos. Los chicos... joder con la preguntita. Bueno, me enamoré una vez, tenía seis años. Sus padres se mudaron de estado y claro, se lo llevaron con ellos. Recuerdo haber llorado mucho durante semanas, pero no recuerdo ni su cara. A partir de ese breve, pero intenso, enamoramiento, me entretuve en otras cosas. Hace cinco años cupido puso ante mí al Mustang y ya no tuve ni tiempo ni ganas de chicos. Además, acordaros lo que os he dicho antes: soy del montón, y por lo tanto

tampoco llamo demasiado la atención. Que no hacen cola para salir conmigo vamos. Pero tampoco me preocupa. Mamá siempre dice que soy preciosa, que, si ha de llegar el amor a mi vida, lo hará sin más. Así que sin prisas mi vida transcurre esperando a que papá llegue para ir los dos a buscar “mi coche” al concesionario. Y ya tendría que haber llegado. ¡Ahí está! Bajo como una loca las escaleras y abro la puerta antes de que pueda meter la llave. ¡Papá, por fin! ¿Nos vamos?

—¡Madre mía Andrea! Estás acelerada, déjame llegar por lo menos a dejar el maletín y a decirle hola a tu madre.

—Lo siento papá, pero es que hoy es el día, el gran día. No puedo evitar sentirme así. Venga dile a mamá que venga con nosotros y le dices hola en el coche.

Mi padre se muere de risa, sabe que soy muy impulsiva y llevo cinco largos años esperando a que este día llegara. Coge a mi madre por la cintura y le da un beso de los que una hija no tendría por qué presenciar, que le quita hasta el color.

Cuando se separan veo a mi madre que se enrojece. ¿Os lo podéis creer? Llevan veinte años juntos y aún se ruboriza por sus besos. Caminan hasta la puerta cogidos de la mano y mi padre se gira y me habla. Como si yo estuviera muy lejos de allí en ese momento, le oigo algo así como que, sí no quiero ir se pone cómodo y se sienta.

Despierto de mi lapsus cerebral. No, no me preguntéis donde me había ido por qué no lo sé. De verdad.

—¿Cómo que no quiero ir? Venga tardón que ya tendría que ser oficialmente mío.

Chicas, chicos... Estoy firmando en este preciso momento el contrato que definitivamente vincula a “mi coche” como mío legalmente. El hombre mayor del concesionario, él que creía que, en algún momento en estos años,

me echaría atrás, me da las llaves y sé que me está hablando, mayormente por que le veo mover animadamente la boca, no porque esté oyéndole. Mi cabeza solamente me dice sal y súbete a tu nueva vida, le doy las gracias al señor y me voy al garaje, donde mi corazón lleva esperándome cinco largos años, dejándole con la palabra en la boca, seguro.

Estoy frente a él. Mis dedos acarician la carrocería. Está impecable, ni una mota de polvo. Creo que no os he contado que cada dos días he ido pasando para que siempre estuviera bien limpio. Así es el amor. Hay que cuidarlo y darle cariño. Quizás alguno o alguna de vosotros pensáis que es obsesión. Pues igual tenéis razón, hasta llamémosle X, mi obsesión nunca lastimó a nadie, así que da igual si le llamamos de un modo u otro, porque...

¡POR FIN TENGO “MI COCHEEEEEEE”! (Aquí le metía otras tres flamencas del WhatsApp porque olé, olé y olé ya tengo “mi coche”).

Perdonarme a veces me disperso con mis cosas.

Papá y mamá están esperando a que me decida a entrar en él, sentados en su coche. Saben que este momento lo necesito saborear a mi ritmo y me dan mi espacio.

Me decido, abro la puerta y acaricio el cuero negro de la tapicería mientras mi cuerpo se adapta al asiento. Pongo mi mochila en el suelo, atrás, y lo noto. Estamos hechos el uno para el otro, siento como si me abrazara dándome la bienvenida. Pongo la llave en el contacto y un precioso ronroneo acaricia mis oídos. Miro a mis padres y me despido de ellos con la mano, saben que me voy unos días a ver a mi mejor amiga, esa amiga del alma, Merche, quien se mudó con su familia ya hace años, pero seguimos viéndonos siempre que tenemos ocasión y os aseguro que disfrutaré intensamente de este viaje. Me pongo mis gafas de sol, mi pañuelo, acaricio el volante, pongo la marcha y acelero saliendo al mundo. Tengo quinientos treinta y cuatro kilómetros por delante para disfrutar por fin de lo que tantas

noches soñé. Sí, lo sé. Estáis pensando que coñazo de tía y su coche. Pero qué queréis que os diga, es un gustazo. Además, en mi vida tampoco es que haya mucho más de lo que hablar, no tengo una vida interesante, mis amigos son gente normal y como llevo parte de mi vida ahorrando para tenerle, tampoco es que haya salido de fiesta constantemente... ¡Valeeee! He salido cinco veces de fiesta y todas y cada una de ellas ha sido un gran y horrible fiasco. Y si no sale bien ¿para qué repetir?

¿El qué? ¿Qué dices que quieres? ¿Más detalles? Míralo que gracioso el tío, para que luego digan que las cotillas somos nosotras. Cómo veo que os va lo morboso, os cuento alguna de ellas, pero en serio, que no salga de aquí, es algo bochornoso, por lo menos yo lo viví así.

Imaginaros, yo, con mi aspecto y encima ortodoncia, sí, ahora que tengo una sonrisa perfecta apenas me miran los chicos, imaginaros entonces, fueron los dieciséis años que me tocaron vivir y los sobreviví.

A lo que iba, que me lio, imaginaros, una gran fiesta en casa de unos vecinos, padres, hermanos, compañeros del curso, gente allá donde miraras. Todo el mundo estaba allí, incluso Roberto. Un chico que me llamaba la atención. Era mono. Coincidíamos en un par de clases y de ahí le conocía. Tonta de mí...

Se pasó la noche observándome, comentando con todo aquel que se le acercaba, algo que a mí se me escapaba y no dejaba de sonreír.

Y, ¿cómo llamarlo? ¿Simpático para todo el mundo y lo más desagradable conmigo? Queridísimo primo, nótese el sarcasmo, se acercó dónde yo estaba y con una sonrisa de ser mejor que nadie, me comentó, así como el que no quiere la cosa, que llevaba toda la noche sonriendo con un trozo bien verde de ensalada prendada de los brackets.

Sé que en ese momento el color de mi cara rivalizaba con el color de mí vestido que, por cierto, era de color rojo pasión. Sí, sí, ya os podéis reír a

gusto. En aquella fiesta lo hizo todo el mundo, menos mis padres que no se habían dado cuenta, hasta que me miraron al oír las carcajadas. Muy dignamente me sacaron de allí, pero como os podréis imaginar el cachondeo duró varios meses. Suerte que todo pasa y el tiempo borra la vergüenza del momento y lo deja en una anécdota de la que, por supuesto, prefieres no acordarte.

La siguiente vez tampoco fue mucho mejor... Acabé dentro de una piscina con un vestido blanco. Sí, chicas, imaginaros...Chicos dejar de imaginarme, por favor, que es muy violento. Bueno, sí, es cierto, no voy a ser hipócrita me vio todo el mundo, así que qué más da si lo hacéis. Parecía que iba desnuda. Sin sujetador y con un mini tanga para que no se notara, porque el vestido era muy ceñido, decenas de ojos me recorrieron por completo, incluso alguno me siguió hasta que entré en mi casa. Me sentí observada y hoy en día aún siento esas miradas sobre mi cuerpo cuando voy por la calle. Os aseguro que no es nada agradable, pero, en fin, he sobrevivido a todas y cada una de las absurdidades más lamentables que os podáis imaginar, hasta el día de hoy. Pero hoy es diferente, yo me siento distinta, me siento viva, he sido capaz de conseguir mi sueño y sólo tengo diecinueve años y hoy sé que puedo conseguir lo que me proponga, porque a testaruda me ganan muy pocos.

Bueno, supondréis que tengo que parar a repostar. ¿No? “Mi coche” ha salido con apenas cinco litros en el depósito del concesionario. Lo necesario para llegar a una gasolinera. Ahí veo una, genial. Paro junto al surtidor y bajo a pagar para poder llenarlo. Me acerco al cajero, introduzco la tarjeta, pin, cantidad... lo normal en una de las de apañatelas sola.

—Hola.

—¡Joder que susto! —No lo voy a negar, ahora mismo estoy acojonada. Tengo plantado frente a mí a un hombre, un poco sucio, con

greñas y un poco de barba, con una mochila colgando de su hombro, muy cerca de mi cuerpo y de mi tarjeta de crédito. ¿Me querrá robar? Eso aún me acojona más que su aspecto, y ¿sí saca una navaja o una pistola y me roba “Mi coche”?

—¡A no, eso sí que no! Que han sido cinco años esperando estar con él, y ningún chorizo me lo va a robar.

—¿Te puedes apartar?

—¿Perdona? ¿Cómo dices?

Joder que voz más bonita tiene el tío. Andrea que te vas por los cerros de Úbeda. Me centro.

—Que te apartes un poco, me estás privando de mi espacio.

—¿Tú espacio?

—¿Eres sordo? ¿No te apartas porque me quieres robar? Es eso, ¿verdad? Me vas a robar... pero cómo puedo tener tan mala suerte en mi vida, ya lo sabía yo, cómo me iba a salir algo bien, te lo advierto, no tengo nada, unos cuatrocientos pavos en la tarjeta y mi precioso coche, pero por favor, por favor, no me lo robes, es mi sueño, llevo cinco años y ahora que por fin es mío, vienes tú y me lo robas... No es justo.

—Tú estás loca o algo por el estilo, ¿no? Tranquilízate chica, madre mía. ¿Has tomado algo? Quizás no deberías conducir en tu estado. ¿Robarte? Estás loca fijo, solamente iba a preguntarte si podías acercarme... Pero ni loco me monto contigo... Tarada.

¿Lo habéis oído? Porque yo sí, aunque lo haya dicho de espaldas mientras se iba. Igual ha pensado que no le escucharía, pero lo he hecho. Me ha llamado tarada. ¿Yo soy la tarada? Ha sido él quien me ha asustado poniéndose tan cerca mientras pagaba el carburante. Será cretino.

Sí vale, a veces parezco sacada de una telenovela, lo sé, lo sé, papá me lo dice siempre, me monto unos dramas que yo misma me sorprendo,

pero da igual, ya se ha ido. Sigo con mi plan original. Kilómetros, allá voy.

A casi un kilómetro de la gasolinera veo a un autoestopista, no puede ser verdad. Es él. El cretino. Pues no pienso llevarle, ha sido un grosero. ¿Qué hace? Será...

Os explico lo que estoy viendo, el personaje estrafalario de la gasolinera se ha dado cuenta de que era mi coche y yo quien lo conduce y ha bajado la mano y se ha girado para que no le pare, será cretino, otra vez sí, me repito, pero os juro que ahora mismo no me sale otro adjetivo para referirme a él. Pues que ande hasta que se le llaguen los pies. No. Lo siento, no debería haber deseado algo así. Que no le pare nadie, sí eso mejor. Las llagas son muy dolorosas y tampoco me ha hecho tanto como para que le desee ese desproporcionado daño. Sí, que queréis que os diga, no soy mala gente ¿Loca? Sí, eso sí que no puedo negarlo, pero mala no, incluso creo que si no hubiera bajado el brazo le hubiera acabado llevando. Tonta también lo soy, un rato. Pero no voy a darle más vueltas al asunto. Sigo con mi viaje, aunque ahora mi sonrisa ya no es tan amplia.

El viento, la amplitud del paisaje, el sol tostándome la piel y ese humo tan blanco... Joder, está saliendo humo del motor. Como estaréis imaginando, paro el coche en el arcén, le doy a la palanquita para que se abra el capó y bajo. Levanto el metal y una humareda blanca me rodea. ¡Madre mía! Parece que estoy en una sauna, no veo nada a dos pasos de mí. Y con mi dramatismo natural pregunto a gritos al espacio, ¿cómo puedo tener tan mala suerte? Mi destino me odia. Sí, seguro que alguno de esos picaros duendecillos esconde y estropea cosas, me la tiene jurada ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo? Con la de gente que hay por el mundo. ¿No podríais hacer un reparto más equitativo?

—Lo tuyo es de tesis por lo menos.

—¿Tú? —Le veo entre el humo. —Seguro que has deseado que se me

fastidiara el coche. Tienes enchufe por ahí, ¿no?

—¿Tú alguna vez antes de hablar, piensas en lo que vas a decir o simplemente abres la boca y dejas que caigan las palabras tal y como llegan?

Os lo he dicho antes, este tío es un mal educado.

—¿No tienes nada más que hacer? No sé, ¿seguir andando, por ejemplo?

—Mira que eres borde tía, solo he parado a ver si estabas bien o si necesitabas ayuda, pero ya veo que te apañas muy bien tú sola. Ahí te quedas... Tarada.

—Oye. —Le cojo por el codo para que me preste atención. —¿Cómo que tarada? Es la segunda vez que me lo dices, no te atrevas a repetirlo si no quieres que te parta la cara. No me conoces, no eres nadie para juzgarme.

Mira mi mano sobre su brazo.

—¿Y tú si puedes juzgarme a mí por mi aspecto?

—Me asustaste, ¿vale? No quería ser desagradable, pero ponte en mi lugar.

Me mira, no sabe si lo que le digo es cierto o no.

—¿Llevas agua en el coche?

—Sí.

—Pues tráela, anda.

—¿Tienes sed? ¿Para eso has parado?

Sonríe. Os juro que nunca había visto una sonrisa tan bonita. Se le acentúan unas arruguitas muy monas alrededor de sus impresionantes ojos. ¿Os he dicho que son verdes?

—El coche se ha recalentado, echándole agua al radiador conseguiremos enfriarlo y que deje de echar humo.

—¡Oh! Claro, no lo había pensado. Voy a buscarla. —Mira que a veces puedo llegar a ser estúpida. Cómo si me fuera a pedir algo con lo borde

que he sido con él.

—Aquí la tienes.

Veo cómo se baja la manga de la sudadera cubriendo su mano y desenrosca la tapita del radiador que debe de estar muy caliente. Vierte el agua.

Al principio el humo vuelve a cubrirnos, pero poco a poco va desapareciendo de nuestro alrededor. Vuelve a enroscar la tapa. Y me devuelve la botella de agua vacía.

—Tendrás que comprar más. Esta preciosidad estaba sedienta. Ahora sólo tienes que esperar un poco a que se enfríe y luego podrás arrancarlo sin dificultad. Un consejo, para en la próxima gasolinera y compra agua especial para radiador de coche. Seguro que no te dará más problemas. Hasta otra.

— ¿Te vas? —¿Os he sonado desesperada? No lo estoy, pero se ha parado a ayudarme, igual le puedo echar una mano yo a él. Chicos, ya está bien, no seáis tan mal pensados... Sí chicas, esos ojos quitan el sentido, para que nos vamos a engañar. Pensar mal y acertáis seguro. Viéndolo con calma, puedo decir que es un hombre muy atractivo, antes ni me fijé, menudo susto me dio el muy imbécil.

—¿Por qué sonrías?

—Estaba pensando en esto... en cómo nos hemos conocido. Siento haberme comportado como una tarada. —Hago comillas en el aire con mis dedos—. No soy así normalmente, bueno, un poco loca sí estoy, nada grave, te lo aseguro, pero te estarás dando cuenta de que cuando me pongo nerviosa hablo sin parar, así que si crees que estoy hablando mucho me lo puedes decir ya sabes para que pare y eso, yo no...

¡Ay mi madre! Me acaba de dejar sin palabras. Me ha callado besándome. No es que tenga mucha experiencia en besos, más bien poca.

Pero este beso me gusta, me gusta mucho, su suavidad, su sabor, su lengua enredándose con la mía, como si ya se conocieran. ¿Qué está pasando? Me aparto de sus labios haciendo un esfuerzo colosal, están tan sabrosos...

—Lo siento, no sabía qué decirte para que te callaras y pensé que sería una manera dulce de hacerlo.

—No... No pasa nada. Ha sido, ha sido efectiva.

Sé que estoy ruborizada, siento el calor en mis mejillas y su sabor en mi boca, y os aseguro que eso no ayuda a volver a centrarme.

—Me marcho ya, no quiero incomodarte más. Nos vemos por ahí.

Aún no ha dado dos pasos cuando mi boca se abre y va por libre.

—Déjame que te devuelva el favor, deja que te acerque a dónde vas.

Me mira. Me mira fijamente, parece que está valorando que grado de locura tengo y si puede fiarse de mí. Ni que le fuera a robar. ¡Ja! Eso me hace sonreír. Aunque pensándolo bien, algo loca debo de estar invitando a subir a un desconocido, sí, muy guapo, eso ya había quedado claro chicas, que me dispersáis, pero sigue siendo un desconocido, a “mi coche”.

—Eres una tía muy rara. Pero vale, acepto que me lleves. Pero te aviso, ahora ya sé cómo callarte cuando te embales y no dudes que utilizaré esa técnica.

—Serás... Anda sube y a ver si mi chico quiere arrancar.

—¿Tu chico?

¡Uis! Qué mono, levanta una ceja cuando me hace esa pregunta. Este no sabe lo tarada que puedo llegar a ser.

—Pue sí. Aún estoy pensando que nombre le quiero poner.

—¿Al coche?

—Sí, al coche, no sé por qué te parece tan extraño, mucha gente les pone nombres a sus vehículos, es bastante normal si lo piensas detenidamente...

Ha vuelto a hacerlo, me está besando para que me calle y esta vez su mano se apoya en mi cadera. Separa lentamente sus labios de los míos y apoya su frente en la mía.

—Será mejor que mientras conduces estemos calladitos, no sabes lo sabrosos que están tus labios y no pienso desaprovechar ninguna oportunidad de saborearlos de nuevo.

Me deja sin palabras, literalmente. Subimos al coche, cruzo los dedos de una mano mientras con la otra giro la llave en el contacto. Arranca a la primera. Doy un chillido que hace sonreír a... —Por cierto, me has besado dos veces y aún no sé cómo te llamas. Yo soy Andrea.

—Me llamo Damián. Encantado.

Alarga su mano para que se la estreche y al hacerlo tira de ella y me acerca de nuevo a sus labios dándome un suave beso.

—¡Eh! Que ahora no estaba cotorreando como una loca.

—Lo sé, pero me apetecía besarte otra vez.

Se acomoda en el asiento de copiloto y cierra los ojos. Y luego la que está loca soy yo. Bueno, volvamos al camino y no pensemos, y menos hablemos a ver si llegamos pronto a nuestros destinos sin que me vuelva a besar.

Se ha dormido y no lo sé solo por lo callado que está hace rato, es por los ronquidos que lleva soltando desde hace una media hora y sí chicas, le voy dando vistazos sin perder de vista la carretera, porque aún estoy asimilando que llevo a un guaperas, algo guarrete, sentado a mi lado que ronca como una manada de hipopótamos. ¡Por Dios! Le vuelvo a mirar y me hace sonreír. Debe de estar agotado y claro, la pose tampoco debe de ser la mejor para respirar con normalidad y no soltar esos soplidos... Esta situación es surrealista, ni siquiera me ha dicho a dónde se dirige. Bueno, espero no pasarme su parada mientras sigue roncando. Ahora debería ser yo la que le

besara a ver si se calla. Anda que las cosas que pienso... ¿Y por qué no puedo hacerlo yo?

Sí, ya lo sé, porque estoy conduciendo, que ya me había dado cuenta, moreno, pero ¿sabes una cosa? Puedo parar “mi coche” y besarle. Vale, vale chicas, ya voy. Esperad un momento que tendré que buscar un buen sitio en el arcén para parar y no ocasionar un accidente, ni que fuerais a besarle vosotras. ¡Ay madre! Voy a besarle.

Ya estoy parada en el arcén, no he apagado el motor, quizás porque no quiero que despierte aún. Ahora le puedo observar sin sonrojarme porque me devuelva la mirada. En serio, me da una vergüenza tremenda, nadie me había mirado así nunca. Suelto el cinturón de seguridad, me acerco y pongo mis manos en sus mejillas, no me lo pienso más o me echaré atrás. Lo beso. Chicas, le estoy besando. Sus labios son tan suaves, tan cálidos. Mi lengua acaricia esa boca que ha conseguido callarme dos veces, sin ni siquiera saber nuestros nombres. Su boca responde a mi beso, se entreabre y le da acceso a mi lengua, que saluda a la suya. Su mano se desliza por mi cintura y en un solo movimiento me encuentro sentada sobre sus piernas. Definitivamente ha dejado de roncar, para empezar a ronronear de un modo que me está... ¿Excitando? Yo no hago eso, bueno, ya me entendéis, no he tenido tiempo para estas cosas. Entre trabajar, estudiar y que socialmente soy un desastre. No he intimado con nadie.

Separa sus labios de los míos y me mira, creo que preocupado.

—Buenos días. ¿Me echabas de menos?

—No, no ha sido eso, yo... —Intento volver a mi asiento, pero no cede ni un poquito en su agarre, así que sigo teniéndole muy cerca. —He comprobado si tu teoría de los besos funcionaría contigo.

—Pero yo no estaba hablando sin parar.

—No, no hablabas, pero llevabas más de media hora roncando como

un hipopótamo y he conseguido que callaras a tu estilo.

Su carcajada surge del fondo de su pecho y, negando con la cabeza con los ojos lagrimosos, se acerca peligrosamente a mi cuello y me susurra muy cerca de la oreja.

—No busques excusas, puedes besarme cuando te apetezca, a mí me gusta besarte.

—No es ninguna excusa. —Forcejeo un poco y me suelta. Por fin vuelvo a mi asiento. —Realmente tus ronquidos me estaban sacando de quicio.

Vuelve a reírse a carcajadas y yo decido ignorarle. Me pongo el cinturón y me incorporo a la carretera.

—Da igual el motivo del beso, ha sido un gustazo despertar así.

—Qué gracioso eres... Y os lo juro, aunque no quiero, una sonrisa se planta en mis labios y ni pensando en cosas desagradables se va.

—Hacía días que no dormía tan tranquilo. Viajando solo siempre estoy alerta y no descanso demasiado.

—Vaya, me alegro. ¿No duermes en hoteles o así?

—Algunas veces, pero la mayoría del tiempo vivo con quien trabajo.

Le miro un instante y comprendo que no entiendo lo que me está contando.

—Verás, hace casi un año que cogí mi mochila, mis ahorros y salí a conocer mundo. Me he tomado un año para mí. Un año sabático. Sin dar explicaciones a nadie y viviendo al día. He trabajado en granjas, donde a cambio dormía en los graneros y no me faltaba un plato de comida.

He hecho de botones en grandes hoteles y a parte del sueldo me dejaban una habitación de servicio para dormir..., también es cierto que algunas veces he dormido en la calle o he pasado días bajo la lluvia caminando por estos caminos, intentando que algún buen samaritano parara y

me llevara un tramo... No todo ha sido perfecto, pero te aseguro que no me arrepiento de nada. No necesitaba más. Ha sido un año muy intenso y lo he disfrutado y exprimido al máximo, pero ya es hora de volver a casa.

—¡Wow! Menuda aventura, yo nunca me atrevería a hacer algo así. Dejar mi casa, mi familia, mi ciudad...

—¿Y tus amigos?

—¡Ah! Bueno, los amigos están sobrevalorados, no creo que nadie me echara de menos si algún día desapareciera, mis padres sí, pero nadie más, aunque no debe ser lo más apropiado para contarle a un desconocido que nadie me echaría de menos, porque claro, no te conozco de nada y yo aquí contándote esto y a lo mejor...

—Para el coche, por favor.

—... Eres un asesino en serie y acabo descuartizada en el maletero de “Mi coche” —Pongo el intermitente y paro de nuevo en el arcén—. Mis padres quedarían destro... —Me está besando. Me está besando otra vez. Mis manos se aferran a su nuca, cada vez que me besa me gusta más— ...zados por mi pérdida.

—¿Estás más tranquila? Respira, vale. Vamos a ver. No soy un asesino en serie ni de ninguna otra clase. No te voy a cortar a cachitos, ni te voy a meter en el maletero. Pero no entiendo que no tengas amigos, eres una mujer muy divertida y... eres preciosa. Aunque no tienes filtros y sueltas por esa boquita cada cosa que...

A ver, Tiempo. Por favor, ¿alguna o alguno de los que está leyendo me podéis confirmar lo que ha dicho? ¿Le he entendido bien? Ha dicho que soy... ¿preciosa?

Sí moreno, también he oído lo de que no tengo filtros, pero a estas alturas esperaba que te hubieras dado cuenta. O es que ¿acaso no lo has leído desde el principio?

Cuando Damián me llamó tarada, me jodió, pero ya os lo había dicho, soy así, loca e impulsiva, o me vais a decir que es muy normal que os esté hablando a vosotros y vosotras tan directamente, pues eso. Bueno, a lo importante... Ha dicho que soy preciosa, no lo he imaginado. ¿Verdad? Pero yo sé que no lo soy, cuando me arreglo un poco no estoy mal, pero de ahí a preciosa...

—¡Hola! ¿Sigues en este planeta?

—Perdona. —Mierda, me estoy ruborizando.

—¿En qué pensabas? Te has sonrojado.

Me acaricia la barbilla y aún me pone más nerviosa.

—¿Yo? En nada, no estaba pensando en nada, tú lo has dicho, no pienso antes de hablar, ya lo sabes, no ten... —Le ha pillado el gusto a esto de callarme mientras me saborea, porque de verdad que lo hace, me saborea y yo me dejo llevar por él— ...go filtro. Tienes que dejar de besarme todo el rato. —Me cuesta introducir oxígeno en mis pulmones.

—No es todo el rato, es sólo cuando te lanzas a hablar sin ponerte freno, o cuando me besas tú.

—¿Sabes que esto es lo más raro que me ha pasado en mi vida? De verdad. No te conozco de nada, sólo te llevo a tu destino y tú, tú te tomas unas libertades que...

—Lo siento, no quería incomodarte, solo que me pareció mejor que lo del bofetón, ya sabes por lo de que estabas histérica y eso.

—No me has dejado terminar de hablar y no ha sido con un beso. Lo que intento explicarte es que no me ha importado, bueno, al principio sí, pero no me disgustan tus besos. Nunca nadie me había besado así y me sorprendiste, nada más y ahora si no tienes nada que añ... —Este sí que no me lo esperaba— ...dir. Nos vamos. ¿Y ahora por qué ha sido? —Toco mis labios con mis dedos.

—Porque me ha apetecido. Cuando quieras podemos volver a la carretera.

En serio chicas, yo no tengo experiencias en estas cosas, pero creo, que... creo que... No, nada, no me hagáis caso, seguro que no es eso. Me gusta mucho, eso fijo, está cañón, es simpático y besa, ¡cómo besa!, que me deja sin respiración, os lo juro. Igual es porque estoy empezando y aún no coordino lo del beso con la respiración, bueno, ni el cerebro, que se cortocircuita cada vez que su aliento se entremezcla con el mío.

¿Cómo? No, no, seguro que no es eso. ¿Qué por qué no digo esa palabra en voz alta? Pues supongo que me asusta, que en tan poco tiempo me haya... No, seguro que es otra cosa, sí eso es, me estoy acatarrando por llevar la capota bajada, sí, seguro que es eso. No me lieis que quedan muchos kilómetros por delante.

—Espera, voy a aprovechar para subir la capota, que creo que me estoy acatarrando.

—Vale.

Sé que me mira raro, hace un día precioso, con un sol radiante, pero he de cuidar de mi... salud. Ya sabéis.

Tengo el cuerpo roto, no porque el asiento sea incomodo, ni mucho menos, pero llevo unas seis horas conduciendo y empiezan a picarme los ojos.

—Andrea.

—Joder que susto me has dado, llevas tanto rato callado que ni me acordaba que estabas ahí.

Que sonrisa más canalla tiene. Lo malo de ello es que estoy segura de que lo sabe. Es que es irresistible. Sabe el efecto que causa cuando la utiliza.

—Si quieres y te fías de mí, puedo conducir un rato. Te veo cansada.

—¿No te importaría? Solo un ratito, me empiezan a picar los ojos de

tanta carretera, pero no sabía si tú, si te importaría... Vale ya aparco para que cambiemos de asiento.

Paro el motor, suelto los dos cinturones de seguridad a la vez y aquí está de nuevo. Cómo besa este hombre.

—No te callabas y no quería provocar un accidente, así que he decidido esperar.

—Estás loco, peor que yo, te lo aseguro.

Salgo riéndome de “mi coche”, paso por delante del capó y cuando estoy a mitad de camino de la puerta, nos cruzamos, pone su mano en mi cintura, atrae mi cuerpo sobre el suyo y como si fuera en cámara lenta susurra sobre mis labios ·Descansa· Y claro, lo acompaña con un tierno beso que lo termina mordiendo mi labio inferior. Así me desvelo.

Nos sentamos, nos atamos y arranca. No puedo dejar de mirarlo hasta que noto cómo mis parpados empiezan a pesarme mucho. — Hasta luego Damián, disfruta con “mi coche”—. Y todo se desvanece y me duermo rezando para no roncar.

## Capítulo 2

### DAMIÁN

Se ha dormido, no le ha costado mucho. Debía estar bien agotada. ¡Ah! Perdón, perdón. Disculpadme, a veces puedo ser un poco maleducado, pero no es adrede. Yo soy Damián, hoy por hoy trotamundos. Bueno hasta que llegue a casa. Ahí tendré que soltar la mochila y encargarme de mis obligaciones. Necesitaba desconectar de lo que me espera en mi futuro próximo. No os quiero aburrir con los detalles.

¿El qué? Gracias preciosas. A ver no voy a ser hipócrita, sé que no estoy mal, y no porque sea un creído, sino porque vosotras, las mujeres, no hacéis más que decírmelo. Me pedís citas, me acosáis, bueno, vosotras no, ya sabéis lo que quiero decir. Sois muy lanzadas. Casi todas, ¿os habéis dado cuenta? Andrea no es así. Por lo poco que la conozco, sé que es tímida, creo que aún es muy inocente y que le cuesta callarse cuando no sabe que más decir. Sí, tenéis razón, he conseguido callarla cuando la beso. Y qué besos, sus besos son... increíbles. Yo fui el primer sorprendido cuando la besé la primera vez, pero, de verdad, me estaba poniendo de los nervios. Me gustó. Me gustó tanto que solo deseaba que se pusiera nerviosa y no se callara. Ya le había advertido que la volvería a besar y así he tenido la suerte de repetir.

La primera vez que la vi, sé que la asusté. Os juro que no era esa mi intención. Pero cuando me miró mal y me soltó eso de su espacio ya flipé, solo le iba a pedir si podía llevarme un tramo de mi camino. No era una buena zona y apenas pasaban vehículos.

Pasé de ella y me fui de la gasolinera andando. Llevaba un rato cuando oí el motor de un coche, en el acto levanté la mano con mi pose de autoestopista, hasta que me giré. Vi que era el suyo, bajé el brazo y seguí caminando, no quería que me llevara doña espacios. Pasó de largo y yo seguí a lo mío, que no era otra cosa que disfrutar de los momentos que me

quedaban, hasta llegar a mí destino.

A unos pocos kilómetros, vi su coche parado en el arcén. ¿Cómo dices? ¡Joder tío! No podía pasar sin más. A pesar de mi aspecto, cómo decirlo... desatendido, en este momento, soy un hombre responsable. ¿Cómo querías que no la ayudara cuando la vi envuelta en humo?

¿Tú no la hubieras ayudado? Seguro que sí, todos tenemos esa chispita de buena gente, que brilla en momentos así y no podemos ignorar su luz. No sé si os habéis fijado bien en Andrea, pero ella brilla. Tiene una luz especial. No es una manera de hablar, es lo que yo veo cuando la miro. Ahora que está dormida y relajada puedo darle alguna que otra mirada y me reafirmo en lo que dije antes, es preciosa.

¿Qué os ha preguntado qué? ¿En serio no sabía si me había escuchado bien? Esta chica... ¿No se da cuenta de lo preciosa que es? Si no lo creyera, no se lo habría dicho. No me gusta mentir, igual omito detalles, pero no miento. Es un poco rara, pero es muy divertida, por eso no entiendo que diga que no tiene amigos. ¿Cómo no la iban a echar de menos si desapareciera? Yo la echaré de menos cuando nos separemos, estoy seguro y la conozco de solo un día. Es una mujer que te marca por su forma de ser.

¿Cómo? No, tío. ¿Amor? No, no creo que sea eso. Sí que hay atracción, no puedo negarlo. Ya os habéis dado cuenta. Pero amor... Es una palabra de las grandes, que conlleva sentimientos fuertes e importantes y no creo que nosotros lleguemos a esos términos. ¿Qué por qué? Mira la rubia qué curiosa, porque no estaremos mucho tiempo juntos. Mi vida ya va contra reloj.

No, no... que graciosos sois, no me estoy muriendo. Más quisierais. Estoy seguro de que os gustaría cambiaros por mí, ¿no? Pero ya os he dicho antes que no os quiero aburrir con detalles. No chaval, que no me convences, si llego a contarlo, creo que lo justo es que lo sepa antes Andrea, ¿no crees?

Aún me queda algo de dinero, así que estoy pensando en parar para dormir en algún lado. Tantas horas en coche destrozan el cuerpo de cualquiera.

Mira que sois mal pensados. Dos habitaciones. Ella en su cama y yo en la mía. Separados por paredes. Necesitamos dormir y descansar y si acabáramos en la misma habitación... No me hagáis pensar en eso. Vosotras no lo entendéis, pero machotes vosotros sabéis lo que es un dolor de hue.... por un calentón, así que, ¿podemos cambiar de tema? Gracias.

He parado en el aparcamiento, detrás de un hostel de carretera. Parece un buen sitio para dormir. Suelto los dos cinturones de seguridad y me aproximo a ella.

—Andrea. Hola preciosa. Vamos nena, despierta.

Su cuerpo empieza a desperezarse encogiéndose y estirándose a la vez. Poco a poco abre sus preciosos ojos y cuando me ve, sonrío. Y me acojono. Sí suena fatal, pero me he asustado como nunca. Y antes de que salte el gracioso de turno, no, no tiene ningún moco a la vista, ni está babeando, ni tiene un ojo extraviado a la hora de despertarse, no, solo es que he sentido una presión en el pecho con esa sonrisa. Solo eso...

—Hola, ¿estás bien? O mi pregunta debería ser, ¿tan mal estoy?

Me aparta baja el parasol y se mira en el pequeño espejo.

—Joder, pensaba que tenía un moco o algo, por la cara que has puesto. ¿Por qué hemos parado? ¿Dónde estamos? ¿Se ha calentado otra vez “mi coche”? ¿Estás bien?

Y cómo comprenderéis, es que me lo pone a huevo. Me lanzo sobre su boca y la saboreo. Sí, he dicho saboreo, porque es como un manjar, no me sacio de sus besos, de sus labios, de su lengua... Joder, tengo que pararlo o no podré hacerlo después... pero es que es tan apetecible...

—Hola. —La saludo y me aparto—. El coche funciona de maravilla,

pero he pensado que podríamos dormir en una cama mejor que doblados aquí dentro. —Se está sonrojando por momentos y me parece encantadora—. Podemos alquilar dos habitaciones y descansar bien esta noche.

—Sí, eso... estaría bien. Sí claro, dos habitaciones.

¿Ha dudado? Vosotros ¿lo habéis notado como yo? Y vosotras, ¿qué creéis? No debo, lo de las dos habitaciones es lo correcto, pero me encantaría tumbarme junto a ella, solo tumbarme y cogerle la mano.

Bueno sí, no seas cansino, pelao, si se me tira encima la devoro, eso ni lo dudes, pero ella no es así, ya lo sabéis. Es tímida y juraría que inexperta, así que está más que claro.

No estaremos juntos mucho tiempo y no voy a forzar nada, no con ella. Creo que es de esas personas que necesita su tiempo. Sí, si tenéis razón, también necesita su espacio, que cachondos que sois. Estoy dispuesto a dárselo y si está preparada me lo hará saber... Espero. — ¿Te parece una buena idea?

—Sí claro. —Saco su mochila y la mía del coche y le doy las llaves para que cierre. Andamos uno junto al otro sin hablar. Entramos, pido dos habitaciones y ¡sorpresa! Las tienen, en la segunda planta una junto a la otra. ¿Veis como no es el momento? Si el destino hubiera querido que estuviéramos juntos en este hostel, solo habría dispuesto de una habitación. Subimos y el ambiente frente a las puertas es tenso antes de abrirlas—. Bueno, ya hemos llegado.

—Sí, bueno... Qué descansas.

—Tú también.

Desaparece tras la puerta, así que yo hago lo propio, cruzo la mía. Necesito una buena ducha y comida. Luego le preguntaré a Andrea si quiere comer algo conmigo.

## Capítulo 3

### ANDREA

Tengo que apoyarme en la puerta y respirar, creo que desde que hemos salido del coche, no lo había vuelto a hacer, lo de respirar digo. Me hubiera gustado que me hubiera besado hace un momento, pero dudo que hubiéramos sido capaces de detenernos y menos teniendo camas tan cerca. Es mejor así. Seguro que tiene una preciosa novia, rubia y de ojos azules, esperándole.

Yo nunca podría competir con eso. Su cuerpo lleno de curvas será de infarto y seguro que tiene experiencia en, en... en el sexo. ¡Ea! Ya lo he dicho. Sí, no me miréis así, para estas cosas estoy más verde que el césped de un campo de fútbol.

Pero no voy a darle más vueltas. Me voy a dar una ducha y a dormir del tirón.

Me estoy enrollando con la toalla el cuerpo y escucho que están llamando a mi puerta.

— Un momento.

— Soy yo, Andrea, ¿puedes abrir?

— Sí, sí, un momento que estoy poniéndome bien... — Abro y me quedo alucinada— ...la toalla.

Me mira de arriba abajo, pero es que yo estoy haciendo lo mismo. Este hombre ¿es Damián? Si a lo guarrete estaba increíble, no os hacéis una idea del Dios que tengo en frente.

— Venía a buscarte para ir a comer algo..., pero aún no estás... vestida.

Sé que me estoy ruborizando hasta las raíces del cabello, pero no puedo evitarlo y para no ponerme más nerviosa, tiro de su brazo y lo meto en mi habitación. Se sorprende por lo que he hecho, así que me veo en la

obligación de explicárselo.

—Cualquiera podía verme así en el pasillo. Anda, siéntate un momento para que me vista y vamos a comer. ¿Vale?

—Vale.

No dice nada más, aunque no aparta su mirada de mí.

— Esto... voy a vestirme, no tardo nada.

—Vale.

¿Vale? Solo vale. Está más raro que antes, ¿verdad? Pues vale.

Me acabo de encerrar en el baño para vestirme, me apoyo en la puerta y cierro los ojos, pero sigo viéndole. Camiseta negra ceñida, vaqueros ajustados y esas botas punkeras, un deleite para la vista.

Si yo no fuera tan inexperta... Quizás hubiera dejado la toalla deslizarse por mi cuerpo hasta que hubiera acabado en el suelo, le hubiera sacado esa camiseta y acariciado su torso, ese tan firme que se marcaba bajo la tela. Le hubiera desprendido de esos vaqueros que le quedan tan sexis...

¿A quién quiero engañar? No hubiera dado pie con bola, seguro que todo sería un desastre. No le atrae mi cuerpo ni yo, bueno los que sí parecen atraerle son mis labios, porque no desaprovecha ocasión, cada vez que puede me mete la lengua y yo, yo me derrito, besa tan bien... Tampoco es que tenga dónde comparar, pero sus besos me gustan. Podría pasarme el día comiéndole la boca. ¿Pero que estoy diciendo? Voy a vestirme y a dejarme de tonterías. Le llevaré a su destino y continuaré con mi vida, como si nada.

¿Qué? Sí, es extraño, solo le conozco de un día y lo sé, lo sé, yo tampoco lo entiendo. Pero se ha creado una conexión entre nosotros... Sí, sus besos serán de lo que más eche de menos rubia, eso estaba claro, no creí necesario especificar tanto.

Me pongo mi ropa interior, unos vaqueros, una camiseta, mis botas altas y temo abrir la puerta. Pero, aunque pueda ser tímida, nunca he sido

cobarde. Inspiro para llenarme los pulmones y suelto el aire a medida que la abro y vuelvo a la habitación. Debo de haber sido sigilosa, no parece haberse dado cuenta de que he regresado. Está mirando por la ventana, está serio, parece pensativo. Como si estuviera a miles de kilómetros de aquí. Tengo la oportunidad de mirarle bien por primera vez, sin sonrojarme porque me devuelva la mirada. Es un hombre atractivo, alegre y educado, aunque no fue esa mi primera impresión. ¿Os acordáis? Qué susto me dio, pero cuando le miré a los ojos aún me puse más nerviosa.

Carraspeo para que sepa que estoy aquí. No quiero que se gire de pronto y me pille mirándole para acabar de nuevo roja como un tomate. — Cuando quieras podemos ir a comer algo.

Me mira y me sonrío, no como las otras veces como el chico malo que aparenta ser, esta vez es distinto. No lo siento, no me preguntes eso, ricitos, no sé qué es distinto, pero lo es.

—Estabas muy pensativo ¿Estás bien?

—Sí, estoy genial, con hambre, pero genial. ¿Vamos?

—Claro.

Salimos de la habitación y nos metemos en el restaurante que tiene justo al lado el hostel. Nos sentamos uno en frente del otro y consultamos el menú sin habernos dirigido la palabra desde que salimos del cuarto.

—Tienen costillitas de cordero rebozadas, creo que me las voy a pedir con guarnición de patatas fritas y una ensalada. ¿Tú ya sabes que te apetece?

Y me mira, y joder que mirada... Os lo digo en serio, yo con un poco más de experiencia y menos vergüenza, creo que ya habría saltado sobre la mesa y me lo estaría comiendo a él, sin cubiertos ni nada, con los dedos, para re chupármelos después. No iba a pasar, así que, venga, los colores estallando en mi cara.

—Sí, lo que has dicho me parece bien.

Ahora sí ha sonreído a lo malote viendo mi rubor, si es que así no hay manera. Pedimos a la camarera lo que hemos decidido comer y unas cervezas.

—Cuéntame algo de ti. —Le animo para que hable y deje de mirarme así.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. Lo que me quieras contar. ¿De dónde eres? ¿Dónde has estado este año? ¿Sois muchos en tu familia? Cosas así, algo de ti...

—De una población, al norte. Clima duro para quien no es de allí, pero el paraíso en la tierra para sus habitantes. Este año, he viajado por diferentes estados, conociendo las incomparables maneras que tiene la gente de ver la vida. Ha sido una gran experiencia personal.

Creo que me ha ayudado a madurar como ser humano y me siento bien. Somos tres hermanos, mis padres son de lo más normal y pronto mi vida dará un cambio, pero prefiero no hablar ahora de ello si no te importa.

—No, claro, sin problemas, si cambias de opinión... Vaya, eres un tipo de lo más normal, con una bonita familia, un montón de vivencias, algún que otro misterio. Seguro que también tienes un perro y una bonita novia esperándote y...

¡Joder! Cada vez me gusta más que me bese. Se separa de mis labios y me mira directamente a los ojos.

—Si tuviera novia, no te hubiera besado nunca y no estaría deseando besarte otra vez.

Y anda que se corta, está de pie, con una mano apoyada en la mesa y la otra sujetándome la barbilla mientras vuelve a besarme. De verdad que este hombre me tiene hechizada. Sí, he dicho hechizada, a ti te lo digo, el de las gafas, sí, hechizada y cardíaca perdida también. No os voy a engañar. Me tiene las neuronas alteradas, quiero más que un beso, no voy a decir simple

porque no estaría siendo sincera. Pero estoy aterrorizada. Se nota que él tiene experiencia con el sexo opuesto, y yo... Yo no tengo ningún tipo de práctica en ese mundo. No quiero defraudarle ni sentirme violenta por no saber qué hacer con un hombre como él.

La camarera llega con nuestra comida y Damián se separa, no sin antes atrapar mi labio inferior y tirar suave de él, dejando salir de su boca un... ¿Gruñido?

Con nuestros platos ya en la mesa, me anima a que ahora sea yo la que hable sobre mi vida.

— Bueno, mi vida no es nada interesante. Soy del pueblo donde nos vimos la primera vez. Soy hija única, estudio y trabajo, apenas tengo tiempo libre, solo tengo una gran y buena amiga, que se mudó hace años con su familia, pero siempre aprovechamos las vacaciones para vernos. Hacia allí me dirijo en este viaje, voy a pasar unos días con ella.

—Y ¿algún chico especial en tu vida?

—No. No les gusto a los chicos en general. Bueno, tampoco es que yo haya estado interesada, aunque sí he de decirte que estoy enamorada hasta las trancas desde hace tiempo y por fin ese amor es correspondido.

Se ha puesto serio, ¡Uis, qué mono!

—Pues por la manera que me devuelves los besos nadie lo diría.

—Porque mi amor es inhumano, quiero decir... —Voy a aclarárselo. Está haciendo unas muecas de no entender nada, que aún lo hacen más atractivo—. Mi gran amor desde hace cinco años es esa preciosidad de vehículo que nos ha traído hasta aquí. He trabajado duro desde los catorce años para hoy en día poder decir que es “mi coche”. Papá me ayudó a conseguirlo y hace veintiséis horas que soy su orgullosa dueña. Yo tampoco me hubiera dejado besar si hubiera tenido algún tipo de relación con un chico.

—Eres una tía genial, algo zumbada, pero genial. Me alegro de que el destino haya cruzado nuestros caminos. De verdad.

Sonrío, porque no sé qué decir ante sus palabras y las mil sensaciones que despierta en mí. Miro mi plato y sigo comiendo, no volvemos a decir nada durante toda la comida. Supongo que estamos asimilando la información recibida o que no tenemos nada más que decirnos y eso me apenaría.

Sí, no me miréis así. Hoy por hoy es el segundo mejor amigo que tengo, no lo digo para que digáis, qué pena, ni pobrecita o cómo va a ser un buen amigo si apenas lo conozco, pero es así. La verdad es que me gusta su compañía, su voz y, aunque arda por combustión espontánea, me encanta cómo me mira. Sí, sé que me pongo colorada cada vez que me mira, pero seamos sinceros, chicas, ¿cuántas no os sonrojaríais si os mirara de ese modo? Pues lo que yo digo, todas y cada una de vosotras caeríais en su magia al igual que yo caigo cada vez que lo hace. Vosotros no os sintáis desplazados, que también tengo algo que deciros. Seguro que estáis pensando que esa manera de sonreír es para llevarme a la cama, pues creo que estoy de acuerdo con eso, aunque ya os lo he explicado antes, yo... no creo que sea su tipo. Además de mi inexperiencia en esos temas, todo iría muy rápido, demasiado, sin tiempo por delante. Él regresa a su casa y yo voy a ver a una amiga. Fin de la historia.

Seguramente nunca más nos volveremos. A ver, quizá nos intercambiamos los números de teléfono por aquello de saber cómo nos van las cosas, pero la distancia y el tiempo harán que acabemos siendo una anécdota que sucedió en nuestras vidas... por lo menos en la mía.

Terminamos de comer y él insiste en pagar ya que se ha acoplado en mi viaje, dice que es lo mínimo que puede hacer. Volvemos al hostel para descansar hasta mañana.

Ninguno habla. Nuestras manos se rozan, apenas un ligero roce que surge casualmente con el balanceo de nuestros brazos al caminar. Sonrío mirando el camino. Me gustaría que entrelazara sus dedos con los míos, notar el calor que desprende, pero no hace ningún intento. Evidentemente, yo tampoco.

Volvemos a estar enfrente de nuestras puertas. De nuevo es un momento incomodo, no debería ser tan difícil decir hasta mañana, abrir la puerta y entrar. Pero parece que ninguno tenemos prisa por separarnos.

—Bueno.

—Sí, bueno...

—Deberíamos ir a descansar, mañana podríamos salir temprano, así me perderás antes de vista y podrás seguir con tu viaje tranquila sin... Bueno, será mejor que vayamos a dormir.

—¿Qué ibas a decir? ¿Sin qué?

Parece que duda que responderme. Me mira a los ojos y lo hace. — Sin un pesado como yo que te besa sin previo aviso.

Y aquí vamos de nuevo. ¡Qué beso! ¡Madre del amor hermoso! Chicas, chicos decidme, ¿es posible que los huesos de las rodillas se deshagan? Porque si ahora mismo me suelta, daré con mi cuerpo contra las baldosas. Enredo mis manos en su nuca, me aproximo más a su cuerpo, como si eso fuera posible, porque parece que queramos meternos bajo la piel del otro. El beso es intenso y poco a poco separa su boca de mis labios, como si le costara hacerlo, apoya su frente en la mía y con los ojos cerrados suspira.

—Andrea... Es mejor que lo dejemos aquí. Mi vida es muy complicada en estos momentos y no podría funcionar...

—No, yo... Lo siento, será el agotamiento. Tienes razón. Es mejor que descansemos, mañana hablamos. Buenas noches, Damián.

Me separo de él y sin volver a mirarle, entro en mi habitación. Me tiro

sobre la cama... y si no os importa, en este momento, me gustaría quedarme sola un rato. Gracias por entenderlo.

## Capítulo 4

### DAMIÁN

¡Joder, joder y joder! ¡Menuda mierda! Quién me iba a decir a mí que, a estas alturas, iba a conocer a una mujer tan increíble como Andrea. Tan dulce, tan pasional, tan loca... Sí, chavales, chicas, no creo que os esté descubriendo nada nuevo, esta mujer está loca de remate, pero me siento de lo más a gusto con su locura. Me hace sentir bien cuando está a mi lado. Hace que el resto deje de ser importante. Sí, sí, ya lo sé. Antes ya hablamos de esto. Pero igual si es posible enamorarse en tan poco tiempo. No lo sé, mi cabeza ahora mismo es un coctel de sentimientos y de ideas. Lo peor de todo es que debo olvidarlas. No puede pasar esto entre nosotros. Ella se merece a alguien mejor, alguien que esté con ella siempre, que la cuide y la proteja..., pero sobre todo alguien que la ame con toda el alma. Joder tíos, que me he pillado por ella... Chicas un poquito de comprensión, no os riais de mí, sí ya me lo habíais dicho. Sois listas y retorcidas como vosotras solas. No es una crítica, os confieso que admiro vuestra manera de ver las cosas y no, no voy a llamar a su puerta. Es mejor dejarlo así. No puedo ofrecerle lo que ella se merece.

Menuda noche que he pasado, no he pegado ojo, vueltas y más vueltas sobre este colchón, paseos por el cuarto, duchas de agua fría... sí exactamente por lo que pensáis todos y todas. Era recordar su entrega al besarnos que me ponía todo burro. Sí, chicas tenéis razón. Queda poco delicado decirlo así.

Pero así me hace sentir esta mujer. Me pongo malo malísimo cada vez que la tengo cerca, tenemos una química brutal, de eso os habéis dado cuenta todos y todas las que estáis leyendo este libro. Pero cuando llegue a mi destino... Bueno, total, que tengo un compromiso del que no puedo deshacerme, por más que ahora mismo quisiera poder hacerlo, por ella, por mí, por darnos una oportunidad, para ver dónde nos podría llevar esta

química que sentimos, porque está claro que ella también la siente. Vaya mierda...

¿Cómo imaginarme que, en el tramo final de mi camino, cuando ya estaba claro cuáles eran los siguientes pasos, iban a crearse tantas dudas en mi corazón? Esas dudas tienen nombre... Andrea. Sí, os lo confirmo. Ya puedo decirlo en voz alta, bueno solo a vosotros y a vosotras... Me he enamorado. Aún estoy asimilándolo, así que dame un respiro. No, no puedo quedarme con la chica. En esta historia, el final igual no es el que os esperabais todas y alguno de vosotros también estaréis sorprendidos. No es la típica novela de chica conoce chico, chico conoce a chica, pasan por malos momentos, se enamoran y acaban juntos y felices por siempre jamás... Aún quedan algunas páginas, lo sé. Pero el final lleva más de un año decidido y no puedo echarme atrás. Es un compromiso inamovible.

## Capítulo 5

### ANDREA

He estado mil veces esta noche a punto de llamar a su puerta, pero ¿qué le iba a decir? ¿Qué me moría por uno de sus besos? ¿Qué quería que me abrazara toda la noche? ¿Que deseaba que me hiciera el amor? No nos conocemos. Solo hemos pasado un día juntos. Además, me hubiera muerto de vergüenza si me hubiera rechazado. Él fue quien interrumpió ese beso tan espectacular que nos estábamos dando, casi estábamos fusionados como si fuéramos lava volcánica, fue él el que decidió que no podía ser. Y yo escapé, hubiera aceptado lo que me hubiera pedido, incluso estando tan asustada como estaba. Pero él no quiso nada conmigo.

Ya os lo dije, soy poca cosa para él. Debe de estar acostumbrado a mujeres de verdad, no a niñas como yo...

Gracias cielo, eso es muy bonito, ojalá yo me sintiera así como tú dices y fuera capaz, pero mi timidez viene conmigo desde siempre y es difícil dejarla atrás. Esta noche solo deseaba que amaneciera pronto para poder verle de nuevo. ¿Es eso amor? Tengo el corazón encogido porque no sé cómo comportarme cuando le vea. ¿Hablo sin descanso para que tenga la excusa de besarme? ¿O será demasiado evidente? Sí, sí, os reís porque no sabéis como besa. Es como rozar el sol con los dedos. Todo su calor me invade y me atrapa.

Sí, moreno, tienes razón, Damián ya me habría besado... Os juro que no lo hago queriendo. Los nervios me dominan.

Llaman a la puerta, seguro que es él. Me paso los dedos por mi melena y abro la puerta. Nos miramos fijamente.

—Buenos días, Damián.

—Buenos días Andrea, ¿estás lista? ¿Vamos a por un buen desayuno y continuamos camino?

—Sí, vamos. —Me coge la mochila del hombro y se la cuelga en el suyo y nos vamos a desayunar. Parece muy animado esta mañana y yo estoy muerta por el cansancio de una noche de desvelo. El desayuno es contundente: tortitas, huevos revueltos, beicon y, mientras él lo devora, yo solo hago que marearlo por el plato. Estamos sentados en la barra, uno junto al otro.

—¿Estás bien? ¿No tienes apetito? ¿Te apetece otra cosa?

—No, no. Está bien esto, solo estoy un poco desganaada.

—Pues deberías comer, nos quedan muchos kilómetros por delante.

—Sí, tienes razón. —Y me esfuerzo en tragarme el desayuno y la presión que atenaza mi garganta en este momento, deseando que no note lo que me afecta tenerle tan cerca.

Vuelve a pagar la cuenta, como la noche anterior. Coge las mochilas y vamos hacia el aparcamiento.

—¡Damián! —Grito aferrando su brazo con fuerza—. ¡No está! —Las lágrimas brotan de mis ojos sin control. No puede ser, esto es una horrible pesadilla. No puede ser... me han robado el coche—. Estaba ahí y ya no está. Alguien se lo ha llevado... “mi coche”, mi precioso coche...

—Vamos Andrea, no llores. —Me abraza y yo me agarro a él como a un salvavidas, entierro mi rostro en su pecho y lloro, lloro y no puedo parar de llorar. Me han robado mi sueño. Así, con un chasquido de dedos, como si no fuera nada, mi sueño ha desaparecido. Acaricia mi espalda mientras me habla casi con susurros para que me relaje. Tiene razón, llorando no lo voy a recuperar. Tenemos que ir a la comisaría más próxima para denunciar el robo. Cuando estoy más calmada, me separo de él, sus manos en mis mejillas secan las lágrimas que he derramado y que siguen cayendo sin poder evitarlo.

—Eres una mujer fuerte Andrea, lo recuperaremos, ya verás...

Sé que intenta animarme, pero todos y todas lo sabéis, incluso yo lo

sé, sé que es muy difícil recuperar un vehículo robado y menos siendo un clásico, un Mustang. Me falta el aire, no puedo respirar...

—Andrea, por favor mírame, estás teniendo un ataque de ansiedad, tienes que respirar, vamos preciosa, tienes que tranquilizarte...

## Capítulo 6

### DAMIÁN

¡Joder! Su coche no está. Andrea tiembla mientras agarra con fuerza mi brazo. No puedo evitar abrazarla fuerte. Se ve tan indefensa en este momento que susurro palabras para tranquilizarla. Seco sus lágrimas y le digo lo fuerte que sé que es.

Estoy contigo rubiales, verla así me hace polvo.

Es un ataque de ansiedad con todo lo que conlleva. ¿Qué hago? Pienso, pienso y entonces lo veo claro, ella se relaja cuando la beso. ¿Funcionará?

No dudo en hacerlo. Atrapo sus labios con los míos y profundizo el beso. Ha vuelto, mi chica ha vuelto. Vuelve a respirar.

## Capítulo 7

### ANDREA

Ya no le oigo, sus labios dejan delicados besos por mis mejillas, mis ojos, mi nariz, la comisura de mis labios, giro un poco mi cabeza y su boca atrapa la mía, besándome, mordiendo delicadamente mis labios. Cuando se separa no sé ni cómo me llamo. Lo ha conseguido, ha logrado que el aire entre de nuevo en mis pulmones, calmándome al distraerme con sus besos.

—Gracias. —Seco el resto de mis lágrimas—. Estoy mejor. Hay que ir a denunciar el robo.

Damián me abraza por la cintura y andamos hasta el hostel. Entramos y les contamos lo sucedido, se ofrecen a llevarnos a la comisaría más próxima. Aceptamos. Subimos a la parte de atrás de su pick up y Damián pasa su brazo por mis hombros y me aproxima a él, besando suavemente mi sien.

Estoy triste, muy triste. Acabo de comprender de la peor de las maneras que los sueños igual que se cumplen, pueden desaparecer de la noche a la mañana... Chicas, chicos, esto es un asco. Ahora mismo, después de haber puesto la denuncia y ser realmente consciente de que ya no tengo “mi coche”, estoy perdida. No sé qué hacer. ¿Cojo un tren y vuelvo a casa? No me apetece nada más que acurrucarme y dormir. Sí, chicas, tenéis toda la razón del mundo, que Damián esté a mi lado lo hace más llevadero. No sé si os lo había dicho, pero este hombre huele a limón, a limón fresco, un aroma mezclado al olor de su piel, que lo hace irresistible. Una delicia, os lo juro.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a volver a casa?

Me parece preocupado al hacerme las preguntas. —Aún lo estoy decidiendo, no lo sé... Me han robado parte de la ilusión que tenía al hacer este viaje. Disfrutar de “mi coche”, ese por el que he trabajado desde los catorce años, ya no sé si tiene sentido continuar. A Merche la iba a ver

igualmente en un mes y medio, así que...

—Vente conmigo.

Lo miro sorprendida.

—Quiero decir que ¿por qué no seguimos juntos el viaje, pero a mi manera? Ya sabes, haciendo dedo y dejando que amables desconocidos nos lleven hasta donde puedan. Será divertido. Venga mujer. Perderías la oportunidad de tener una aventura conmigo, caminando de vez en cuando por estas carreteras y disfrutando del paisaje. ¿Qué me dices? ¿O es que ya me quieres perder de vista?

¿Qué le digo? ¡Madre mía! He dejado de prestar atención cuando ha dicho lo de tener una aventura conmigo, vamos, yo con él. Hasta del coche me he olvidado por un momento. Chicos, vosotros que sois más como él... ya me entendéis. No ha dicho que quisiera tener algo más, ¿cierto? ¿Soy yo la que lo entiende así porque me gustaría que pasara?

A ver, un poco de orden que todos a la vez no os entiendo... Tú barbitas dime. Buena pregunta. ¿Qué si quiero despedirme de Damián en este momento? No, no quiero decirle adiós, todavía. Tienes razón, aunque sea una locura me voy con él.

Gracias, intentaré disfrutar de su compañía como si de verdad fuera un buen amigo. Sí chicas, tranquilas, que si pasa no desaprovecharé la ocasión, disfrutaré de cada instante que estemos juntos, para que siempre esté en mis recuerdos. Sí pesadas, si hay sexo también me lanzaré al abismo, creo que sería capaz de cualquier locura si está a mi lado.

—¿Andrea? ¿Estás bien?

Pobre, este se cree que solo no sé callarme en su presencia, tampoco puedo dejar de pensar en las cosas que me dice, aunque no lo sepa y no me pueden callar esos pensamientos con un beso... Le miro, acaricio su mejilla y le doy un tierno beso en la otra. Me mira sorprendido.

—Gracias. Por todo. —Y le beso en los labios. Un beso al que me responde, sin dudarle, abrazándome más fuerte.

—Andrea... —Su voz es más ronca que hace un momento.

¿El qué? ¿Vosotras creéis? Chicos. ¿Opináis lo mismo? ¡Vaya! Estáis de acuerdo en este tema. ¿Creéis de verdad que se ha excitado? Vale, vale, solamente quería asegurarme.

—Necesitaba ese beso para dejar de pensar. —Sonrío—. Acepto tu proposición. Haremos todo lo que queda de viaje. A tu manera.

Le tiendo la mano para formalizar este acuerdo y tira de ella, abrazándome fuerte.

—Gracias a ti por querer venir. —Y casi un como un aleteo de una mariposa por su suavidad, oigo muy cerca de mi oído—. No quería que nos separásemos aún... Todavía no.

¿Cómo os lo cuento? Si fuera gallina, no tendrían que escaldarme para quitarme las plumas... ¿Sabéis lo que os digo? Tengo el vello de todo el cuerpo erizado.

—Vale. —¿Vale? Menuda respuesta de mierda le acabo de dar... Pero ahora que lo pienso, mi cabeza está en *stand by*, así que me puedo dar por satisfecha de que por lo menos haya salido algo afirmativo por mi boca en vez de ponerme a babear directamente.

## Capítulo 8

### DAMIÁN

Su respuesta me hace sonreír, es como si cuando la beso, desconectara el resto de su cerebro. Cojo su mano, no quiero que se lo piense demasiado y cambie de opinión.

—Vale, pues pongámonos en marcha.

## Capítulo 9

### ANDREA

Coge mi mano y su calor se extiende por toda mi piel. Comenzamos a caminar por el arcén, a la espera de que algún buen samaritano se apiade de nosotros y nos lleve un tramo. Empieza una nueva aventura.

Llevamos un par de horas caminando, cada paso que doy es un suplicio. Sé que me han salido llagas en los pies, porque el roce me está matando. Damián me mira, se da cuenta de que cada paso que doy es un poco más lento que el anterior.

—¿Te duelen los pies?

Muevo la cabeza afirmando, avergonzada.

—Creo que se han llagado, lo siento.

No me da tiempo a decir nada más, cuando ya me tiene cogida en brazos. Nos separamos un poco del asfalto. Veo que busca un lugar donde poder sentarme. Encontramos un pequeño muro, casi destruido, pero que aún conservaba una parte plana. Me sienta allí y muy despacio me saca las botas que llevo. Con infinita delicadeza me saca los calcetines y arruga la frente.

—Deberías haberme avisado. Tienen que dolerte un montón, pero yo llevo algo que te aliviará, ya verás. —Le veo sacando un pequeño frasco de cristal de su mochila—. Es un ungüento, va genial, te lo aseguro. Al principio de mi viaje también me salieron, en un pueblo una señora me vio y me regaló este tarro diciéndome que era mano de santo para las llagas. Te juro que sentí tal alivio al ponérmelo, que no pude darle más que la razón.

Coge un poco en sus dedos y con mucho cuidado lo extiende sobre las heridas. ¡Wow! No mentía. Cada herida embadurnada, parece anestesiada, ya no siento ese horrible palpitar.

—¡Es increíble! Era cierto, qué alivio...

—Yo nunca te voy a mentir Andrea, no creo que sea necesario, no

entre nosotros.

—Vale. —¡Joder! ¿Es que se me han olvidado el resto de palabras? ¿No hay más respuestas válidas en mi cerebro? No. No las hay, si cuando dice esas cosas me mira cómo lo está haciendo en este momento.

—En el próximo pueblo, compraremos calzado apropiado. Estas botas te hacen unas piernas preciosas, pero no son para caminar kilómetros. Así que las guardaremos.

Traeros una fregona que me deshago... Necesito de vuestra experiencia. Esto que está pasando entre Damián y yo, ¿qué leches es? Estoy más perdida que una cabra en un garaje. ¿Alguno de vosotras o de vosotros me lo puede explicar? ¿Porque parece que me está lanzando continuas insinuaciones y luego se aleja? ¿Está jugando conmigo y yo tan ingenua ni me doy cuenta? Dime, sí, tú, la del peinado a lo Cleopatra, por favor, ilumíname. ¿Qué quieres decir con que quiere, pero no puede? ¿Hay algo que me estáis ocultando? Vaya, no sabía que él también hablaba con vosotros...

No, no me lo contéis, no quiero que traicionéis su confianza. Aunque espero que, del mismo modo, también respetéis la mía. Tienes razón, pelirrojo, aún estaremos juntos algunos días, ya lo averiguaré yo.

—Damián, no puedo ir sin calzado. —Me da las mochilas y me dice que me las cuelgue yo las dos, no entiendo lo que quiere hacer, pero le hago caso. Cuando ya las llevo colocadas, se agacha frente a mí, dándome la espalda—. Sube.

—¿Qué?

—Que subas a mi espalda, te voy a llevar a caballito hasta el próximo pueblo, no está muy lejos y es mejor que no andes.

—No te preocupes, prefiero andar, aunque sea sin zapatos... no es que pese mucho, pero hay un buen trozo aún...

—¿Quieres no ser tan terca y subir? No voy a dejar que camines hasta

que no mejoren un poco esas heridas. Llevándote a caballito, reparto tu peso y me es más fácil cargar contigo, ¿vale? Confía en mí.

—Confío en ti. Gracias de nuevo, no sé qué habría hecho yo sola, tan lejos de casa.

—Pues habrías salido adelante, seguro. Eres fuerte Andrea, no lo olvides. Venga sube.

Abrazo su cuello, entrelazo mis piernas por su cintura y apoyo mi mejilla en su espalda.

—¿Vas bien? —Sus manos se afianzan en mi culo y carraspeo—. He de sujetarte por algún lado, preciosa.

—Sí, voy bien, gracias. Pero sin sobar. ¡Eh!

## **Capítulo 10**

### **DAMIÁN**

Cuando me pasa sus finos brazos por el cuello y sus preciosas piernas rodean mi cintura, siento un calor invadir mi cuerpo ¡Por Dios! Esto es un suplicio. La sujeto y no puedo evitar poner mis manos en su culo y qué culo. Cuando me dice que sin sobar, no puedo evitar la carcajada que sale de mi interior

## Capítulo 11

### ANDREA

Menuda carcajada suelta. La oigo y la noto a través de su cuerpo e imagino la cara de pillo que debe tener ahora mismo y cómo deben marcarse esas pequeñas arruguitas que se le forman junto a los ojos. Para que luego digan que la buena gente ha desaparecido, Me doy cuenta de que aún hay algunos repartidos por el mundo y yo me he encontrado con uno de ellos, y a pesar de todo lo que ha sucedido, sonrío con él. — ¿Sabes que apenas sé nada de ti?

—¿Y qué quieres saber?

—Mmmm... No sé. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco. ¿Y tú?

—Diecinueve, desde hace dos días.

—¿En serio? Pues vamos a tener que celebrarlo.

—Da igual, ya ha pasado.

—De eso nada, yo aún no te conocía.

—Bueno, técnicamente si nos conocíamos, fue el día que nos vimos por primera vez, en la gasolinera, cuando me asustaste...

—No quería asustarte, te lo juro, pero hay una cosa que no te he dicho.

—¿El qué?

—Me acerqué tanto, porque quería asegurarme de que eras real, yo... nunca había visto a una mujer como tú.

—¿Como... yo? ¿Qué quieres decir?

—Si te soy sincero, no lo sé, solo quería acercarme y conocerte, aunque no fue muy acertada mi forma de hacerlo. ¿Verdad? Con mis pintas y eso. Y me echaste pidiendo tu espacio. Me pareció tan extraña tu manera de alejarme de ti... Había algo que me decía que no me fuera, pero tú no

pensabas lo mismo.

—Me diste un buen susto, no esperaba tener a nadie tan cerca... Yo... Ahora me alegro de que te aproximaras. ¿Sabes? Aunque me cueste admitirlo, aquel día me dolió cuando dejaste de hacer autostop porque viste que era “mi coche” el que se acercaba, te hubiera llevado.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Muy seguro te veo yo a ti.

—Lo supe en el momento en que me miraste a los ojos, supe que eras buena persona.

—¡Vaya! Y yo que quise parecerte malota.

—Pues igual deberás esforzarte más la próxima vez.

Nos quedamos callados, quizás pensativos. Habían pasado muchas cosas desde ese momento gasolinera.

—¿Cuál es el porqué de tu viaje? Quiero decir, ¿Huías de algo? ¿Era una promesa que hiciste de pequeño? No sé, cuéntame algo de tu vida antes de este viaje.

—Mira, allí está el pueblo, buscaremos un sitio donde descansar y comer algo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien...

Lo que me parece a mí es que me acaban de dar con la puerta en las narices. ¿Por qué no quiere hablar de su vida? Sí bonita, ya sé que hay gente muy reservada, pero ha ignorado del todo mi pregunta. Cómo si no quisiera contarme quién es de verdad.

Hemos llegado a una especie de bar-hotel. Su aspecto externo deja mucho que desear, pero su interior es precioso. Es amplio, se ve limpio y está bien iluminado. No hubiera dicho jamás que sería tan bonito por dentro, habiéndolo visto por fuera. Damián me deja sentada en un sillón que hay en la entrada y se dirige a recepción. Como no puedo hacer otra cosa y sigo sin

zapatos, observo lo que me rodea. Estoy alucinando con la decoración. Es sencilla, pero le da a cada rincón personalidad.

—Bueno, hay un pequeño problema. Sólo hay una habitación disponible.

## Capítulo 12

### DAMIÁN

¡Sólo una! Solamente tienen una habitación disponible. El destino me pone a prueba a cada paso que doy y ella es una tentación muy grande como para evitarla constantemente.

Informo a Andrea el problema con el alojamiento. Podemos pasar una noche bajo el mismo techo, ¿verdad? Chicas, chicos, no sé qué voy a hacer... Estaremos juntos y no podré tocarla. Va a ser una noche muy larga.

## Capítulo 13

ANDREA

—No te preocupes, los dos somos adultos. Podemos compartir tranquilamente una habitación. No va a pasar nada.

—Pues venga, arriba. Te voy a dejar allí, quiero acercarme a una farmacia que he visto al llegar para comprar gasas y vendas esterilizadas, no queremos que se infecten las heridas, ¿verdad? Y miraré lo de tu calzado para ser trotamundos.

Y así lo hace, me deja sentada en la cama, me da el mando de la televisión y se va riéndose. Sí, sí. Tenéis toda la razón, podría haberme dado un beso a algo. Qué sé yo... ¿A ver si va a ser bipolar? Igual que me come la boca que me ignora. Me va a volver loca. Voy a ver que dan en la tele mientras espero que vuelva y así les ahorro un rato de esfuerzo a mis neuronas.

## Capítulo 14

### DAMIÁN

Salgo riéndome de la habitación, porque me he dado cuenta de que quería un beso, creo que le provoqué lo mismo que ella a mí. Si la hubiera besado no hubiera salido de ahí.

Doy una vuelta por el pueblo cuando salgo de la farmacia, después de haberme aprovisionado bien de gases y de vendas. Localizo una zapatería y encuentro el calzado perfecto, con estas botas no le saldrán más llagas. Entonces pienso en que fue su cumpleaños y en que me gustaría regalarle algo para que siempre me recuerde...

Paso frente a una pequeña tienda con un pequeño escaparate y lo veo. Es perfecto para ella y espero que le guste. Entro en otra de las tiendas y creo que ya lo tengo todo.

¡Anda! Es verdad morena, gracias por recordármelo, casi se me olvida. Un cumpleaños sin tarta no sería lo mismo. Era el último detalle. Llego al hotel y le pido a la recepcionista de antes un poco de cinta adhesiva para envolver los paquetes aquí, antes de subir, si no dejaría de ser sorpresa.

Abro muy despacio la puerta de la habitación con la esperanza que el cansancio haya podido con ella y esté dormida. ¡Bingo!

Con todo el sigilo posible, cuelgo aquí y allá las guirnaldas que he comprado, hincho un montón de globos en el baño y luego cuelgo alguno y el resto los esparzo por el suelo. Se ve divertido con tantos colores. Me siento a los pies de la cama y la observo esperando a que despierte.

Abre los ojos y su mirada se ilumina ante lo que ve. Me gusta hacerla sonreír porque mi alma sonríe con ella.

## Capítulo 15

### ANDREA

Debo de haberme dormido un rato y por lo que parece, profundamente. Cuando abro los ojos, lo que veo me hace sonreír. Hay guirnaldas colgadas por las paredes, por los muebles, también hay globos de distintos colores colgados en ellas y por el suelo. Damián, está sentado a los pies de la cama, con una gran sonrisa observando mi reacción.

—¿Pero... y esto?

—¡Feliz cumpleaños, Andrea!

Me da dos paquetes, uno grande y otro mucho más pequeño.

—Ábrelos, pero primero este.

Es una caja grande y algo pesada. La observo bien. Está envuelta en papel de regalo navideño. Lo observo y le interrogo con la mirada.

—No he encontrado otro, era este o de muñecos del espacio, es un pueblo muy pequeño. ¡Venga! Rómpelo ya. —Sonrío por su impaciencia, es como un niño grande y eso que él sabe el contenido de ambos paquetes. Por fin destrozo los Papá Noel y los arbolitos—. ¡Unas botas de montaña! —Exclamo emocionada—. Son preciosas.

—Te serán muy útiles en grandes caminatas.

—No sé si volveré andar tanto algún día. Pero muchas gracias, son preciosas. Y tienen pinta de ser caras, debes decirme que te debo.

—Venga Andrea, es un regalo y te hacían falta. Acéptalo y ya está.

—Está bien, está bien... Gracias por estas bonitas botas.

—Abre el otro.

No sé qué puede contener en su interior, le miro de reojo y lo veo expectante. ¿Serán las gasas para las heridas? Me estoy quedando contigo, moreno. Ya, ya sé que no será eso, no soy tan insensible. Pero me da miedo. Parece algo más... personal. Este lo abro algo más lentamente y no es por

fastidiarle, es que de verdad estoy muy nerviosa. Hay una cajita de terciopelo bajo el papel navideño. Lo miro.

—Lo vi y pensé en ti.

Al abrirlo, me encuentro con una cadena y un colgante. Es un trébol de cuatro hojas, bueno, no... me fijo bien y hay una de las hojas que no está cerrada del todo.

—Es precioso, Damián. No tenías por qué comprarlo.

—¿Quieres que te lo ponga?

—Sí, por favor.

Coge delicadamente el colgante y se sitúa detrás de mí. Lo deja sobre mi pecho y siento sus manos en mi nuca, atando el cierre. Sus pulgares acarician mi cuello una vez abrochado. Su respiración cálida está tan próxima a mi piel que creo que me va a besar. Y lo hace, pero en mi cabeza. Me coge por los hombros y me gira.

## Capítulo 16

### DAMIÁN

Me sitúo tras ella y creo que es el momento más erótico que he vivido con una mujer. Siento la calidez de su piel bajo mis dedos.

—Lo que yo decía, te queda genial y he dejado lo mejor para el final. Cierra los ojos.

## Capítulo 17

### ANDREA

Los cierro fuerte, me ayuda a evitar que alguna lágrima se escape, de la emoción, al mismo tiempo que le hago caso.

—¡Sorpresa!

Abro los ojos y, frente a mí, en sus manos hay una pequeña tarta con velas. Las cuento. Hay diecinueve. Ahora sí que no puedo evitar que alguna lágrima se me escape.

—Damián... Gracias, me gusta mucho. No tenías por qué...

—Me ha encantado poder darte esta pequeña sorpresa.

—Pero el colgante es demasiado, no puedo... — Lo cojo con la mano y él pone la suya encima.

—Quiero que lo tengas, Andrea. Así recordarás estos días tan locos.

—Nunca podré olvidarlos Damián, han pasado tantas cosas y a ti tampoco te olvidaré jamás.

—No nos pongamos ñoños. Venga, que aún nos quedan unos días para estar juntos.

—Sí, tienes razón, y esta tarta tiene un aspecto increíble.

—Espero que esté igual de sabor.

Corto un par de trozos y nos sentamos a los pies de la cama. En la habitación hay un pequeño sofá y estoy pensando que será algo incómodo, pero dormiré ahí. Yo ya he descansado en la cama mientras él me preparaba esta fiesta sorpresa. ¿Habéis visto, chicas? Chicos, tomar nota, a las mujeres, aunque lo neguemos, nos encantan los hombres detallistas y a mí, personalmente, me está encantando este hombre que tengo delante ahora mismo.

—La tarta estaba deliciosa. Las guirnaldas, los globos... el colgante. Has hecho de este cumpleaños un día inolvidable, de verdad. ¿Tanto rato he

dormido para que te diera tiempo a preparar todo esto?

Sonríe y esas arruguitas tan sexis se dejan ver junto a sus preciosos ojos. Lo sé, me estoy sonrojando, así que como el que no quiere la cosa, me levanto y decido preparar el sofá con una almohada y la colcha, así estoy de espaldas a él y no verá mi rubor.

—¿Qué haces? ¿No pensarás que alguno va a dormir ahí? Eso es muy pequeño para cualquiera de los dos.

—No te preocupes, es para mí. Yo ya he dormido un rato en la cama, ahora te toca a ti descansar bien.

—De eso nada —arrebata la almohada de mis manos y la lanza sobre la cama—. Creo que, a estas alturas, podemos decir que somos amigos, ¿no? Y somos adultos. ¿Verdad? La cama es lo suficientemente amplia para que podamos dormir los dos en ella. Si lo que te da apuro es que me lance sobre ti, puedes estar tranquila. No va a pasar, así que pon la colcha en su lugar y ya está.

—Bien, voy al baño primero si no te importa.

No espero a que me diga si le parece bien o no. Me meto de cabeza y cierro la puerta con pestillo. ¿Qué mierdas ha querido decir con eso? ¿Qué puedo estar tranquila? Os lo juro, no entiendo a este hombre. ¿Cómo me puede provocar sentimientos tan contradictorios? Exacto, chaval que estás al lado del de la corbata roja. Eso mismo he pensado yo... ¿A que a ti también te ha parecido que no me tocaría ni con un palo? Me voy a sentar porque empiezo a marearme. Sé que soy inexperta en cuanto a hombres, chicas. Aconsejadme.

¿Que sea yo la que me lance sobre él? ¿Que ponga una separación de almohadas entre ambos? ¿Qué intente encontrar otro alojamiento? ¿Qué no piense más y me vaya a dormir? Chicas, me parece que este hombre nos tiene perdidas a todas... A ver dime, sí tú, el del flequillo a lo Tin Tin, ¿Tú crees?

¿En serio crees que pueda estar tan confuso como yo?

Quizás sea eso. Estoy agotada mentalmente, y ahora mismo me da igual. Me voy a dormir, o por lo menos a intentarlo.

Salgo, después de haberme puesto unos pantalones cortos de deporte y una camiseta algo ajustada de manga corta, para meterme debajo de las sábanas. En ningún momento se cruzan nuestras miradas, básicamente porque no dejo de mirar mis pies.

—Andrea...

—Muchas gracias por la fiesta, estoy agotada. ¡Buenas noches, Damián!

Una vez metida en la cama, sin darle opción a que siga hablando, me cubro hasta las orejas y cierro los ojos. Mi mano tiene agarrado el trébol, con fuerza. Le oigo entrar en el baño y cerrar la puerta. Una inesperada lágrima surca mi mejilla. La seco, no quiero que vea mi debilidad.

## Capítulo 18

### DAMIÁN

Vosotros y vosotras, que sois testigos “casi” mudos de esta historia. La estoy cagando, ¿verdad? Vale, vale, todos a la vez no que no os entiendo. Perdonadme chicos, pero ahora necesito la opinión de una mujer, quiero saber qué pensará ella con todo esto, además tenéis más información que yo. Sí, por favor, explícamelo tú misma, la de la coletilla. ¿Sinceridad? Nunca le he mentado, ¡Ah! ¿Quieres decir, que sea sincero y le cuente lo que pasará cuando llegue a casa? Eres muy perceptiva. Pero creo que tienes razón... Creo que va siendo hora de que le cuente porque reprimo mis impulsos de devorarla. Así también os enteráis vosotros, mira que sois cotillas.

Lo que no sé es cómo abordar la conversación. Salgo del baño.

—Andrea. ¿Podemos hablar?

Silencio por su parte, no quiere responderme, sigue tapada y sin mover un solo músculo, quizá deseando que la deje tranquila.

¿El qué? Sí, tienes razón tío, a por todas. No soy de los que se quedan por el camino. Tiro de la colcha que la cubre y me mira sorprendida. Veo en sus ojos la duda y el temor.

—Solo quiero hablar contigo, Andrea. Por favor.

—¿Qué quieres Damián? ¿Volverme loca?

—Quiero contarte algo... —Se sienta en la cama, apoyando su espalda en el cabecero.

—Está bien, te escucho.

—Verás, cuando inicié este viaje solo tenía en mente experimentar y disfrutar de la libertad, de hacer y deshacer a mi antojo, todo un año. Sin compromisos ni obligaciones, solos el mundo y yo... y entonces apareciste tú. Con tu sonrisa, tus preciosos ojos y tu manera de ser. Mi viaje estaba a punto de acabar, lo que ya no me importaba porque, a mi regreso, todo iba a

cambiar en mi vida. Pero tú lo has cambiado todo ahora. Sé que no nos conocemos casi, pero creo que... No quiero que este viaje termine, ¡joder! Me estoy explicando fatal.

—Pues sí, no entiendo nada Damián. ¿Exactamente qué es lo que intentas decirme?

—Pues...que me he enamorado de ti. Que cuando llegue a mi destino embarcaré rumbo al mar del norte, en los que no podré ponerme en contacto con nadie. Y en este momento solo quiero besarte y no puedo dejar de pensar que no es justo. En que no sé si tú sientes lo mismo y en que no quiero sepárame de ti. No sé si me explico... lo siento. Intento ordenar lo que me está pasando y es difícil.

## Capítulo 19

### ANDREA

¡Ay, madre mía! A ver, que se pare el mundo que me bajo un rato. No sé si he entendido todo lo que me ha dicho... Mi cerebro desconectó en el momento que de sus labios salió que se ha enamorado de mí. ¿Creéis en el amor a primera vista? Bueno o a segunda en nuestro caso. Lo que no he acabado de entender es que, si está enamorado, ¿por qué se aleja de mí cuando parece que conectamos? ¿Qué es lo que teme?

Sí, sí tienes razón, moreno. Tengo que centrarme cuando me habla, pero tú no puedes entender lo que me pasa, eres chico. ¿A qué vosotras me entendéis? Ya lo sabía yo, si es que no es para menos, chicas. Con esa mirada y esa sonrisa, a ver quién es la guapa que no se pierde... ¡Pero...! Me está besando.

## Capítulo 20

### DAMIÁN

Se ha vuelto a perder en sus pensamientos y ahora mismo la necesito aquí, conmigo. Solo puedo hacer una cosa para que regrese y muero por hacerlo. Junto mi boca a la suya e instintivamente la entreabre y yo entro en el paraíso. Su sabor, su calidez, todo su cuerpo reacciona recibíendome, aceptando el beso como si fuera lo más natural. Me vuelve loco su entrega. Muerdo suavemente su labio y me separo un poco para recobrar el aire que me roba su pasión.

—Eres increíble Andrea, pero necesito que me escuches atentamente, ¿de acuerdo? —Ella asiente con la cabeza, me mira y sonrío. Me desarma su manera de ser—. No es justo que te diga que en tan pocos días me he enamorado, pero es lo que me ha sucedido. No puedo empezar algo que tiene fecha de caducidad. Porque no sería razonable para ninguno de los dos, yo...

## Capítulo 21

ANDREA

—Para. Para. Para... ¡Para! Deja de decir eso. —Le acabo de gritar—. Lo siento, no quería levantar la voz, pero quiero entender lo que me estás explicando. ¿Fecha de caducidad? ¿Que no sería razonable? Vamos a ver si he entendido algo de lo que me has dicho. Por cierto, esos besos... Uuufff. A lo que voy, que me dispersas. —Sonríe el muy canalla—. He entendido o he creído entender que tú, bueno que tú...

—Me he enamorado de ti.

—Sí, eso. —Me sonrojo, no tengo remedio—. Luego ya no he entendido nada, no sé si porque lo estaba asimilando o porque no me has dicho los motivos reales, o no sé yo...

—¿Y tú? ¿Sientes algo por mí?

Miro nerviosa mis manos.

—Creo que sí. Me gusta estar contigo, me gusta cuando me besas y no me gusta nada cuando me alejas. Creo que también me he enamorado de ti. Aunque no estoy segura, nunca me había pasado. Excepto cuando vi “mi coche”, supe que tenía que ser mío y contigo me pasa igual. Quiero que no dejes de besarme, que me abracés y me cuides con el cariño que lo has estado haciendo desde el principio, sé que no nos conocemos, pero me gustaría...

—A mí también, Andrea. Te lo aseguro. Pero cuando regrese a casa, embarcaré durante dos años, soy biólogo marino, y salgo en una expedición al ártico... No puedo pedirte que me esperes tanto tiempo, tú eres preciosa y joven, conocerás a otros chicos y puede que te enamores de alguien, no quiero ser quien impida que seas feliz, yo...

No puedo evitarlo. Me lanzo a sus labios y le beso. Sus manos rodean mi cintura y siento su calor. No quiero que hable de otros, no quiero conocer a nadie, solo quiero estar así con él. Siempre.

—Damián, ¿No crees que eso debo decidirlo yo? Por qué no disfrutamos juntos los días que nos quedan y luego ya veremos lo que pasa.

—Me gustaría.

—Entonces no le des más vueltas. ¿Vale?

Sonríe.

—Vale.

Un nudo se ha instalado en mi estómago. No pienso desaprovechar ni un solo minuto hasta que nos tengamos que despedir.

—Vamos a dormir. Mañana tenemos un largo camino.

Se saca la ropa y se queda solo con el bóxer negro puesto.

—Espero que no te importe.

—No, no. Tranquilo. —¡Jodeeeeerrrrr! Nenas, si antes nos parecía un dios, ahora es el mismísimo diablo. Pura tentación. Dadle al aire acondicionado que me da algo.

Se tumba a mi lado en la cama, pero sobre la colcha.

—Vas a tener frío. Métete dentro, de la cama quiero decir.

—¿No te sentirás incómoda?

—Incómoda me siento ahora, porque parece que no quieras tenerme cerca. —Y aquí se demuestra mi falta de filtro de nuevo.

No me lo hace repetir, aparta la colcha, la sábana y se acuesta a mi lado. No me toca, pero siento el calor que desprende su cuerpo Su aroma a limón penetra en cada uno de mis poros. Los dos miramos el techo. Callados.

De repente mi corazón palpita más deprisa. Su mano busca la mía bajo las telas y entrelaza nuestros dedos. No dice nada, simplemente aprieta mi mano, asegurándose de que es cierto. De que estamos juntos. Nunca he tenido esta intimidad con nadie, me siento tan a gusto con él... y a la vez tengo tanto miedo.

Chicas, no sé qué he de hacer, ya sabéis, yo en estos temas, nada de

nada... ¿Que me deje llevar? ¿Que deje que él dé el primer paso? ¿Y si no lo hace? ¿Debo ser yo la que haga algo? No me estáis ayudando demasiado esta vez. Mi cabeza no para de darle vueltas a si sabré...

## Capítulo 22

### DAMIÁN

Sé que está asimilando lo que está sucediendo entre nosotros. Su cabeza estará dándole mil vueltas a todo. Me pongo de lado y apoyo mi cabeza en la mano, la observo, pero ni se da cuenta, así que ni me lo pienso. Beso sus labios y me permite entrar en ella. Mi lengua busca la suya, acaricio su interior, la saboreo. Pasa sus manos por mi cuello y me atrae hacia ella, mi mano en su nuca y la otra en su cintura afianzan nuestra atracción.

—Espera... —Me separa un poco. Su voz es entrecortada, supongo que es por todas las sensaciones que está experimentando ahora mismo. Es joven y tendrá poca experiencia.

—Si no quieres, no sucederá nada, Andrea. Confía en mí.

Que confíe en mí. Ahora mismo me siento como un depredador y la quiero devorar entera, pero algo me dice que he de ir despacio. No sé si ha sido su voz, su sonrojo o la forma de mirarme. Solo estoy seguro de que esto es una locura, pero bendita locura...

—No... yo, yo nunca... Ya sabes.

La miro atentamente, cómo si me estuviera perdiendo algo, se sonroja intensamente y entonces pasa, lo entiendo. No tiene experiencia, es joven, pero con diecinueve años ¿Quién no ha tonteado con el sexo? ¿Virgen?

—¿Nunca has estado con nadie, Andrea? —Su sonrojo aumenta, no es necesario oír su respuesta—. No tenemos por qué hacer nada si tú no quieres, preciosa. Estoy muy a gusto tumbado a tu lado, pudiendo cogerte de la mano. No es necesario nada más, de verdad. —Intento que se relaje, que no le de importancia. Me gusta estar con ella y hasta ahora, aunque hay una atracción brutal entre nosotros, nos ha ido bien sin llegar a más...

Me suelta la mano y en un movimiento fluido como una tigresa al acecho, sube sobre mi cuerpo quedando a horcajadas sobre mí. Mis manos

automáticamente se adaptan a sus caderas.

—Tienes razón, nunca he estado con ningún chico de manera íntima, no tenía tiempo ni ganas, además de que ninguno jamás me ha mirado como tú. Quiero esto, Damián. Lo quiero contigo. Pero necesito que me guíes, que me muestres que es...

—¿Estás segura?

—Tanto cómo el día que vi a “Mi coche”.

—No sé si debo tomármelo como un cumplido. Me estás comparando con una máquina. —Sonrío, sé que su coche es muy importante para ella y me siento halagado, aunque me gusta hacerla rabiar un poco, solo un poquito.

—Y qué máquina, Damián. Lo he disfrutado poco tiempo, pero ya lo viste cuando le llevaste tú, es incre... —La beso sin poder evitarlo— ...ible. ¿Siempre vas a hacer eso?

—Sí. Ya deberías haberte dado cuenta, me gusta besarte. —Su mirada acaba de iluminar mi vida. Os lo juro, esta mujer me tiene loco, no puedo apartar mis labios de los suyos.

Coge el bajo de su camiseta y la sube por su cuerpo hasta que se la quita por la cabeza. La deja caer, sin más junto a la cama. Mis manos ascienden por sus costillas y acarician el inicio de sus preciosos pechos. Si cuando subió sobre mí me empalmé, ahora mismo estoy que parto almendras. Ella lo nota. Mira directamente a mis ojos y sé que se siente poderosa y voy a hacer que siga sintiéndose así siempre... Su cuerpo cobra vida por instinto, el balanceo de sus caderas rozando mi erección me está matando. — Nena...

Me incorporo y lamo su pezón. Lo atrapo con los dientes y tiro despacio de él, mientras ella se estremece y curva su preciosa espalda. Un leve jadeo entre la sorpresa y el placer sale de sus labios. Cómo siga así me voy a correr en el bóxer, como un adolescente salido.

Cambio en un rápido movimiento nuestras posiciones. Ahora es su

espalda la que está sobre la cama y soy yo el que se aleja un poco. Me mira sorprendida, pero no la dejo que piense demasiado, pongo mis manos en la cinturilla de su pantalón corto y se lo bajo un poco de su posición actual. Me agacho despacio y lamo despacio toda esa porción de piel que acabo de descubrir, quiero que disfrute del momento, de su primera vez y de mí. Quiero que disfrute conmigo. La miro y le sonrío.

—Eres deliciosa.

Su rubor compite con la lujuria que desprenden sus ojos. Bajo un poco más y ella alza un poco las caderas, facilitando mi labor en este momento, que no es otro que desnudarla por completo. Dejo caer los pantalones y sus diminutas braguitas junto a su camiseta. Instintivamente junta sus piernas y yo niego con la cabeza al tiempo que se las separo lentamente. Acaricio su piel, es suave y cálida. Beso sus muslos por la parte interna y ella me mira expectante y yo no puedo apartar la mirada de su rostro. Me aproximo peligrosamente a su dulce y embriagadora abertura, sigo acariciando su piel en todo momento, ella no deja de observarme, entonces lamo todo su sexo, busco su clítoris y lo succiono de tal manera que arquea su espalda por el placer, sigo acariciándola, e introduzco uno de mis dedos. Luego otro. Se contonea buscando su placer.

—Damián... —Joder que sexi es su voz, está caliente, tanto que la llevo a un orgasmo con apenas unas cuantas roces más en su clítoris y mis dedos en su interior bombeando sin cesar.

Su cuerpo laxo, su respiración entrecortada, su mirada vidriosa... Toda ella es erotismo y ni siquiera es consciente de ello.

—Damián, yo...

—Dime, cielo.

—Ha sido, ha sido... increíble. Yo nunca, nunca había experimentado nada tan intenso. Pero quiero, me gustaría, yo...

Sé lo que quiere, lo que me está pidiendo, quiere lo mismo que yo. —  
¿Estás segura?

Asiente. Me levanto, su mirada recorre por completo cada trozo de mi piel y detiene su avance cuando me desprendo de mi bóxer y se encuentra con mi pene erecto.

Cojo un preservativo y, bajo su atento escrutinio, me enfundo el miembro y ella se muerde el labio inferior.

—Sabes que sentirás un poco de dolor. Sólo será un instante, pero si en algún momento quieres que pare, dímelo y lo haré. ¿De acuerdo? —  
Vuelve a asentir, sin apartar los ojos de mi erección.

## Capítulo 23

### ANDREA

¡Ay, la madre de todas las tomateras del huerto! Eso no me va a caber. Sé que me habla, percibo vagamente lo que me está diciendo, que si quiero detenerlo solo tengo que decírselo... O algo así, creo. Esto empieza a parecer un libro porno, ¿verdad? ¿El qué, ojos bonitos? ¿Cómo dices? ¡Ah, claro! Será mi falta de experiencia, pero jamás había estado así con ningún hombre, así que entiéndelo guapetón, no puedo apartar mis ojos de... eso. Lo encuentro tan erótico que vuelvo a humedecerme. Creo que a partir de aquí deberíamos seguir solos, vamos, que podéis ir a beber agua, o al baño o a dar una vuelta... No sé, cualquier cosa menos seguir leyendo. ¿No? Tienes razón guapa, sé que lleváis desde el principio aquí, aguantando la brasa que os he dado y que os queréis enterar de todo, pero ¿no os parece que sois muy cotillas? Bueno, pues luego no os escandalicéis, porque lo que va a ocurrir aquí no es apto para menores. Eso os lo aseguro. Yo ya os he avisado, luego no me digáis nada.

Se tumba entre mis piernas, aguantando su peso sobre sus antebrazos junto a mi cabeza. Me mira, sonrío y se acerca despacio a mi boca.

Me besa, suave, sin prisas, mordiéndome los labios, lamiéndome como si estuviera saboreándome. Y me gusta, me gusta tanto que entrelazo mis piernas alrededor de su cintura instándole a que no demore más el momento.

—No tengas prisa nena, relájate, deja que te demuestre lo importante que eres para mí. Quiero que lo disfrutes, a pesar del dolor inicial, ¿vale?

—Vale. —Estoy nerviosa, no os voy a mentir, pero su voz me relaja.

Poco a poco, siento cómo empieza a entrar en mí, sus dulces labios besan mi rostro, mi cuello, acaricia mis pezones y los presiona hasta el punto

de que mi espalda se despegaba del colchón. Nos miramos a los ojos.

—¿Estás segura, Andrea?

—Lo estoy, Damián.

Pasa sus brazos bajo mi espalda y sus manos me cogen los hombros desde atrás, entonces sucede. Damián, con un movimiento de cadera acaba entrando totalmente en mí. No se mueve, sé que está esperando a que el dolor que siento no sea tan intenso.

—Andrea, ¿estás bien? —Veo como su frente se perla con gotitas de sudor. Está obligándose a estar quieto para no lastimarme, pero ya no hay dolor, solo siento un poco de escozor y le animo a moverse. Despacio sale apenas de mi interior cuando vuelve a entrar y repite de nuevo ese movimiento, una y otra vez, cada roce es una sensación... no sé ni cómo definirla, pero me gusta, me gusta tanto que no quiero que esto termine nunca. Nuestros movimientos se sincronizan, como si fuéramos parte de un engranaje, siento que encajamos a la perfección, nuestros jadeos, nuestra respiración entrecortada, nuestras manos recorriendo la piel del otro con ansia, esto es lo más intenso que he vivido en mi vida. Entrelaza sus dedos con los míos y entonces sucede, mi cuerpo estalla en mil colores, me estremezco desde la punta de los pies hasta mi cerebro, que acaba estallando de placer. Él sonrío y tras moverse sobre mí, unas pocas veces más, alcanza su orgasmo. Apoya su frente en la mía. Los dos estamos intentando recuperar el ritmo de nuestras respiraciones.

—¡Wow! Andrea, esto ha sido...

Solo puedo sonreír, debo tener una cara de boba en este momento, pero ¿sabéis lo que os digo? que me da igual. Me siento genial. Y quiero repetir... ¿Eso es normal? A ver si me voy a hacer adicta al sexo... Creo que me estoy enganando muy mucho de este hombre.

Me besa los labios, los mordisquea y lame. Despacio sale de mi

interior y siento el vacío que deja. Se tumba a mi lado, se quita el preservativo, lo ata, se levanta de la cama y lo tira en la papelera que hay en la habitación.

No hablamos, solo nuestras miradas se atreven a susurrar lo que sentimos. Me tiende su mano, la cual acepto encantada y nos dirigimos al baño. Tras una ducha de lo más placentera, porque repetimos besos y caricias bajo el agua, nos metemos en la cama. Pasa su brazo bajo mi nuca y me aproxima a su cuerpo. Apoyo mi cara sobre su pecho y noto su corazón tan alterado como el mío. Me acurruco junto a él y me duermo sin darme cuenta.

## Capítulo 24

### DAMIÁN

¡Tíos! ¿Cuántos de los que estáis leyendo esto habéis estado enamorados? Venga, no os cortéis. Levantad las manos para que me haga una idea, veo que sois unos cuantos. Entonces me creeréis cuando os lo diga. Ha sido, ha sido... lo mejor que me ha pasado en la vida. Os voy a contar algo de mi pasado para que me entendáis. Nunca me ha gustado dormir con mis ligues, de hecho, jamás he dormido con ninguna mujer. Chicas, no os lo toméis cómo algo personal, ¿vale? Soy así, o lo era... Una vez, ya hace mucho tiempo, creí estar enamorado. Compartí con Lucía, una chica de mi ciudad natal, varios años de relación, incluso fuimos a la misma universidad y trabajamos juntos, pero ni siquiera con ella amanecí nunca. Nos enrollábamos y siempre la llevaba de regreso a su casa. No quería a nadie despertando a mi lado, quizá pensaba que, si lo hacía, ya no habría vuelta atrás. Pero ahora estamos aquí, los dos, juntos en esta cama, donde nos hemos amado esta noche. Estoy mirándola y no me canso de hacerlo. Su cabello, esparcido sobre la almohada, la sábana apenas cubriendo su culo y sus piernas, su piel, su precioso cuerpo despierta mi ansia de devorarla y al mismo tiempo me llena de tranquilidad el tenerla a mi lado y apenas me muevo para no interrumpir su sueño.

Me gusta estar con ella, me gusta mucho ella... Y eso lo va a hacer todo más difícil. No puedo olvidar lo que me espera cuando llegue a casa. Siempre he amado el mar, estudiarlo, vivirlo. Ansiaba la llegada de un nuevo proyecto, embarcarme en una nueva aventura. Pero ahora no quiero irme, no quiero separarme de ella, pero al final de este viaje tendré que hacerlo, tendré que alejarme dos años de su vida. No podré comunicarme con el exterior, no podré decirle lo mucho que la echo de menos ni lo mucho que me gustaría estar con ella. No puedo pedirle que me espere.

Ella tiene que vivir, disfrutar de la vida, conocer gente... odio pensar que un hombre pueda enamorarla en estos dos años.

La distancia puede ser causa de olvido y yo no quiero que me olvide. Chicos, chicas... Estoy bien jodido.

Veo como su cuerpo empieza a despertarse. Cómo lentamente sus párpados empiezan a abrirse al mismo tiempo que su mano busca mi cara. Yo aproximo mi mejilla para que la encuentre. Cuando su piel entra en contacto con la mía, su sonrisa se amplía haciendo que mi pecho se llene de calor y sus ojos me miran iluminando mi vida.

— ¡Hola! —Susurra.

—¡Hola! —Susurro a mi vez. Tomo su mano entre la mía y beso el interior de su muñeca. Se estremece y se aproxima a mí. Posa su otra mano en mi nuca y sus labios buscan los míos, mordisquea el inferior haciendo que entreabra mi boca y entonces ocurre, su lengua se interna en busca de la mía que sale desesperada por la suya. El beso es intenso, cálido y tierno, y eso hace que aún la desee más.

## Capítulo 25

### ANDREA

He dormido relajada, en paz. Sentía el calor de su cuerpo junto al mío. Su mirada sobre mí. Pero aún no quería despertar, necesitaba asimilar lo ocurrido con él estos últimos días.

Sí, os entiendo. Yo también creo que todo ha sucedido muy rápido entre nosotros, pero si os soy sincera, de corazón, creo que debía de ser así.

Él se irá pronto de mi lado, lejos, durante mucho tiempo, quizá el destino nos ha dado esta oportunidad para conocernos, tal vez el futuro tiene dispuestos caminos distintos alejándonos sin poder remediarlo y, este es nuestro único momento. Nuestro instante en esta vida para estar juntos, y yo, en este poco tiempo, me he enamorado de él. Alargo mi mano, necesitando sentirle y aquí está, su calidez penetra a través de mi piel y llega a mi corazón, llenándolo de cariño. Abro mis ojos y veo su rostro. Nuestras voces son apenas susurros y calientan mi sangre. Solo quiero besarle y eso hago.

Nos separamos un poco y apoya su frente sobre la mía. Nuestras respiraciones están algo alteradas por lo que sentimos cuando nos besamos.

—Tenemos que prepararnos para continuar, se nos ha hecho tarde y tenemos que abandonar la habitación.

Siento la calidez de su voz sobre mi piel. Lentamente asiento y le vuelvo a besar despertando nuestros cuerpos. Acabamos saciados y sudorosos, así que antes de irnos, volvemos a pasar por la ducha, esta vez mucho más recatada, porque se nos echa encima la hora de abandonar el hotel. Mientras acabamos de vestirnos y de recoger nuestras cosas, nos miramos y sonreímos. No podemos disimular, ninguno de los dos, lo bien que nos sentimos en este momento.

Volvemos a la carretera con nuestras mochilas cubriendo nuestras espaldas. Mis llagas untadas y cubiertas con gasas están protegidas. Las

nuevas botas son cómodas y apenas pesan.

Así que retomamos camino mientras hablamos de todo y de nada. Nos miramos, nos sonreímos. Entrelazamos nuestras manos mientras vamos caminando junto al asfalto. Llevamos unas horas caminando, a lo lejos divisamos una gasolinera con restaurante adosado a ella.

—Podríamos comer ahí. —Le comento señalando con el dedo hacia delante. De repente un destello en el aparcamiento del local llama mi atención. Coloco mi mano a modo de visera y lo veo... “mi coche”. Está allí. Empiezo a correr sin decir nada, Damián no sabe lo que sucede, pero arranca a correr conmigo.

—Andrea, ¿qué pasa? —Le oigo preguntar mientras mantiene su respiración.

—“Mi coche”, Damián, está ahí. —Sigo corriendo intentando no ahogarme al hablar. Al darse cuenta de mis palabras, acelera su ritmo. No puedo seguir sus pasos, pero no me detengo. No, no, no... Veo a lo lejos a un sujeto metiéndose en el lado del conductor. Se nos va a escapar. Oigo el ronroneo de su motor a lo lejos y me doy cuenta de que se va, no vamos a llegar a tiempo. Mierda. El individuo acelera, haciendo que “mi coche” desaparezca por el asfalto ante nuestros ojos. Me detengo apoyando mis manos en mis piernas, necesito recuperar la falta de oxígeno en mis pulmones.

Las lágrimas surcan mis mejillas, de rabia e impotencia. Hemos estado tan cerca... Me dejo vencer y acabo de rodillas en el suelo, mirando por donde se ha evaporado.

Damián regresa sobre sus pasos y se agacha junto a mí. — Andrea, ¿estás bien?

—No. No estoy bien. Ese, ese... tipo, “Mi coche”, hemos estado tan cerca.

—Lo siento mucho.

—No es culpa tuya.

—Fue idea mía parar en el hostel, yo...

—No digas tonterías. —Me levanto secándome las lágrimas—. No es culpa tuya—. Le miro y le tiendo la mano para que se incorpore. —Sí no hubieras estado conmigo, no sé qué hubiera hecho. Bueno, como ya lo teníamos decidido, vamos a comer algo que esta carrerita, me ha abierto aún más el apetito.

## Capítulo 26

### DAMIÁN

Hemos estado tan cerca de pillarlo, nos ha faltado tan poco. La mirada tan triste que se ha instalado en Andrea me hace ver, que, aunque actúe con su normalidad, esto le ha dado un bajón. Chicas, ¿es cierto que el chocolate y los dulces os van bien en estos casos? Cuando estáis deprimidas y eso. ¿O es otra leyenda urbana? ¡Ah, vale! ¿Cómo dices? Sí, tú, la del pelo cortito. Que no solucionan nada, vale, pero os gustan y los malos tragos pasan mejor. Bien, entendido, lo tendré en cuenta.

Entramos en el bar de la gasolinera, nos acercamos a una de las mesas libres que hay. Dejamos nuestras mochilas en una de las sillas y le pido a Andrea que se siente y las vigile, mientras yo voy a pedir en la barra. Le pregunto qué le apetece.

—Un sándwich de jamón y queso y un refresco estaría bien.

—Genial, voy a pedirlo y enseguida vuelvo.

Hago el pedido en la barra y encargo algo especial, para cuando terminemos el almuerzo. Me siento frente a ella, pero no me mira. Su vista está perdida en algún punto fuera de la ventana.

—Lo siento mucho, Andrea. Casi lo cogemos.

—Da igual. Estoy pensando que lo mejor es volver a casa. Volver a mi vida, a mi rutinaria vida. Lo de “mi coche” y esto... —Hace un gesto con la mano señalándonos a ambos—. Ya no hay nada que hacer.

No, no. No puede acabarse ya, necesito, quiero... No, definitivamente no puedo perderla aún.

—Andrea. Sé que ahora mismo te sientes fatal, yo también me siento así. Hemos estado tan cerca de recuperar tu coche, de pillar a ese tipo..., pero aún nos quedan unos días por delante, podemos seguir con nuestro camino. No está siendo del todo malo, ¿no?

Por primera vez desde que nos sentamos en este lugar, me mira a los ojos. No veo esa chispa que siempre brilla en sus pupilas, aunque me sonrío levemente.

—No, no está siendo tan malo. Pero ¿qué importa un día más o un día menos? Seguiré sin coche y, tú... Tú también desaparecerás de mi vida en pocos días. ¿Por qué alargar esta situación? No tiene sentido.

Baja su rostro y se gira de nuevo hacia la ventana.

Tíos, no os ofendáis. Chicas necesito vuestro consejo. ¿Qué puedo hacer? No puede acabarse aún. Tienes toda la razón del mundo, sí tú la de la camiseta roja. Soy un egoísta. Un puto egoísta, pero no quiero que desaparezca de mi vida, todavía no. Aún me quedan diez días para zarpar y necesito pasar con ella hasta el último segundo. Sé que puede sonaros extraño, apenas nos conocemos, pero es como si el destino nos hubiera predestinados. Ya os lo dije antes... Me he enamorado de ella, de toda ella. De sus ojos, de su voz, de esos hoyuelos que se le marcan cuando se ríe, de cómo frunce el entrecejo cuando duda de algo, de sus suspiros cuando habla de su coche, de cómo suena su voz cuando dice mi nombre cuando estamos juntos y, por supuesto, de su boca. Esa boca con la que me derribo cada vez que nos besamos... si eso no es amor, por favor explicadme qué es.

Soy consciente de que en breve desapareceré durante dos largos años y que no tengo ningún derecho a pedirle que me espere, ni siquiera de que continuemos juntos hasta que tenga que embarcar. Así que tienes toda la razón, chica de rojo, quizás sea egoísta, pero en estos momentos me aterroriza perderla. Por eso necesito algo para permanecer a su lado unas horas más, unos días... una vida.

¿Qué le diga lo que siento? Machote, estoy muerto de miedo. ¿Y sí se asusta al oírme decirle que la quiero? Ya, en eso tienes razón. Se iría igual. ¿Sabes qué? Te voy a hacer caso. Y que sea lo que tenga que ser.

—Andrea, sé qué hace pocos días que nos conocemos, pero me gustaría poder estar contigo el tiempo que me queda hasta que tenga que irme —Me mira de nuevo frunciendo el entrecejo, me estoy explicando fatal, lo sé, lo sé. Rubio, no me atosigues, que me atoro—. Verás, lo que yo pretendo explicarte, lo que quiero decirte es que me gustaría...

¡Joder! Qué difícil es esto.

—Su comida. —Nos interrumpe la camarera con nuestro almuerzo, cortando mis titubeos. Deja los sándwiches, los refrescos y, para acabar, pone una porción doble de tarta de chocolate junto al plato de Andrea. Le damos las gracias a la mujer y nos deja solos de nuevo.

—¿Tarta de chocolate?

—¿No te gusta?

—Es mi preferida. —Sus mejillas se encienden, como dos farolillos y en sus ojos creo ver un poco de ese brillo suyo.

—Andrea, lo que trato de decirte es que me gustas, me gustas mucho. Sé que te sonaré egoísta, te aseguro que yo me sueno así, pero me encantaría que estuviéramos juntos hasta que tenga que embarcar. ¿Te gustaría estar conmigo hasta ese momento?

—Sí.

—¿Sí?

—Eso he dicho.

—¡Vaya!

—¿No quieres?

—Claro que quiero, de otro modo no te lo hubiera pedido. Pero me has sorprendido, no sé, quizá esperaba algo más que un sí. —No me esperaba que respondiera tan escuetamente ni tan rápido.

—¿Qué más esperaba oír, señor biólogo marino?

—Pues no sé, algo como que yo también te gusto no hubiera estado

mal. —Paso nervioso mis dedos por mi cabello. ¿Por qué ha cambiado de opinión si no le gusto? Sonríe. Y esa simple sonrisa hace que mi cuerpo tiemble.

—¿Quién te ha dicho que no me gustes?

—¿Te gusto?

—Sí.

—Andrea...

—Me gustas, hace poco que nos conocemos, pero sí, me gustas y me gustaría estar contigo lo que quede antes de... antes de que te vayas esos dos años. Luego iré a ver a mi amiga y podré contarle la mayor aventura de mi vida y después regresaré con mi familia. ¿Te gusta más esta respuesta?

—No te puedes hacer una idea de lo mucho que me gusta.

Me aproximo a ella, acaricio sus mejillas con mis manos. Acercó mis labios a los suyos y me recibe llena de pasión y de deseo, entrelazando sus manos en mi nuca.

## Capítulo 27

### ANDREA

¿Conocéis esa sensación de ir a toda velocidad y ver que no hay nada que impida el trompazo contra el muro que hay al final? Pues chicos, chicas, así lo estoy viviendo yo, voy sin frenos y a toda leche contra lo que será el final de nuestra aventura, nuestra despedida. No nos quedan muchos días para estar juntos y ya no hay vuelta atrás con lo que siente mi corazón. Sí ya os lo puedo confirmar a boca llena. Estoy loca por este hombre y el día que tenga que decirle adiós, será posiblemente uno de los más duros de mi vida.

Quiero atesorar recuerdos con él. Impregnarme de su olor, de sus gestos, de su voz. Memorizar cada rasgo de su rostro. Sí, lo tengo claro, pero no, moreno, no soy masoquista. Solamente estoy enamorada, que es peor.

Nos separamos con una sonrisa en nuestras caras.

—Será mejor que comamos antes de que se enfríe. —Parezco segura, ¿verdad? Pues que sepáis que estoy asustada.

Al terminar los sándwiches, coge un tenedor, corta una porción de tarta, y la acerca a mis labios. No me hago de rogar, atrapo el chocolate en mi boca y os aseguro de que jamás había probado una tarta tan espectacular. Sin darme cuenta, cierro los ojos para degustar todo su sabor. Al abrirlos, veo a Damián que, sin parpadear, no aparta sus ojos de mi boca. Me sonrojo al instante.

—Tienes que probarla, está deliciosa. —Intento que desvíe su mirada hacia el espectacular postre y su respuesta me deja impactada.

—No dudes que la voy a probar. —Pasa su lengua por mis labios, los mordisquea y cuando los entreabro, asalta mi boca devorándola.

Su sabor es infinitamente mejor que el del chocolate, pero la mezcla de ambos es... increíble. Me podría acostumbrar a comer tarta de este modo. Con él, podría acostumbrarme a todo.

—Damián... —Susurro cuando nos separamos apenas unos centímetros—. Nos van a echar de aquí por escándalo público.

—Solo te estoy besando.

—Y si vuelves a besarme de esta manera, tendré que arrancarte la ropa y te aseguro que nos echarán del local—. ¿Eso he dicho yo? Me estoy volviendo una descarada.

Su carcajada hace que algunos comensales de otras mesas se fijen en nosotros. — Entonces será mejor que nos vayamos.

Salimos del local, cogidos de la mano y con una gran sonrisa en nuestras caras.

## Capítulo 28

### DAMIÁN

Tenemos suerte y nos recoge un vehículo de siete plazas en la que viaja una familia de cuatro miembros. Padre, madre y pareja de mellizos de siete años que parecen incansables. Desde que hemos subido, no han dejado de charlar con Andrea, tiene buena mano con los peques, la veo relajada y a ellos se les ve encantados de que les preste tanta atención. Poco a poco las voces de los niños se van apagando hasta quedarse dormidos.

—Bueno, disponemos de un par de horas de descanso auditivo. —  
Comenta la madre.

—Son unas cotorras. —Se ríe el padre—. Ya os habréis dado cuenta.

—Son muy graciosos. —Afirma Andrea—. Tienen que ser tremendos, se les ve tan llenos de energía.

—No te equivocas para nada. —Confirma la mujer—. Aprovechad para descansar, que en un rato volverán al ataque.

Andrea sonrío y entrelaza sus dedos con los míos. Apoya su cabeza en mi hombro y muy bajito me pregunta.

—¿Cuánto nos falta para llegar a tu ciudad?

—Un par de días, más o menos. Con esta familia hemos adelantado mucho camino.

—Bien.

Se queda callada, pensativa.

—¿Estás bien? ¿En qué piensas?

—Estoy tratando de asimilar cada instante de este viaje para no olvidar los detalles, ya sabes.

Sí, claro que lo sé. Nuestra particular cuenta atrás ya ha empezado. Inhalo el aroma de su cabello, de su piel.

—Cuando lleguemos y nos instalemos en casa, te llevaré a uno de mis

lugares favoritos.

—¡Genial! Espero que tengas coche.

—Lo tengo, pero a ese sitio solo se llega andando.

—Me vas a matar.

Nos reímos.

—Venga que te gustará, además ya eres toda una experta.

—Está bien, está bien, iremos.

—Te presentaré a mi familia y a mis amigos, verás cómo nos divertiremos.

—Estoy segura de ello. Aunque no sé si es buena idea lo de conocer a tu familia. No me gustaría que me vieran como la intrusa que acapara a su hijo, días antes de que desaparezca de su vida durante tanto tiempo. Deberías pasar tiempo a solas con ellos.

—Nosotros nos tenemos muy vistos, Andrea. Y a ti, a ti no quiero perderte de vista hasta que no haya más remedio. ¿Vale? Les gustarás, seguro, pero no tanto como a mí.

Se sonroja y me vuelve loco. La aproximo a mí y nos quedamos en silencio.

—Chico. —Oigo a lo lejos una voz, creo que es a mí. Noto un toque en mi rodilla y abro los ojos al instante, incorporándome del asiento. Nos hemos quedado dormidos—. Chico, nosotros nos desviamos por aquí. Es lo más lejos que podemos llevaros.

—Genial. Gracias. Andrea, vamos preciosa, hemos llegado.

Abre los ojos y sonrío.

— ¡Buenos días! —Y hace algo que no me esperaba. Me besa.

Oigo un carraspeo y las risitas que los mellizos nos lanzan desde sus asientos de seguridad.

—Buenos días, preciosa. Tenemos que bajar del coche. No pueden

llevarnos más lejos.

—¡Oh! —Se da cuenta de no estamos solos y se sonroja de nuevo. Pero mira que es vergonzosa esta mujer.

Una vez fuera del vehículo, les agradecemos la ayuda que nos han prestado y nos despedimos de la familia. Vemos que se aleja el coche y miro a Andrea. Es tan bonita...

—¡Buenos días, preciosa! —No puedo evitar darle su beso de buenos días, tal y como se merece. Profundo, caliente y lleno de deseo.

—¡Joder! —Balbucea cuando me aparto. Sus preciosos ojos iluminan mi interior y su sonrisa me noquea.

—Vamos a ver si encontramos donde desayunar. ¿Te parece?

Afirma con la cabeza. Nos ponemos las mochilas en posición y entrelaza su mano a la mía. La miro sonriendo.

—¿Qué? —Me pregunta con una bonita sonrisa en sus labios.

—Me gusta esto. —Levanto nuestras manos unidas para que sepa de lo que hablo.

—A mí también y como nos quedan pocos días para estar así, no pienso desaprovechar ningún momento sin tocarte.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—Soy todo tuyo. Tócame cuanto quieras, preciosa, pero que sepas que yo haré lo mismo.

—Me parece justo.

Suelto una gran carcajada y la atraigo hacia mí.

—Eres increíble, Andrea. Tengo ganas de llegar a casa y enseñártelo todo.

—¿Todo? ¡Mmmm! —Murmura poniéndose un dedo sobre sus labios, valorando lo que le he dicho—. Yo también tengo ganas de llegar.

¿Falta mucho?

—¿Qué has hecho con la tímida Andrea que conocí hace unos días?

—Me río.

—La he encerrado y he tirado la llave, no muy lejos porque, cuando no esté contigo... Da igual. A esa Andrea no la necesitamos durante estos días.

La miro fijamente, ya no me río, solo quiero besarla y así lo hago. Ella es dulce, cariñosa y se adapta a mi cuerpo de una manera increíble. Apoyo mi frente en la suya y con los ojos cerrados intento recuperar mi ritmo cardíaco que se dispara cada vez que la beso.

—Será mejor que empecemos a caminar, si no, no llegaremos nunca.

En este tramo de carretera, hay muchas curvas y tengo todos mis sentidos en alerta, nunca se sabe que puede aparecer tras una de ellas. Andrea, anda detrás de mí, estos arcones son más estrechos y no quiero sustos. A lo lejos, veo una columna de humo, igual alguien estará preparando una barbacoa. Pero a medida que nos vamos acercando, dudo que sea una hoguera.

El humo que veo está junto al asfalto... No puede ser. Andrea va admirando el paisaje hasta que la oigo decir.

—¿Aquello es humo?

—Lo parece. —Respondo, sin saber muy bien lo que estamos viendo, ni a que se debe.

—Me recuerda al día que nos conocimos. ¿Te acuerdas? “Mi coche” parecía un dragón de tanto humo que soltaba. Igual es alguien al que se le ha escacharrado el suyo.

Y entonces lo veo, a través de la humareda, es un coche en el arcén, distingo el rojo de la carrocería. Pero no puede ser... ¿O sí?

Aceleramos el paso. Cuando Andrea se da cuenta de por qué vamos

más deprisa, sale a la carrera y, por supuesto, yo detrás.

¡La madre del cordero! Como corre esta mujer.

—Es él, Damián. Es él... — Grita entre jadeos y se ríe a carcajadas, mientras su loca carrera la dirige hacia el humo. Estoy seguro de que en estos momentos hay lágrimas en sus ojos y esta vez son de alegría.

Se detiene junto al vehículo.

—No me lo puedo creer... Lo hemos encontrado, Damián. —Su cuerpo empieza a temblar mientras sus ojos no dejan de derramar lágrimas. Me aproximo y la abrazo por detrás. Ella apoya su cabeza en mi pecho y siento como suelta un suspiro.

—Vamos a ver si podemos hacer que arranque, creo que se ha sobrecalentado, como la otra vez y el tipo lo ha dejado abandonado...

Cojo mi botella de agua y al igual que hice hace unos días, abro el capó, desenrosco el tapón y vierto el líquido con cuidado y, mientras esperamos que se enfríe, nos sentamos en el suelo apoyando nuestra espalda a la carrocería.

—No me puedo creer que lo hayamos recuperado.

—Yo tampoco. Espero que funcione como la otra vez, en ese caso tendremos que acercarnos a la comisaría más próxima para que sepan que lo hemos encontrado.

—Bien. Estoy tan contenta de que me cuesta creer que lo hayamos recuperado... “mi coche”. —Apoya su cabeza en mi hombro.

Estoy feliz por ella, ha trabajado mucho para tener este vehículo y el que se lo robaran fue un duro golpe. Ahora todo vuelve a estar bien.

## Capítulo 29

### ANDREA

¡Es él! ¡Es él! ¡Es él! ¡Es “mi coche”! Lo daba por perdido, pero aquí está frente a mí... Aún no me lo creo. ¿Qué probabilidades había de recuperarlo? Eso mismo, tú lo has dicho, moreno. Ninguna. Y sin embargo, aquí está. No es ningún sueño.

Mi cuerpo empieza a temblar de puros nervios y noto como Damián, me abraza por detrás y yo me apoyo sobre su pecho. ¿Qué voy a hacer cuando se vaya? No puedo pensar en un futuro sin él. Ya lo sé rubia, él ha sido claro en ese aspecto. Ha de cumplir con su deber. Pero ¡Joder! Son dos años, en los que no voy a poder verle, ni tocarle, ni olerle, ni... Dos largos años.

Comenta que es posible que el coche se haya vuelto a recalentar, así que vierte agua en el radiador y mientras esperamos a que se enfríe, nos sentamos junto al coche y apoyo mi cabeza en su hombro. Busco su mano y entrelazo nuestros dedos. Mi mirada se pierde en la unión de nuestras pieles. Su mano es grande a comparación de la mía. Su tono de piel es más oscuro que el mío. Tiene una cicatriz sobre los nudillos y un pequeño lunar en la muñeca. Son pequeños detalles que quiero memorizar. Siento su mirada sobre mí y sin motivo sé que me estoy sonrojando.

—¿Probamos a ver si arranca? —Se levanta y tira de mí, dejando nuestros cuerpos a escasos milímetros el uno del otro. ¡Qué calor!

—Vamos a ver cómo se porta.

Nos sentamos en el interior de “mi coche”, acaricio suavemente el volante que vuelve a estar entre mis manos. Pongo la llave en el contacto y antes de nada, miro a Damián que me guiña un ojo, dándome la confianza que me falta para girar la llave y oír el ronroneo del vehículo.

Ha arrancado. El motor suena igual que el primer día. Mi alegría es tal

que, sin darme cuenta, me abrazo a Damián. Él me agarra por la cintura y besa mi cuello.

—Vamos, preciosa. Pisa a fondo, que voy loco por llegar a casa.

Sonrío y meto primera y salimos al asfalto con la alegría de haber recuperado “mi coche”.

—Cuando pasemos por la próxima población, tenemos que parar y acercarnos a la comisaria que haya para quitar la denuncia, solo faltaría que nos detuvieran a nosotros.

—Sí. Será lo mejor.

Y así lo hacemos, paro frente a la que encontramos y le ruego a Damián que me espere en “mi coche” mientras yo entro y retiro la denuncia. No quiero llevarme ninguna otra sorpresa cuando salga. Se ríe a carcajadas y en el fondo me hace gracia, pero le digo que me espere ahí poniéndome seria y señalándole con el dedo que no se ría más. Su carcajada continúa y yo entro en las dependencias policiales sonriendo sin poder evitarlo.

Media hora más tarde, salgo con todo solucionado. Ahora sí que podemos continuar nuestro viaje.

## Capítulo 30

### DAMIÁN

Ver la satisfacción en su mirada me hace feliz. Hemos vuelto a la carretera y no puedo evitar observarla. Desprende positividad por cada poro de su cuerpo. Recuperar su coche, le ha devuelto la confianza y la alegría.

—¿Falta mucho para llegar?

—No. Estamos muy cerca, a unos dos kilómetros de mi ciudad y de mi casa.

—Bien. —Noto como sus preciosas manos aprietan un poco más fuerte el volante cuando me responde.

—No estés nerviosa. Te gustará mi familia.

—Solo espero gustarles yo a ellos.

—Andrea, tranquila, ¿vale? Todo irá bien.

—Bien. —Repito cómo si no se lo acabara de creer del todo. Pongo mi mano sobre su muslo y le doy un ligero apretón. Quiero darle toda mi confianza, sé que la adorarán en cuanto la conozcan y que no debe temer nada.

Hemos llegado, le indico a Andrea, que meta el coche en el garaje que hay bajo mi casa. Así estaremos más tranquilos que dejándolo en la calle.

Subimos del parquin a mi piso. Dejamos las mochilas en el banco que hay en la entrada y le digo que me siga para mostrarle mi casa. Un salón, una cocina que hace a la vez de comedor, dos amplias habitaciones, ambas con camas grandes, un gran baño y una bonita terraza, después le pido que se ponga cómoda mientras llamo a mi familia para avisarles de mi regreso.

—Si no te importa, me daré un baño.

—Tienes toallas limpias en el armario. Estás en tú casa, Andrea. ¿De acuerdo?

Recojo las dos mochilas y las llevo a la habitación que

compartiremos, no le pregunto porque lo doy por hecho. No pienso pasar sin ella ni una noche, ni despertar ni una mañana sin su bonita sonrisa a mi lado. Por lo menos hasta que llegue el día de mi partida.

La oigo llenar la bañera y pienso en hacer una llamada rápida a mis padres para hacerles saber sobre mi llegada, para poder compartir ese baño a su lado.

## Capítulo 31

### ANDREA

Me quedo sola en el baño y le oigo moverse por el piso. Abro el grifo y regulo la temperatura del agua y dejo que se vaya llenando la bañera. Veo que en la repisa tiene un gel con aroma a limón. Vierto un poco y veo como empieza a crearse la espuma.

—Hola mamá... Sí, acabo de llegar a casa... claro... Mañana pasaré... sí... Pero no demasiados... Sí... Llevaré una sorpresa... Sí, mamá... Mañana hablamos... Yo también te quiero. Adiós.

Ha tenido una conversación con su madre y oigo como se acerca al baño. Abre la puerta y me mira.

—Ya he avisado a mi familia de que he vuelto.

—Sí, te he oído hablar con tu madre. Debe de estar feliz con tu regreso.

—Lo está. Mañana iremos a verlos y luego te mostraré donde crecí. ¿Te parece bien?

—Quizá deberías ir tú solo a ver a tu familia, yo... te puedo esperar aquí. No quiero que te sientas obligado a llevarme contigo.

—De eso nada, quiero que vengas conmigo, que conozcas a mi familia y que estés a mi lado cada instante.

Mientras habla me va desnudando, sin prisas, rozando con sus manos las partes que va dejando expuestas a sus ojos.

—Eres tan suave.

No puedo esperar más y hago lo que él. Empiezo a desnudarlo. Nuestras miradas se entrelazan, sintiendo la proximidad sin apenas tocarnos. Cierra el grifo y me ayuda a entrar en la bañera. Él entra también y se sienta detrás de mí. Apoyo mi espalda en su pecho y me relajo. Sus brazos rodean los míos y nos quedamos en silencio. Solo sintiendo piel con piel.

Debemos de llevar casi una hora aquí metidos, el agua empieza a estar fría. Lo miro y no puedo evitar sonreír. Se ha quedado dormido. Salgo despacio del agua y envuelvo mi cuerpo para que se seque. Me arrodillo junto a la bañera y acerco mis labios a los suyos, los lamo y suelta un pequeño suspiro entreabriendo la boca. Es de lo más erótico que he vivido nunca. No puedo evitarlo e introduzco tímidamente mi lengua en busca de la suya. Sin apenas darme cuenta, me está saboreando y sus manos están en mis mejillas.

—¿Nos vamos a la cama? —Le pregunto cuando separamos nuestros labios.

—Lo estoy deseando.

Sale del agua, se seca con la toalla, la deja a un lado y me coge en brazos elevándome del suelo. Le abrazo por el cuello y reposo mi cabeza sobre su pecho.

—¿Sabes que podría acostumbrarme a esto?

Me mira y me tumba en la cama.

—Yo, creo que ya me he acostumbrado... —Me desprende de la toalla y me observa. Y para no perder la costumbre, me sonrojo ante su mirada.

—Eres tan deliciosa que te voy a devorar.

Y así lo hace, me devora y yo lo devoro. Jugamos, sentimos, nos amamos durante la noche y finalmente nos dormimos uno en brazos del otro.

El sol de un nuevo día ilumina toda la habitación, anoche no cerramos las persianas y noto la claridad bajo los párpados. Abro poco a poco los ojos acostumbrándome a la luz y lo miro: está tan guapo, tan relajado. Me muevo sigilosamente para no despertarlo y poder ir al baño. Termino y vuelvo a entrar en la cama, acurrucándome en su pecho. Me vuelvo a quedar dormida con el latido de su corazón por nana.

Noto un cosquilleo, unas suaves caricias sobre mi piel. Abro de nuevo

los ojos y ahí está él. Solo puedo sonreír. Me encanta despertar a su lado y que lo primero que vean mis ojos sea a él.

—Buenos días, preciosa. —Me besa.

—Buenos días.

—Aunque no me apetece nada, —besos— tenemos que levantarnos. —Más besos—. Mis padres nos esperan para desayunar. —Sigue besándome.

—Tus padres... Es verdad. —No puedo evitar sentir un nudo en el estómago. ¿Qué pensarán de mí? ¿Me culparán de no poder pasar estos días con su hijo?

—Andrea. —Me mira fijamente—. Todo está bien, les encantarás, no te pongas nerviosa, ¿vale?

—¡Vale! Pero ni siquiera les has dicho que me llevas contigo.

—Les he dicho que llevaré una sorpresa y te lo aseguro, serás toda una sorpresa para ellos. Hace mucho tiempo que no llevo una chica a casa.

—No sé, si tú crees que está bien, de acuerdo. Vamos a vestirnos no sea que lleguemos tarde.

Me pongo ropa interior, un vestido sin mangas ceñido hasta la cintura y con algo de vuelo en la falda y mis botas altas. Me cepillo el cabello y decido dejármelo suelto, me maquillo un poco los ojos y salgo del baño. Me quedo parada al ver a Damián. Lleva unos vaqueros que le quedan de muerte, sus botas de montaña, una camiseta básica negra, ajustada a su torso marcándole a la perfección cada músculo cubierto por la fina tela.

## Capítulo 32

### DAMIÁN

Mientras me vestía, le estaba dando vueltas a algo que comentó mi madre. Me dijo que avisaría a la familia y a algunos amigos de mi regreso al hogar, que me esperaban para el desayuno, que sería algo así como una bienvenida. Debería habérselo comentado a Andrea, pero estoy seguro de que habría buscado cualquier excusa para no acompañarme y, como ya quedó constancia, soy egoísta. Quiero estar con ella a cada segundo.

Cuando sale del baño y la veo, no puedo apartar mis ojos de ella, está simplemente espectacular. Me doy cuenta de cómo me mira y sé que yo estoy haciendo lo mismo. Se sonroja y mi corazón se acaba de saltar un latido. ¿Es eso posible?

Salimos de mi piso y bajamos en el ascensor hasta el garaje, donde nos espera su espectacular Ford Mustang Cabrio, con ese rojo intenso en su carrocería. Cuando Andrea lo ve, se le ilumina la mirada. Está enamorada de este coche. ¿Será posible? He de reconocer que le tengo celos a un trozo de metal con ruedas. ¿Me mira a mí de esa manera? ¿Tú crees chavalote? Eso espero, me gustaría creer que ella pueda haberse enamorado de mí...

Me tiende las llaves ¿A caso quiere que lo conduzca yo? Al ver mi cara me argumenta.

—Aunque me vayas indicando, llegaremos antes si conduces tú. ¿No crees?

Me besa y se dirige hacia el lugar del copiloto, abre la puerta y se sienta. Yo hago lo mismo frente al volante. La miro, me sonrío y el día ya es perfecto. Meto la llave en el contacto y el ronroneo del motor despierta. Allá vamos.

Mis padres viven en una casa de dos plantas, a las afueras de la ciudad y por la cantidad de vehículos que hay aparcados cerca, creo que a mamá se

le ha ido un poco la cabeza llamando a familiares y amigos para mi regreso.

—Andrea, creo que debería haberte avisado antes. Seguramente habrá más gente de la que creía. Pero no te preocupes, estaré a tú lado todo el tiempo.

La cara de Andrea es un poema.

—No, no te preocupes, es normal después de tanto tiempo fuera. No pasa nada de verdad.

Sé que está atemorizada por no conocer a nadie más que a mí. Pero estoy seguro de que mi familia le dará una buena acogida. Salimos del coche, me acerco a ella y entrelazo sus dedos con los míos intentando darle seguridad. Nos dirigimos a la entrada y de repente se abre la puerta saliendo a recibirnos mi padre con una gran sonrisa en la cara.

## Capítulo 33

### ANDREA

Un hombre de unos cincuenta años ha abierto la puerta, nadie podría dudar de que estos dos hombres son padre e hijo.

—Papá. —Oigo a Damián dirigirse al hombre.

—Hijo, bienvenido a casa.

Damián suelta mi mano y se funde en un emocionado abrazo con su padre. Se separan y el hombre mira con cariño a su hijo y le revuelve el cabello como si fuera un crío.

—Papá, quiero presentarte a Andrea. Andrea, él es mi padre, Eduardo.

—Un placer conocerte, muchacha. Vamos, pasad, todos tienen muchas ganas de verte.

Eduardo nos hace entrar en la vivienda y la cruzamos hasta llegar al jardín de atrás, donde han montado una pancarta de bienvenida y hay globos colgados por los árboles. El recuerdo de la fiesta que montó para celebrar mi cumpleaños vuelve a mi mente y sin darme cuenta acaricio mi colgante.

—¡Mamá! —Le miro y está abrazando a una mujer que no para de llorar mientras le abraza y le besa.

—Mi niño, por fin estás de vuelta.

—Vamos no llores, no me gusta verte llorar. Mira, ven te voy a presentar a alguien...

—¡Damián! —Oigo la voz chillona de una mujer que viene corriendo hacia nosotros. Da un salto y se agarra al cuello de Damián, enroscando sus piernas en su cintura y empieza... ¡a comerle la boca!

No parece muy molesto por la actitud de la chica, pero yo me estoy cabreando por momentos. La chica en cuestión es rubia con una preciosa melena rizada, morena de piel y lo sé por qué lleva unos casi inexistentes pantaloncitos cortos y una camiseta ajustada de tirantes, que no deja mucho a

la imaginación.

—No te preocupes, es Lucía. —Y con esa frase me deja su padre en un lado del jardín. ¿Qué no me preocupe? Mientras el resto de sus amigos y familiares le rodean para saludarle. ¿Lucía? ¿Quién narices es Lucía? Me dijo que no había nadie esperándole. Estoy confusa, no creo que me haya mentido, así que esperaré para hablar con él.

Me siento desplazada, como nunca me había sentido. No es que haya sido popular, ni mucho menos, pero por lo menos estaba en mi ciudad, con mis vecinos de toda la vida. Aquí no conozco a nadie. Ya ni siquiera veo a Damián. En el fondo del jardín, hay un pequeño estanque con unos bancos próximos a él. Decido alejarme de toda esta gente y esperar a que Damián me eche de menos y venga a buscarme. No quiero interrumpir su recibimiento.

El rincón es tranquilo y se está fresco. Hay muchas flores distribuidas por todo el jardín, que dan pinceladas de color sobre el verde uniforme del césped. Me gusta la casa de los padres de Damián. Por lo menos el jardín, porque el interior apenas lo he visto.

—Hola.

Me giro al escuchar la voz.

—Soy Lucía. Una buena amiga de Damián. ¿Y tú eres?

—Hola, soy Andrea. He traído en mi coche a Damián. —No quiero darle ninguna explicación a esta mujer. ¿Os habéis dado cuenta de cómo ha dicho lo de buena amiga?

—¡Ah! ¿Así que lo recogiste mientras hacía autostop? Pues muchas gracias por traerlo de una pieza. Ahora que ya está en casa ¿Podemos hacer algo más por ti? Seguro que te esperan en algún sitio.

Pero bueno. ¿Os habéis fijado cómo me está despachando la lagarta esta? ¿Qué dices, moreno? Sí, ya me he dado cuenta. Me sonrío, pero sus ojos me están despellejando viva. Lo habéis notado igual que yo... Tengo que

encontrar a Damián y hablar con él...

—Espero que no te hayas tenido que alejar demasiado de tu camino. Si necesitas que te indique como llegar a la autopista...

—No. No, muchas gracias. —Ante todo educada, como me enseñaron mis padres—. Conozco el camino. Si me disculpas...

Me alejo de esa mujer lo más rápido que me permiten mis botas. Estaba marcando terreno como perra en celo. Damián debería haberme avisado de esta fiestecita. Me prometió que no me dejaría sola y encima esta le come la boca delante de mi cara y ¿no se digna a hablar conmigo después? Me voy, no por darle el gusto a esa, si no por qué me siento estafada por él. Veo a su padre hablando con un grupo de personas, de Damián no hay ni rastro, así que me aproximo a Eduardo esperando que él me pueda decir donde está su hijo.

—Hola, Eduardo. Disculpe, ¿ha visto a Damián?

—Sí, acaba de salir con uno de sus mejores amigos, creo que iban a probar su coche nuevo. No tardarán en volver, a no ser que paren a tomarse unas cañas, entonces no puedo asegurarte su regreso, tendrán que ponerse al día después de un año de no verse.

No quiero ser mal pensada, pero eso ha sido un zasca en toda la boca por parte de este hombre, ¿verdad? ¿Cree que estoy aquí para robarle a su hijo? Esto me parece surrealista.

—Sí no le importa, ¿podría decirle que me he marchado?

—Sí, sí. No te preocupes, yo se lo digo.

Y como si ya me hubiera ido, se da la vuelta y continua la charla que he interrumpido. ¿Sabéis qué? Qué me estoy empezando a hartar. Pensaba esperarle fuera, en “mi coche”, pero viendo que estará ocupado, decido irme y esperarle en la puerta de su casa. Tengo mis cosas allí, si no arrancarí el motor, continuaría mi viaje y os aseguro que no miraría atrás.

Estoy sentada en “mi coche” esperando a que Damián vuelva a su piso. Enfadada. Muy enfadada... y no sé a quién quiero engañar, las lágrimas nublan mi visión. Lo que estoy es dolida. No me esperaba que la mañana fuera así.

## Capítulo 34

### DAMIÁN

Desde que hemos llegado a casa de mis padres todo se ha descontrolado. Cuando he ido a presentarle a mi madre, una loca ligera de ropa estaba saltándose encima y comiéndome la boca. A resultado ser Lucía. Mi ex novia. No sé qué demonios está haciendo. Dejamos nuestra relación hace cosa de dos años y cuando consigo quitármela de encima no veo a Andrea, estoy rodeado de familiares y amigos que no paran de preguntarme cómo me ha ido todo y que se alegran de verme. Espero que papá esté pendiente de ella...

Mamá se acerca con un vaso de zumo y me lo ofrece.

—Estoy tan contenta de que estés aquí.

—Yo también, mamá. ¿Has visto la chica con la que he venido?

—¿Has venido con una chica? No me lo puedo creer. ¿Y dónde está?

—¡Ay, mamá! Cuanto te he echado de menos. —No puedo evitar abrazarla.

—Entonces... ¿Con Lucía? Ella ha estado viniendo mientras has estado fuera. Parecía que...

—Con Lucía nada. Hace ya dos años que no estamos juntos. Es una amiga y hasta ahí.

—Y esta chica que dices que has traído, ¿de dónde ha salido? Porque llevas todo un año fuera y no nos has dicho nada sobre ella.

—Nos encontramos por casualidad, mientras volvía. Hace solo unos días que nos conocemos, pero...

—¡Estás enamorado! Ese brillo en tu mirada nunca había estado ahí, ni siquiera con Lucía.

—Pero qué lista eres, ahora voy a buscarla, no creo que le haya sentado bien la actuación de mi ex.

—Hombre, pero si es mi buen amigo Damián, el que me dejó tirado para recorrer mundo.

—¡Joder, Edu! Te dije si querías venirte a la aventura y pasaste de mí.

—Pero ya estás en casa. —Nos fundimos en un fuerte abrazo. Edu y yo nos conocemos desde los dos años, ya que nuestras madres son amigas y nos hemos criado juntos—. Ven, quiero enseñarte mi última adquisición.

—Ahora mismo me pillas buscando a una persona. Cuando la encuentre estoy por ti.

—¿La? ¿Estás buscando a una mujer? Lucía, estaba deseando que volvieras.

—Pues no sé por qué. Nosotros terminamos hace tiempo, tú lo sabes mejor que nadie. Esa a quien busco es Andrea, una mujer increíble.

—Ella... Mira hermano, es mejor que te lo cuente. Lucía les ha hecho creer a tus padres y a los suyos que sigue interesada en ti. Ya sabes que su padre y el tuyo se disgustaron cuando rompisteis. Ha dejado caer que habéis estado en contacto este año y la posibilidad de que a tu regreso lo intentarais otra vez.

—Solamente hablamos un día y fue por trabajo. No me lo puedo creer. Por eso me ha recibido así. Tengo que encontrar a Andrea.

—Espera, Damián, creo que deberías saber otra cosa...

La fiesta por mi regreso continúa. Tras hablar con Edu en el despacho de mi padre, salgo para encontrar a mi chica. ¿Dónde diablos se ha metido?

—Papá, ¿has visto a Andrea?

—¿Andrea? No me suena.

—La chica que hoy vino a casa conmigo.

—¡Ah, sí, esa chica! Dijo algo así como que tenía que irse y que ya os veríais.

No me puedo creer que se haya marchado. ¡Un momento! Andrea se

puede haber ido de aquí, pero sus cosas están en mi piso.

— Papá, no sé qué os habrá dicho Lucía, pero te juro que nada es cierto. Hoy he traído a casa a la mujer de la que me he enamorado para que la conocierais y, sin embargo, puedo adivinar que no has sido muy amable con ella. ¿Me equivoco?

—Hijo, tú ya sabes que a Lucía la queremos como si fuera de la familia.

—Pero no lo es... Ni lo será. Me voy a buscar a Andrea. —Estoy muy enfadado.

—Damián...

No me paro a escucharle. Tengo que volver a mi piso y me tienen que llevar. ¿Y si no ha detenido su coche y se ha marchado? No, no, no, eso no puede ser.

— Edu, tienes que llevarme a casa, ahora.

No me hace preguntas, no necesita respuestas. Sólo ha tenido que mirarme a la cara, para saber que es importante. Nos dirigimos a mi piso a toda velocidad. ¡Ahí está! Es su coche. Noto como mis pulmones sueltan el aire de golpe. ¿Lo había estado reteniendo?

—Déjame aquí, Edu.

—¿No me la vas a presentar?

—En otro momento, tío. ¿Te parece?

—Sí, creo que es mejor, llámame antes de irte y quedamos para unas birras.

—Hecho.

Me bajo del coche de mi amigo y no la veo por la calle. Dirijo mis pasos al Mustang y ahí está, golpeo con los nudillos en el cristal de la ventanilla y me mira. Sus ojos y su nariz están rojos, ha estado llorando y toda la culpa ha sido mía. Baja el cristal, sin dejar de mirarme.

—Andrea...

—¿Te importaría bajar mis cosas de tu piso?

—Andrea, por favor.

—No hay mucho, solo la mochila y mi chaqueta.

—Andrea, habla conmigo, por favor.

—Bueno, ¿sabes? Da igual. Quédatelo de recuerdo.

Veo que empieza a subir la ventanilla y no me lo pienso, doy un salto y me deslizo sobre el capó quedando junto a la puerta del copiloto. Cuando reacciona, intenta bajar el pestillo, pero soy más rápido y abro la puerta antes de que pueda cerrarla y me siento a su lado.

—Sí no te bajas del coche, tendrás que volver por tu cuenta.

¡Madre mía! Qué cabreo lleva. Pero no me pienso intimidar por su amenaza.

—Te recuerdo que llevo haciéndolo un año.

Gira su cara hacia mí y sus preciosos ojos están lanzándome dardos envenenados.

—Te he dicho que te bajes de “mi coche”.

—Primero, quiero pedirte disculpas por algo de lo que no tenía ni idea que iba a pasar. Esa chica...

—No quiero oírlo. Ya he visto suficiente, no hace falta que me lo restriegues. ¿Es tu novia y no esperabas que estuviera?

—Esa chica —Empiezo de nuevo cómo si no me hubiera interrumpido—. Fue mi novia y hace más de dos años que lo dejamos, Andrea.

—Pues igual no se lo dejaste bien claro y no se enteró.

Está celosa. La mujer que tengo delante, a la única que amo, está celosa. ¿Sabéis que me gustaría hacer ahora mismo? Tú lo has dicho rubiales, comerle esa boca que me tiene loco. Pero estoy de acuerdo con la de la

coleta, le comeré esos labios después de hablar con ella.

—Andrea. Por favor. Entra el coche en el garaje, sube a casa y hablamos. ¿Vale?

—No lo sé, Damián. No sé si quiero seguir... contigo estos días. Total, tenemos fecha de caducidad, ¿Lo recuerdas? No sé si quiero pasar por ello...

—Es cierto, tenemos fecha de caducidad, exactamente faltan ocho días para que embarque, en lo que será una expedición de dos años. No puedo parar el reloj, pero sí me gustaría poder recordar cada uno de esos ocho días sin que haya malos entendidos entre nosotros. Por favor, hablemos. No me gustaría que nos separásemos enfadados. Sí después de que te cuente, sigues queriendo irte, yo no, no pondré ninguna traba. Por favor, sube conmigo.

Está dudando. Mi corazón está latiendo tan rápido que creo que lo va a oír. Vosotras y vosotros, ¿lo oís desde ahí? Parece un solo de batería de Lars Ulrich, el batería de los Metallica. Su silencio me está matando.

No sé qué voy a hacer si decide irse. No estoy preparado para que nos separemos, no, aún no.

—Está bien. Subiré y te escucharé, aunque no esperes mucho.

¡Vale! Va a subir. Puedo respirar otra vez.

—No te irás a escapar cuando me baje del coche, ¿verdad?

—Te he dicho que subiré. Yo no incumplo lo que digo.

¡Joder! Esa ha sido directa y sin anestesia. Sé que la he cagado en ese punto en concreto, pero todo lo demás lo han orquestado otros y eso es lo que tengo que explicarle.

Arranca el motor y baja el coche hasta el garaje. Bajamos y en un silencio aplastante subimos en el ascensor hasta mi piso. No me mira. Sé que le he fallado, pero joder, no todo ha sido culpa mía, aunque ya pillaré a Lucía para aclararle cualquier duda que aún tenga sobre lo que no tenemos.

—¿Quieres tomar algo? —Intento que desaparezca esta tensión que se ha creado entre nosotros.

—No, gracias. No creo que esta conversación vaya a durar demasiado.

¡Joder, joder, joder!

—¿Ni te vas a sentar? —Veo la duda en su rostro, pero al final lo hace, por supuesto lo más alejada que puede de mí.

—Lo siento. Sé que sólo te parecerán palabras, pero, de corazón, lo siento. No sabía que Lucía estaría allí, porque no tenía que estar, hace tiempo que dejamos de ser pareja y en ningún momento le he dado pie para que crea lo contrario. Te juro que yo he sido el primer sorprendido a lo que ha pasado, pero cuando me la he quitado de encima, no te he visto por ningún lado... Luego todo el mundo quería saludarme y yo estaba agobiado por no estar contigo. Esperaba que papá...

—Sí, tu padre. Ha sido muy... amable.

—No es cierto. Sé que ha sido un capullo contigo, pero ya hablaré con él largo y tendido. Tienes que creer cuando te digo que lo siento, no esperaba que pasara nada parecido. No te vayas, quédate conmigo estos días.

—¿Para qué? ¿Por qué quieres que me quede contigo?

—Porque necesito llevarme conmigo tu aroma, tu sabor, tu imagen, tu sonrisa... Porque de verdad que necesito que estés a mi lado. Van a ser dos años muy largos sin verte.

Por primera vez desde que he salido de la fiestecita que han montado mis padres, la veo sonreír. Y mi pecho se ensancha al verla. Su sonrisa es tan sincera que pienso asegurarme de hacer que ilumine mi vida, bueno, por lo menos los días que estemos juntos.

## Capítulo 35

### ANDREA

Lo he pasado mal, no os voy a mentir. Ya habéis leído lo que ha ocurrido con su ex y con su padre, vaya par... Me han hecho sentir como una intrusa, una molestia en la vida de Damián. Alguien a quien excluir de un plumazo. Pero ahora, al escucharle hablar, al disculparse por lo sucedido con esos dos, al pedirme perdón por no haberse quedado a mi lado y poniéndome esos ojitos, no puedo evitar sonreírle. Si es que el muy canalla, me tiene ganada.

—No sé lo que les pasó por la cabeza, pero te juro que no tenía ni idea de que iba a ocurrir algo semejante. Mañana hablaré con papá y te aseguro que dejaré el tema aclarado y cerrado, no puede menospreciar a mis amigos por tener una idea en su cabeza que no se ajusta a la realidad. Lucía estuvo en mi vida hace mucho tiempo, ahora creí que éramos amigos, no sé por qué ha pensado que algo habría cambiado en este año para que yo quisiera reanudar lo que tuvimos. Bueno, algo sí ha pasado, aunque ella no lo sabe. Te he conocido a ti.

Pongo mis manos en sus mejillas y le doy de su propia medicina. Le beso para que se calle. Entiendo que nada salió como debería, que no tuvo la culpa, aunque no reaccionó como debería haber hecho, pero también soy consciente de que esa, esa...

Sí, rubia, esa es buena... No, no, aunque lo piense, eso no lo voy a decir tío, no soy tan basta. ¿Cómo decirlo delicadamente? Esa tiparraca. Sí, creo que lo de tiparraca le queda como anillo al dedo. ¿En serio, se ha creído que se iba a salir con la suya? Espero no cruzármela en estos días, porque no sé cómo podré reaccionar. Pedimos comida por teléfono y mientras esperamos a que llegue, ponemos la mesa y nos servimos una copa de vino.

Damián me cuenta cosas de cuando hace unos años era una bala

perdida, según sus propias palabras. Yo me lo imagino en esa época y ya supongo la de corazones que debió dejar partidos por el camino. Me enseña una foto en la que tenía diecisiete años. Ya estaba para mojar pan. Me habla de su amigo Edu, con el que tiene una gran relación desde siempre, fue el que le animó a estudiar biología. Y descubrió que le fascinaba todo lo referente al mar.

—Y entonces ¿vais a estudiar el hielo?

—Sí, en esta expedición vamos a comprobar el grado de contaminación que está llegando del resto del planeta. También vamos a investigar sobre las ballenas corcovadas, es una expedición que llevamos años preparando, buscando patrocinadores que corran con los gastos. Ya sabes. Llevo años soñando con ello y ahora... ahora ya no tengo tantas ganas de ir.

—¿Por qué?

—Porque te he conocido y sé que hace poco que nos conocemos, pero sé que te voy a echar muchísimo de menos.

Coge mi mano y besa tiernamente mi muñeca. Un escalofrío recorre por completo mi piel. Yo también le voy a echar de menos. Ya es mala suerte que ahora que nos hemos encontrado, tengamos que separarnos.

—Hay otra cosa que debería decirte.

—Me estás asustando.

—Lucía es parte de la expedición.

—¿Tú ex va a pasar dos años perdida contigo y estaréis incomunicados?

—No. Ella, dieciséis científicos más, toda la tripulación y yo, pasaremos dos años perdidos. Solo es una compañera, Andrea, y te aseguro que antes de embarcar le habrá quedado claro que solo somos eso.

—Por mí no lo hagas. Dos años es mucho tiempo y si entre vosotros

hubo chispa, quien te dice que no volverá a saltar.

—Andrea, eso no sucederá. Esa chispa se apagó hace tiempo. Voy a decirte algo y no quiero asustarte. Me he enamorado de ti. Ha sido todo muy rápido, lo sé, pero es lo que siento es algo increíble, algo que no sentí con nadie. Sí, sí es una locura, sé que hemos compartido poco tiempo, pero me vuelves loco mujer y aunque sé que es egoísta por mi parte pedirte esto, me gustaría... Me encantaría verte a mi regreso. Sé que no puedo pedirte que me esperes, que no te enamores de otro hombre, dos años es mucho tiempo, puede que conozcas a un tipo genial que haga que vuelen mariposas en tu interior, aun así, me gustaría verte de nuevo, aunque sea una sola vez más.

Pongo mi mano sobre su boca. Me acerco y la sustituyo por mis labios. Su boca se entreabre y nuestras lenguas se acarician, se buscan y saborean. El mundo desaparece a nuestro alrededor, solo estamos nosotros, sin problemas, sin que el tiempo exista.

—Damián. —Apoyo mi cabeza sobre su pecho—. Yo también me he enamorado de ti en este poco tiempo, no sé cómo ha sido, pero es así—. Su corazón late acelerado al igual que el mío—. No hablemos de lo que pasará, vamos a disfrutar de estos días que nos quedan. Será lo mejor.

—Está bien.

Nos abrazamos y nos mantenemos en un silencio algo tenso. Sabemos que la cuenta atrás ya ha empezado y no hay nada que podamos hacer.

Mira el gafitas que gracioso, está claro que eso sí lo podemos hacer. No seas burro. Sí chicas, estoy segura de que esa tiparraca intentará seducirle. Lo sé, lo sé. Pero creo en lo que me ha dicho. Ella es el pasado y yo estoy aquí entre sus brazos compartiendo su presente, Así que no lo voy a desaprovechar.

—¿Te apetece que te enseñe mi ciudad?

—Sí, me gustaría mucho.

—Pues entonces vámonos.

Coge mi mano y con una bonita sonrisa, tira de mí para que le acompañe. Salimos a la calle con nuestros dedos entrelazados, no cogemos el coche porque lo que me quiere enseñar está cerca de su piso. Paseamos como una pareja de enamorados.

—Mira, ¿ves ese parque? En esos columpios me abrí por primera vez la cabeza. Era un poco, cómo decirlo...

—¿Travieso?

—Sí, algo así. Nunca despreciaba un reto y mi amigo Edu siempre estaba cerca para retarme. Mamá, ahora, le quiere como si fuera su propio hijo, pero en aquella época no podía verlo ni en pintura. No sabes la de veces que tuvo que sacarnos de los problemas en los que nos metíamos. Éramos inseparables y a simple vista unos adolescentes de lo más normales, aunque con muchas inquietudes. —Su sonrisa ilumina sus ojos. Recordar esa época está haciéndole feliz—. Seguimos siendo ese par de locos, pero ahora ya no nos metemos en problemas.

—Me encantaría conocerle. Por la forma que le describes es como si me hablaras de un hermano. Así me siento yo con mi amiga Merche, nos conocemos desde pequeñas, pero su padre encontró trabajo en otra ciudad y se marcharon. La echo tanto de menos... Conseguimos no perder el contacto. Nuestros padres nos juntaban en las vacaciones y no nos despegábamos una de la otra hasta el último día, en el que cada familia volvía a su ciudad. Ahora hablamos cada día y así es como si estuviéramos al lado una de la otra, es mi hermana en la distancia.

—Te entiendo. Este año es al que más he echado de menos. Bueno y a mis padres, pero ese loco...

—Tendrías que estar con él, celebrando tu regreso a casa.

—Estoy donde quiero estar y eso es aquí, contigo. Pero si te apetece,

le doy un toque y nos tomamos una cerveza con él.

—Me encantaría.

Chicos, chicas, mientras él habla por teléfono ¿Qué os parece la que ha liado la tiparraca? ¿Así qué solo son compañeros en el trabajo? Igual esperaba que con ese numerito al verle, él caería en sus zarpas de nuevo... No contaba con que llegara acompañado por mí, por eso fue tan desagradable dándome puerta. Eso pienso yo, morena. Que se fastidie. Ella ya tuvo su oportunidad. Damián es alguien muy importante ahora mismo en mi vida y en mi alma, voy a disfrutar con él cada instante que estemos juntos, hasta... Solo me gustaría que no tuviera que irse, justo ahora que nos empezamos a conocer.

## Capítulo 36

### DAMIÁN

Andrea, es una mujer increíble. No solo ha escuchado lo que quería decirle si no que además sabe que es cierto. Lucía va a tener que dar muchas explicaciones por su comportamiento. No sé con qué tonterías habrá convencido a mi padre de que lo nuestro era posible. Y mi padre... Bueno, con él también hablaré, no me gustó que menospreciara a Andrea.

Os voy a contar algo que nadie excepto Lucía y yo sabemos. El motivo por el que rompí con ella. Descubrí que mientras salimos juntos, se veía con otro chico de la universidad con el que sí pasaba las noches. Al principio me dolió, pero me di cuenta de lo mucho que me absorbía su persona y fue un gran respiro dejar de ser pareja. Incluso Edu me felicitó por abrir los ojos. Siempre creyó que Lucía era una niña y que yo merecía a alguien mejor. Espero que se lleve bien con Andrea, aunque conociéndolos a los dos estoy seguro de ello. Son dos de las personas más importantes en mi vida. Y espero que lo sean siempre. ¡Joder! Mira que tener el viaje tan cercano. Ahora mismo es lo que menos deseo. Pero no hay nada que hacer. Tendré que decirle adiós a mi mujer, mi mujer... eso sí sería una locura. Apenas nos conocemos. No, no puedo hacerle eso, tío. ¿Pedirle que se case conmigo? Eso sí que sería una locura. Tiene diecinueve años, está empezando su vida. No puedo hacerlo, quizá, quizá conozca a alguien este tiempo y se enamore y yo, yo... no sería más que un error del pasado. No puedo hacernos eso. Quiero pensar que si me quiere, me esperará. No quiero agobiarla pidiéndole matrimonio.

¿El qué? Pero chicas, ¿no lo diréis en serio? Sí, sé que sería muy romántico, pero ¿no creéis que es muy poco tiempo el que llevamos juntos para eso? No suspiréis todas a la vez, que pasáis las páginas que aún no están escritas. Sí, yo me casaba ahora mismo, no lo dudaría ni un instante, pero...

No rubia, miedo no es la palabra, acojonado es como estoy ahora mismo. ¿Y si me dice que no? No podría volver a verla. Necesito tener la esperanza de que ella me quiera y que me esperará, sin ningún tipo de presión. Poneros en mi lugar, no en esos momentos, gracioso, en serio. ¿No creéis que sería precipitarlo todo? Vale, vale. Lo pensaré. Ahora he quedado con Edu para presentársela.

—¿Todo bien? —Su sonrisa me llena de un modo que me hace sonreír solamente mirándola. Todo lo malo desaparece.

—Sí, todo genial. Edu vendrá en una media hora.

—Bien. Voy a darme una ducha, necesito quitarme esta sensación de encima.

—¿Qué sensación?

—La de ser una molestia.

—Andrea. —La acerco a mi cuerpo—. ¿Puedo ducharme contigo? Yo también quisiera quitarme esta sensación.

—¿Cuál?

—La de que den por hecho las cosas que me afectan a mí personalmente, imponiéndomelas sin más.

—Me encantaría que te ducharas conmigo. —Me coge de la mano y juntos entramos en el baño.

Nos sumergimos bajo el agua de la ducha. Cojo el gel, vierto sobre mis manos el suficiente para enjabonar su cuerpo, ella hace lo mismo sobre el mío. Nuestras caricias despiertan nuestra pasión y cuando me quiero dar cuenta estoy agarrando sus nalgas, mientras ella enreda sus piernas en mi cintura. Nuestras miradas no se despegan y con un solo movimiento entro en su interior. ¡Oh, Dios! Todos sus músculos atrapan mi erección me dan la bienvenida a mi hogar y hacen que me sienta vivo. Me muevo, sus jadeos entran en mi boca como dulce néctar del que no creo que me pueda llegar a

saciar. Nuestros movimientos acompasados. Saliendo uno en busca del otro. La pasión al tocarnos, al sentirnos, el mundo desaparece, literalmente, de nuestro alrededor, solo somos gemidos, susurros y placer. Quiero esto hasta el final de mis días. Siento como su interior se prepara, yo estoy igual. Nos corremos juntos besándonos con desesperación. Nuestras respiraciones son entrecortadas, intentando atrapar el oxígeno que nos rodea cómo si nos hubiéramos olvidado de respirar.

—Creo, creo que están llamando al timbre. —Susurra Andrea, mientras vuelve a tocar el suelo de la ducha.

—¡Mierda! Debe ser Edu. Termina mientras voy a abrirle. —Veo cómo se ríe—. Esto es culpa tuya, haces que me olvide del resto del universo. —Le doy un apasionado beso y una nalgada, avisándola que no tarde.

Salgo poniéndome un albornoz y abro la puerta del piso.

—No me lo puedo creer. —Se ríe en mi cara—. Si no recuerdo mal quedamos en media hora. Hace quince minutos que estoy llamando a tu puerta y tú duchándote, no tienes...

Sé que Andrea acaba de entrar en la sala. Me giro para verla y sonrío al darme cuenta de que también lleva un albornoz.

—Ahora entiendo que no oyeras el timbre. Hola, soy Edu. Tú debes ser Andrea.

—Así es. Encantada, Edu.

—Edu, ya sabes, como en tu casa. Andrea y yo vamos a vestiros y ahora volvemos.

—Pero a vestiros. ¡Eh! Me gustaría charlar un rato con vosotros.

Mientras entramos en mi habitación, escuchamos las carcajadas de mi amigo en la cocina. Andrea está avergonzada al darse cuenta de que Edu sabe lo que estábamos haciendo y su rostro está sonrojado.

—No te preocupes. ¿Vale?

Asiente sin pronunciar palabra, mientras empieza a vestirse. No puedo apartar mis ojos de su cuerpo. Sube sus braguitas impidiéndome verla por completo, luego le sigue el sujetador, atrapando ese manjar que son sus senos. Me mira.

—¿Tú no te vistes?

—No puedo dejar de mirarte y me estoy excitando de nuevo.

—Pero si me estoy cubriendo...

—Incluso vistiéndote estás extremadamente sexi para mi salud.

—Estás loco. Vístete que nos espera tu amigo, luego cuando se marche ya hablaremos tú y yo. —Se acerca a mí agarrando las solapas del albornoz y lame mis labios con su cálida lengua. Me tiene a su merced—. No te entretengas. —Y diciendo esto se pone por la cabeza un precioso vestido, se peina con los dedos y descalza sale de la habitación para acompañar a mi amigo. No tardo ni dos minutos en salir tras ella con los pantalones cortos puestos y la camiseta aún entre las manos. No se da cuenta de lo apetitosa y natural que es.

Cuando la alcanzo, veo que se está presentando con su adorable sonrisa.

Y el capullo de mi amigo se la está comiendo con los ojos.

—¡Eh, tío! No mires así a mi chica.

—Lo siento, yo no... No me habías dicho lo bonita que es. Disculpa si te he molestado, Andrea.

—No pasa nada.

Pero ¿qué está pasando aquí? Andrea está sonrojada y Edu no deja de mirarla. Paso mi mano por su cintura, reclamándola. No me gusta que nadie la mire de este modo. Lo sé, lo sé. Tenéis razón, él es como mi hermano y jamás me haría algo así. Pero los próximos dos años cualquiera puede aproximarse a ella para enamorarla y yo estaré en el puto culo del mundo.

¡Joder!

—¿Nos sentamos? —Andrea, rompe la tensión que he originado sin darme cuenta, por unos celos que no sabía que formaran parte de mí.

—Sí, voy a por unas cervezas y a por algo de picar. —Me dirijo a la cocina para respirar y tranquilizarme. Apoyo mis manos en la encimera, cierro los ojos y expulso el aire. Una suave caricia en mi hombro hace que me gire para verla frente a mí.

—¿Estás bien? —Sus palabras son acompañadas por su mano, acariciando mi mejilla.

—Sí. Sólo que he sentido lo que sería perderte y no me ha gustado. Lo siento.

—Damián, yo estoy contigo. Él es tu mejor amigo, tú mismo me lo has contado, y sabes que yo soy de sonrojarme. Te quiero y no voy a permitir que dudes de lo que siento por ti. ¿Vale?

Mientras habla, fija sus preciosos ojos en mi mirada. Acerca sus labios y me besa, rodeo su cintura con mis brazos y pego su cuerpo al mío.

—Chicos, si queréis me voy. —Grita Edu desde la sala.

Sonreímos y dejamos de besarnos.

—Será mejor que dejemos esto para más tarde. —Coge las cervezas y antes de que salga de la cocina vuelvo a besarla dejándonos sin oxígeno de nuevo. Sonríe con un brillo increíble en sus ojos y me deja solo para que coja algo de picar.

No tardo ni dos minutos en reunirme con ellos, llevando unas patatas y unos cacahuetes.

Al principio, Andrea está algo tensa, después del recibimiento en casa de mis padres no puedo reprochárselo. No le conoce de nada y va con pies de plomo, pero a medida que transcurre la tarde, se va relajando. Edu es un gran tipo y se la ha ganado hablando de nuestras fechorías de adolescentes.

—Me ha llamado Lucía. —Suelta sin más—. Dice que no le coges el teléfono.

—Ni se lo voy a coger. Lo que tengo que decirle se lo diré a la cara para que esta vez no haya malos entendidos.

—No seas muy duro, tenéis que estar... —Mi amigo calla, sin saber que Andrea sabe que compartiremos dos años, no quiere meter la pata.

—Puedes seguir, Edu. Damián ya me ha contado que ella también es parte de la expedición.

—¿Te lo ha contado? Vaya.

—No tengo nada que esconder, colega. Y para que se lo diga cualquier otro para que desconfíe de mí, me pareció mejor aclararlo cuanto antes.

—¿Cómo os conocisteis?

Los dos nos miramos y sonreímos.

—Damián hacía autostop, “mi coche” se averió y él arregló el problema, así que no dudé en llevarle.

Ha suprimido como no conocimos de verdad. Ese momento es nuestro. Solamente nuestro.

—Luego la cosa se complicó. —Sigo con el relato—. Pasamos la noche en un hotel y por la mañana habían robado el coche del parquin.

—Creí que me moría allí mismo, pero tu amigo me convenció para seguir con el viaje. Me dirijo a ver a mi mejor amiga y como ya estaba relativamente cerca, acepté.

—Durante estos días —Cojo entre mis manos las de Andrea—. Nos hemos conocido y me he enamorado.

—Yo también me he enamorado de ti. Y recuperamos “mi coche”. —No puedo evitar sonreír.

—¡Vaya! —Exclama Edu—. ¿En tan pocos días?

—Sí. —Contestamos ambos sin dejar de mirarnos.

—Sólo una pregunta más. Damián, ¿has pasado la noche entera con ella? No tienes por qué contestarme, pero ya sabes por qué lo pregunto.

—Desde hace cinco días, todas y cada una de ellas.

Edu, asiente con la cabeza y dice con una gran sonrisa.

—Tío, es ella.

Andrea me mira interrogante.

—Lo que mi querido amigo quiere decir es que nunca quise dormir con ninguna mujer, hasta no estar seguro de que era la mujer de mi vida.

Andrea se sonroja y hace que desee besarla más que nada en este mundo.

Continuamos la tarde charlando. Edu después de un par de horas se levanta y tras despedirse de Andrea, me pide que le acompañe a la puerta.

—Tío, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que estás enamorado hasta las trancas y creo que ella también lo está de ti.

—Sigo sin entenderte.

—Te vas en qué, ¿seis días? Vas a estar fuera dos años colega. Perdido e incomunicado. Esa mujer es un bombón y no le faltarán moscones a su alrededor.

Me quedo pensativo, porque sé que tiene razón.

—Es mejor que me vaya, hablamos.

Me da un abrazo y se introduce en el ascensor. Me deja pensando en lo que me ha dicho, hasta que oigo la voz de Andrea a pocos centímetros de mi cuerpo.

—¿Todo bien? —Parece preocupada.

—Todo genial, cariño. Solo pensaba.

Entramos en mi piso, no puedo evitar abrazarla por detrás, besar su nuca que ha dejado despejada al hacerse un moño alto y, susurrarle lo mucho que la amo, rozando el lóbulo de su oreja con mi lengua. Siento cómo se estremece entre mis brazos. Como sus pezones se endurecen bajo la tela liviana de su vestido. Sus manos ascienden hasta mi cuello, gira su rostro hacía el mío y unimos nuestros labios en un beso cargado de cariño. Se separa y me mira con una de esas sonrisas demoledoras que hacen que el mundo desaparezca. Entrelaza sus dedos a los míos y me guía a la habitación.

—Creo que tú y yo tenemos algo pendiente. —Sin más, empuja mi cuerpo hacía la cama y me la llevo conmigo agarrada de la cintura. Caemos sobre el colchón, riéndonos. Poco a poco las risas van remitiendo, nos miramos a los ojos y el reflejo que obtengo es el de la pasión que sentimos uno por el otro. Nos desnudamos sin prisas, apreciando cada roce sin desconectar nuestras miradas. Cómo en cada ocasión, todo vuelve a desaparecer, no hay nada más que nosotros. Nos amamos sin contención, llevándonos a tocar las estrellas varias veces durante la noche.

Está dormida, boca abajo. Su mano reposa sobre mi pecho y me siento el hombre más feliz de la tierra. No puedo dejar de mirarla. No quiero dejar de mirarla. Su cabello disperso sobre la almohada. La sábana cubriendo a penas su cadera. Una imagen sensual que jamás se borrará de mi retina.

¿Sabéis, chicas? Desde ayer, que lo comentamos, no me puedo sacar de la cabeza lo de hacerla mi mujer. Sí, le he estado dando muchas vueltas. He sopesado los pros y los contras. Al final he llegado a la conclusión más obvia, soy un puto egoísta. La quiero, no quiero perderla de ningún modo. Sé que estaré fuera dos años, setecientos treinta días y no quiero perderla. No quiero que se enamore de otro, quiero que me quiera, a mí y solo a mí. Esto es una locura, la más grande que jamás imaginé llegar a realizar. No nos conocemos, pero quiero asegurarme el poder hacerlo. Si conoce a otro

hombre, yo, joder, imaginármelo no me deja ni respirar. Siempre me preguntaría qué hubiese pasado si... ¿Cómo dices, morena? No, aún no tengo el anillo. Sí, sé que es importante si voy a pedirle que se case conmigo. Esperad, dejad que me siente. Le voy a pedir que se case conmigo... ¿Y sí dice que no?

## Capítulo 37

### ANDREA

Voy despertando, tras una noche intensa de sexo y pasión. Estoy boca abajo en la cama. Mi brazo está sobre el pecho de Damián, noto los latidos de su corazón. Siento su mirada sobre mi cuerpo y lentamente, abro los ojos. Me está mirando, pero creo que no me está viendo. ¿En qué estará pensando? Levanto mi mano y acaricio su mentón. Entonces me ve, ha vuelto de donde estuviera con sus pensamientos y me sonrío, cómo si fuera lo más especial en su vida.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días, cariño! ¿En qué pensabas? Parecías preocupado.

—¿Preocupado? No. Pensaba en lo afortunado que he sido al conocerte.

—¿De verdad? Estabas muy serio.

—Por un momento recordé que nos quedan pocos días para estar juntos, quizá fue eso lo que viste en mi cara.

No quiero recordar que los días siguen su curso y para nosotros está más próximo el final. Me incorporo y me subo a horcajadas sobre sus muslos, paso mis brazos alrededor de su cuello y aproximo mi boca a la suya.

—Yo también he sido afortunada por conocerte y no quiero pensar en los días que quedan. Sólo disfrutar contigo cada momento.

Lamo sus labios, él los entreabre y le da acceso a mi lengua para que dance con la suya en un beso cargado de pasión. Nuestros cuerpos se fusionan cuando entra en mí de un solo movimiento. Estoy húmeda y preparada para él. Nos buscamos en cada embestida. Los jadeos resuenan en el piso, siento una atracción tan intensa que mi cuerpo empieza a convulsionar de puro placer cuando un orgasmo demoledor arrasa todo mi interior. Damián me acompaña con un gruñido de satisfacción y me abraza

fuerte. Su boca besa mi cuello y sus dientes mordisquean mi lóbulo hasta que está lo suficientemente cerca de mi oído y me susurra.

—Te quiero.

Su voz hace que mi cuerpo se estremezca y le abrazo con fuerza, no quiero que esto acabe. Pongo mi cabeza entre su cuello y su hombro e inspiro su aroma.

—Yo también te quiero.

Nos hacemos los remolones en la cama, estamos tan a gusto que no salimos nada más que para ir al baño. Incluso comemos en ella, la comida que pedimos por teléfono. Hace un momento eso ha cambiado. Damián ha recibido una llamada, se ha disculpado conmigo y ha salido de la habitación para responder. No sé quién habrá llamado, pero su cara se ha ensombrecido. Ya lleva un rato y como no sé lo que puede alargarse, decido darme una ducha y vestirme. Quiero proponerle si le apetece salir a dar una vuelta.

Cuando salgo, está sentado a los pies de la cama, con el móvil en las manos y pensativo. Me agacho frente a él y pongo mi mano en su mejilla. Al sentir mi tacto, cierra los ojos y deja salir un suspiro de sus labios.

—Andrea.

—¿Va todo bien?

—Sí. Era mi padre. Me ha pedido que vayamos hoy a cenar con ellos. Solo nosotros cuatro. Quiere disculparse contigo por su comportamiento del otro día.

—Me parece bien, no empezamos con buen pie y esto será otra oportunidad para conocernos.

—Eres increíble. Después de cómo te trató no te parece mal que pasemos con ellos esta velada.

—Son tus padres y seguro que te echan de menos. Pronto volverás a

irte y... necesitarán pasar algo de tiempo contigo.

—Te quiero, Andrea. Eres asombrosa. ¿Puedes pedir algo para comer mientras me doy una ducha? Salgo en un minuto.

—¿Te apetece pizza?

—Genial, pídelo con extra de todo.

Damián desaparece tras la puerta del baño, pido la pizza y cuando termino salgo al balcón. Necesito aire. Seguro que su padre me odia, no se lo reprocho. Los últimos diez días que pasa su hijo cerca y no está con ellos porque pasa su tiempo conmigo, que soy una desconocida. Yo también me odiaría. Me gustaría pasar el resto de mi vida con este hombre, demostrarle día a día lo mucho que lo quiero. Pero no hay tiempo, esto se acaba y nadie sabe qué pasará el día de mañana. Quizá conozca a una científica rusa, rubia, sexi e inteligentísima en esta expedición, con la que tendrá más cosas en común y se enamore.

O quizá retorne la llama del amor con Lucía, alias la tiparraca.

Dime gafitas. ¿Yo? No. Yo no creo que pueda olvidarme de él. Pasarán dos, tres años y sé que no lo habré olvidado. Incluso temo que ningún hombre vuelva a hacerme sentir como él. ¿Si me lo pide? Claro que le esperaré, aunque no me lo pida, le esperaré siempre. Le quiero. Sí, ya lo sé, rubia, el tiempo puede enfriar el sentimiento e incluso puedo conocer a alguien especial. Pero yo ya lo he encontrado y por lo menos, durante el tiempo que esté fuera, yo le perteneceré en cuerpo y alma. Luego ya veremos...

Su brazo rodea mi cintura y pega mi espalda a su pecho. Su aroma invade mis sentidos, obligándome a cerrar los ojos para captarlo en toda su esencia.

—¿Aún no ha llegado la pizza?

—No. Me han dicho que iban un poco saturados, que tardarían unos

quince minutos más de lo que acostumbran a tardar, pero que por la espera nos regalaban una ensalada grande y los refrescos.

—Entonces voy a bajar un momento al súper de delante a por cervezas. No tardo nada. —Me da un beso y veo cerrarse la puerta a su espalda.

Me asomo de nuevo al balcón y al poco lo veo en la acera de enfrente. Me sorprende al dejar atrás el supermercado y seguir calle abajo. Igual no tienen de la marca que le gusta. No le doy más importancia y pienso en adecentar un poco el piso mientras espero que llegue la comida y mi novio.

La pizza lleva en el piso veinte minutos y no hay ni rastro de Damián. Igual se ha encontrado con algún amigo y se ha entretenido. Suena un móvil y veo que es el suyo, se lo ha dejado en la mesilla de noche. La pantalla iluminada y una imagen... Lucía. No voy a contestar. Que le devuelva la llamada si quiere cuando vuelva.

Me estoy poniendo nerviosa cuando oigo las llaves en la cerradura. Por fin ha vuelto.

Salgo a su encuentro y me sorprendo al ver que trae las manos vacías. Su respiración es entrecortada y está sudoroso, cómo si hubiera venido corriendo. — ¿Estás bien? ¿No tenían cervezas?

—¿Cervezas? ¡Oh! Las cervezas, que fallo... Pues verás, ven, sentémonos. Llevo un par de días dándole vueltas a un asunto del que te quería hablar.

—Me estás asustando.

—Pues no es lo que pretendo. Sabes que te quiero y sé que tú me quieres a mí. En cuatro días zarparé durante dos años. Y sé que es egoísta por mi parte pedirte esto, pero yo...

—Te esperaré. —Mi voz es firme.

—¿Me esperarás?

—Sí. No lo dudes. Estaré esperando tu regreso y si entonces no sentimos lo mismo que ahora, me alegraré de verte de nuevo.

—Yo... —Se ha puesto serio. Coge mi mano y la besa—. Sé que no nos conocemos casi nada. —Sonríe—. Pero muero por descubrir todo de ti, lo que yo quiero decirte, lo que intento... ¡Joder! No sabía que me pondría tan nervioso. —Se arrodilla frente a mí mirándome fijamente. Saca una pequeña cajita del bolsillo del pantalón y me pregunta—. ¿Te gustaría pasar el resto de tu vida a mi lado? ¿Quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz del universo?

No me lo puedo creer. Acaba de pedirme que nos casemos. Esto es una locura. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Un rato? Mi corazón late desbocado, las lágrimas empiezan a mojar mis mejillas y me pongo de rodillas frente a él.

—¿Estás seguro? No quiero que te arrepientas.

—Estoy seguro, mi amor. Jamás me arrepentiré. —Limpia con sus pulgares mis lágrimas.

Estoy tan loca como él y enamorada hasta las trancas.

—Sí. Quiero compartir esta locura y el resto de mi vida contigo.

Nos abrazamos y besamos, riéndonos a la vez.

—Espera, espera. —Se aparta un poco de mí. Su sonrisa es espectacular—. Tengo que ponerte el anillo para formalizarlo.

Una sortija con una pequeña piedra brillante rodea mi dedo anular. Es lo más bonito que he visto nunca y es el momento más especial en toda mi vida.

—Pues si te ha parecido una locura que te pida que te cases conmigo, cuando te cuente lo próximo...

—Pero ¿aún hay más? Me estás asustando.

Me abraza por la cintura pegando mi cuerpo al suyo. Se ha puesto

muy serio de repente.

—¿Qué es eso de que hay más? —Me atrevo a preguntar, poniéndome muy nerviosa.

—Me gustaría que nos casáramos antes de que me vaya.

—¿Nos dará tiempo?

—¿Eso es que te parece bien?

—Sí, es lo que mejor me parece. Me gustaría que Merche fuera mi dama de honor. Pero no sé si llegará a tiempo.

—Lo hará. Ayer cogí tu móvil y hablé con ella. Ya está de camino.

—Lo vamos a hacer, ¿verdad? Nos vamos a casar. ¿Y nuestros padres? Se disgustarán...

—Cuando regrese, montaremos una nueva boda para que ellos también disfruten del momento. Pero a partir de mañana, serás mi mujer, con todas las de la ley y lo haremos junto a nuestros mejores amigos.

—Te quiero, Damián.

—Te quiero, Andrea.

—Venga, vamos a comernos esta pizza que ya estará fría. Luego hablaremos con mis padres y deberás llamar a los tuyos. —Sonríó como una boba, pero es que me siento tan feliz.

Muchas gracias por vuestros buenos deseos, chicas. Chicos, cortaros un poco, estáis haciendo que me sonroje. No sé si seré la más guapa como decís, lo que sí tengo claro es que seré la más feliz. ¿Os lo podéis creer? Nos vamos a casar. Jamás hubiera pensado en la aventura que me tenía reservada el destino el día que saqué “mi coche” del concesionario. Papá y mamá van a alucinar. Siempre me han dicho que soy impulsiva y esta vez estoy de acuerdo con ellos y me encanta.

## Capítulo 38

### DAMIÁN

Ha dicho que sí, ha aceptado... No me lo puedo creer. Nos vamos a casar. Estoy que no quepo en mí de felicidad. Vale, vale, tú el de la corbata, quizá tengas razón, sí, igual ha estado un poco ñoñas, pero te juro que me ha salido del alma. ¿Y vosotras que opináis, chicas? ¿Qué os ha parecido? ¿Verdad? Yo también opino que ha sido perfecto. Ver esa luz en sus ojos, ese brillo tan especial que me alegra la vida. ¿Cómo dices? No, no te lo decía a ti, si no a la chica de la coleta que tienes detrás, rubia. ¿Cómo que, si no viene, te ofreces tú para sustituirla? ¡No jodas! ¿Creéis que se puede echar atrás? No es que no seas guapa, coletilla, pero solo me casaré con ella. Si no me deja plantado, claro. Ahora si qué estoy nervioso.

Después de la pizza, nos hemos devorado el uno al otro, como postre. Hay que cuidar la alimentación. Agotados, nos pasamos la tarde tumbados en el sofá viendo una película. Andrea, poco después de que empezara, se ha quedado dormida. Tiene su cabeza apoyada sobre mis piernas y no puedo dejar de acariciar su cabello, es relajante. Oigo el tono de mi móvil. Debe de estar en la habitación. Luego veré quién llama, ahora mismo estoy tan a gusto que no me quiero mover. Se calla. Vuelve a sonar. Ya se cansarán. Pero no lo hacen, suena, se calla vuelve a sonar.

—Quizá es algo importante. —La voz de Andrea suena adormilada.

—Voy a ver quién es, ahora vuelvo. No te vayas, ¿vale?

—Mmmm, aquí te espero.

Me dirijo a la habitación y al entrar veo la pantalla del móvil iluminada. El tono cesa y lo cojo. No me lo puedo creer, tengo catorce llamadas perdidas de Lucía y... ¿Ciento veinte mensajes? ¿Habrá ocurrido algo grave? Será algo de la expedición, pero por qué tanta insistencia. Antes de ponerme a leer los mensajes, la llamo.

—Damián, por fin.

—¿Qué pasa, Lucía?

—¿Que qué pasa? Creo que eso deberías explicármelo tú, ¿no crees?

—No sé de qué diablos estás hablando. Es más, te aseguro que ahora mismo me da igual.

—No me lo puedo creer... ¿Es por esa, esa chica? ¿Estáis juntos?

—Lucía, no creo que debamos tener esta conversación por teléfono.

—Contéstame. —Me exige.

—Hace tiempo que no te debo ningún tipo de explicación. ¿Lo recuerdas? Pero ya que insistes, te lo voy a dejar claro. Sí, estoy con Andrea y no, no es un pasatiempo. Estoy enamorado de ella.

Oigo un grito al otro lado de la línea, tengo que apartar mi móvil del oído, luego llega el llanto.

—No puedes hablar en serio Damián, yo aún te quiero.

—Sí, recuerdo perfectamente cuánto me quieres, lo mismo que querías a Jorge y, ¿cómo se llamaba el otro? Ah sí, Sebastián. Mientras estuvimos juntos nos quisiste mucho, ¿verdad? Déjalo Lucía, ya hace tiempo que tú y yo terminamos. Esto me parece de lo más inadecuado. Y lo de mi recibimiento... De eso ya hablaremos, cara a cara.

—No te atrevas a colgarme.

—Lucía, hoy tengo un compromiso y muchas cosas que hacer antes de asistir. No tengo tiempo para uno de tus numeritos. Ya hablaremos. — Y sin darle tiempo a replica, termino con la llamada y bloqueo su número. No tengo ganas de que nos esté fastidiando.

Cuando regreso al comedor, Andrea está sentada y despierta.

—¿Todo bien? —Me pregunta preocupada.

—Todo perfecto, cariño. Nada importante. ¿Vamos a darnos una ducha? Todavía nos quedan un par de horas para ir a casa de mis padres.

Y sin esperar respuesta, la cojo y la cargo sobre mi hombro. Su risa se extiende por todo el piso, pero donde más localizado se encuentra ese sonido es en mi corazón.

Mimos, empotramientos, besos, lavarnos uno al otro, caricias, pasión. Todo lo que puede dar de sí una ducha, si es en buena compañía.

Hemos pasado por alguna de las tiendas de la ciudad, necesitábamos ropa para casarnos mañana. Andrea no me ha dejado ver el vestido que ha elegido, dice que quiere que sea una sorpresa. Me parece bien, se ponga lo que se ponga, estará preciosa.

Llegamos antes de las nueve de la noche a casa de mis padres. Aparco el coche relativamente cerca. Espero que hoy todo sea más calmado que el día en que dieron mi fiesta de bienvenida.

Mamá, abre la puerta y veo en su rostro la contrariedad. Aun así, me abraza y hace lo mismo con Andrea cuando se la presento. A medida que vamos entrando, oigo un llanto. Parece que no vamos a tener una cena tranquila. Lucía está llorando a moco tendido abrazada a mi padre. Cuando él nos ve entrar, se tensa y mira a Andrea de un modo que no me gusta nada. Mi ex se da cuenta del sutil cambio en la habitación y se despega un poco de mi padre para mirarnos con odio. Entonces el llanto aumenta. Es toda una actriz digna de un culebrón.

—¿Se puede saber que está pasando aquí? —Pregunto bastante enfadado.

—Hijo. —Mi madre intenta calmarme, pero al oír a mi padre me quedo blanco.

—No sé cómo se te ocurre traer a esa mujer, después de lo que le has hecho a Lucía. Sabes que ella es como de la familia, es como una hija para nosotros. La mujer con la que deberías estar y llegar a casarte. Por Dios hijo, la conoces de toda la vida. ¿Cómo puedes cambiarla por alguien a quien

acabas de conocer?

Andrea, da un paso atrás. Las palabras de mi padre la han lastimado. Afianzo más el agarre de su mano. No voy a permitir que nadie le hable así, ni si quiera mi padre.

—Papá, sabes perfectamente que Lucía y yo dejamos de ser pareja hace más de dos años... Nunca tuve intención de casarme y lo sabes.

—Pero eso es porque erais muy jóvenes, además donde ha habido llamas, siempre quedan brasas, o algo así, ¿es que acaso no lo sabes? ¿No crees que deberías pensar bien lo que estás haciendo? —Mi padre la está defendiendo. Sé que la conoce hace años, pero joder, es mi padre y ni siquiera me escucha.

—No me lo puedo creer. Lucía, haz el favor de dejar de llorar. Cuando antes hablé contigo, te lo dije muy claro, estoy con ella. Quiero a Andrea y nada va a cambiar eso. No sé qué narices haces aquí. He venido a cenar con mi familia y a presentarles como es debido a mi novia, sin que mi ex se me suba encima, dando un numerito para que los cotillas tengan de qué hablar.

—Damián. Sabes que ella siempre será bienvenida a esta casa. —Veo cómo la sonrisa de Lucía se ensancha sobre la camisa de mi padre.

—Entonces, Andrea y yo nos vamos. Lo siento mamá. Mañana te llamo.

Beso su mejilla en despedida. La mirada de mi madre se apaga al ver cómo nos marchamos.

—Incluso me has bloqueado las llamadas, Damián... ¿Cómo puedes preferirla a ella? — Irrumpe nuestra salida con un grito.

—No tengo nada más que hablar contigo. Hace dos años te dejé muy clara la situación. Puedes seguir engañando a todo el mundo, pero ¿sabes? Yo sé cómo eres. Vámonos, cariño. Siento que hayas tenido que pasar por esto,

por segunda vez. – Al decirlo, miro muy seriamente a mi padre.

Ya no presto atención a los insultos y berrinchadas de Lucía. Saco a Andrea de la casa de mis padres, sintiéndome fatal. Nos subimos al coche y volvemos a mi piso. Andrea no ha pronunciado palabra desde que hemos salido.

—Cariño, lo siento mucho. ¿Estás bien?

—¿Vamos a hacer lo correcto? ¿Lo de casarnos? Quizás tu padre tenga razón, a mí no me conoces apenas y a ella...

Aparco el Mustang en el arcén, desabrocho los cinturones y la subo sobre mis piernas. Poso una mano en su espalda y con la otra cojo su barbilla para que me mire.

—Andrea, me da igual lo que diga mi padre o lo que diga cualquiera, no conocen a Lucía en absoluto, es una mujer interesada y mentirosa, nada más. Yo te quiero. Me he enamorado de ti. Una mujer preciosa, algo loca, divertida, que cada vez que sonrío me enamora más. —Una pequeña sonrisa asoma por sus labios—. Estoy seguro de que vamos a hacer lo correcto. Sigo queriéndome casar contigo mañana. ¿Tú no? —Asiente—. Vale pues entonces vámonos a casa y olvidémonos del resto.

—De acuerdo.

Nos besamos apenas rozando nuestros labios, apoya su cabeza en mi cuello y suspira. – Siento que tu padre me odie y que hayáis discutido.

—No te preocupes Andrea, no te odia, no te conoce. Hablaré con él y le dejaré bien claro quién es Lucía. Algo que debí hacer en su momento.

Tras cinco minutos, en los que hemos estado callados, volvemos a casa. Hemos pasado toda la noche abrazados, susurrándonos como nos gustaría vivir cuando regrese de la expedición. Hemos hecho el amor. Lo he sentido y creo que ella también, ha habido tal conexión entre nosotros que de haber tenido alguna duda sobre nuestro futuro, esta noche la habría disipado

por completo.

—Buenos días, dormilona.

—Mmmm...

—Vamos, tenemos que levantarnos.

—Mmmm...

—¿No recuerdas que hoy tenemos una cita muy importante?

De repente se queda sentada en la cama y sus preciosos ojos me miran cuestionando mis palabras y entonces se da cuenta. Una amplia sonrisa se instala en su rostro.

—¡Hoy nos casamos! —Y se lanza sobre mí besándome por toda la cara. Se detiene. ¿Qué será lo que la está preocupando?—. Tú no deberías verme, dicen que trae mala suerte ver a la novia antes del enlace.

—Pues que lo digan. Nosotros no somos una pareja convencional Andrea, así que, si te parece bien, dejemos esas tradiciones para cuando confirmemos nuestros votos, de aquí a dos años, con nuestras familias. No quiero separarme de ti ni un minuto, no hasta que no sea estrictamente necesario. ¿Vale?

—Vale. Bueno, hay mucho por hacer. Tenemos que ir a recoger a Merche, llama tú a Edu mientras me doy una ducha y me voy arreglando, he de maquillarme, ponerme el vestido, peinarme. Luego puedes ducharte tú, tardas mucho menos...

Y entonces la beso. Sus nervios hacen que hable sin descanso y es mi método preferido para que se relaje.

—... qué yo. —Sonríe—. Has vuelto a hacerlo.

—Y no me cansaré nunca. —Beso su nariz—. Venga, métete en la ducha.

## Capítulo 39

### ANDREA

Salgo del lavabo y escucho la voz de Damián, está en la cocina hablando con alguien. No distingo quién es, pero su tono es serio. Entro en nuestra habitación con la intención de vestirme y maquillarme para que mi futuro marido se enamore más de mí, tanto cómo yo lo estoy de él.

Una vez maquillada, peinada y vestida, me observo en el espejo, de cuerpo entero, que hay en la puerta del armario. No me veo nada mal. El maquillaje es sutil, mis ojos con un poco de rímel y un poco de brillo en mis labios, no necesito más, el color de mi rostro después de tantos días al sol es bronceado. Acabo de ponerme el vestido que compré ayer. No es un traje de novia, no es largo, queda un poco por debajo de las rodillas. Es entallado en la cintura y su color nacarado me cautivó. Me calzo los zapatos con algo de tacón. Retoco un poco algún mechón rebelde que ha escapado del recogido y salgo para encontrar a mi futuro marido. Lo encuentro ya duchado y vestido, su ropa estaba en la otra habitación, así teníamos nuestro espacio antes de vernos para el enlace. Viste con un traje negro, camisa blanca y corbata roja. Está increíblemente atractivo.

Sus ojos me escanean desde que he entrado en la cocina al igual que yo estoy haciendo con él. Una voz rompe la magia del momento.

—¡Madre mía! Andrea estás preciosa. ¿Seguro que te quieres casar con este? Yo soy mucho más guapo y soy más carismático...

—Pero es a mí a quién quiere. —Aparta a Edu con un empujón en el hombro y rodeándome la cintura, atrayéndome a su cuerpo, me susurra.

—Hola, mi amor. Estás increíble.

—Tú también estás muy guapo. —Acaricio su mejilla.

—Venga chicos, no os pongáis melosos, que hay que ir a buscar a esa amiga tuya, ¿no? Si no, al final llegaremos tarde a vuestra boda.

Cuando Damián me toca, el resto del mundo desaparece de nuestro alrededor. Al oír a Edu apremiándonos, he recordado que estaba aquí. Me sonrojo sin poder evitarlo.

—¿Vamos a buscar a tu amiga? —Susurra Damián.

Solo puedo asentir, en ese momento me besa muy suave en los labios, dejándome con ganas de más.

—Venga, que empiece la fiesta —Grita Edu abriendo la puerta del piso para que nos movamos.

En pocos minutos, estamos dirigiéndonos a la parada de autobuses a recoger a Merche, en “mi coche”. Estoy nerviosa por volver a verla, porque quiero que comparta este momento de locura y felicidad que me ha brindado la vida. Llevamos diez minutos aparcados cuando vemos su autobús llegar. Baja de él y busca a su alrededor hasta que nos ve. Da un gritito, un salto y sale corriendo hacia mí, al igual que yo estoy haciendo hacia ella. Nos abrazamos con lágrimas en los ojos. La he echado tanto de menos.

—Estás preciosa, Andrea. Y estoy tan contenta de verte.

—Tú también lo estás, estás guapísima. Te quedas unos días, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes por nada. Y ahora, ¿no crees que ya va siendo hora de que conozca a tu chico? Me sorprendió su llamada, al principio creí que era un loco, pero a medida que me hablaba, supe que está enamorado hasta las trancas. No podía no ser tu dama de honor. —Se para y se planta delante de mí. Coge mis manos y me pregunta mirándome a los ojos—. ¿Le quieres? ¿Estás segura de casarte con él?

—Tan segura cómo cuando vi el Mustang en el concesionario.

—¡Joder! Estás loca por Damián.

—Lo estoy. Ven anda que te lo presento.

No acercamos al coche y veo cómo los chicos nos están esperando.

Una vez hechas las presentaciones, Merche y yo nos sentamos detrás para charlar y poder ponernos al día. Damián conduce y Edu va a su lado, en más de una ocasión desvío mi mirada y me cruzo con la suya a través del espejo retrovisor. No deja de sonreír y yo tampoco puedo. ¿Será esto la felicidad?

Llegamos al ayuntamiento. El alcalde nos está esperado en una de las salas para officiar la ceremonia. Nos hace ponernos en nuestros lugares y empieza a hablar. La mirada de Damián está enlazada con la mía, al igual que nuestras manos. Veo el brillo en sus ojos y sé con absoluta certeza que mis ojos brillan de igual modo. Como siempre me sucede, ya no hay nada ni nadie alrededor nuestro. Todo desaparece por completo, excepto nosotros.

—Damián, ¿quieres a Andrea, como tu mujer, para amarla y respetarla, cuidarla y protegerla, en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero. —Damián pone la alianza en mi dedo.

—Andrea, ¿Quieres...

—Sí, quiero.

—Muchacha, déjame hacer mi trabajo. —Carraspea.

—Lo siento. —Me disculpo y sonrío al ver la sonrisa de Damián.

—Repito. Andrea, ¿Quieres a Damián, como tu esposo, para amarle y respetarle, cuidarlo y protegerlo, en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte os separe? Ahora es cuando tienes que responder.

—Sí, quiero. —Lo anillo a mí para el resto de nuestras vidas.

—Con el poder que me otorga el estado, os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Damián, me acerca a él. Atrapa mi cintura rodeándola con sus fuertes brazos y me besa. Un beso apasionado como nuestra relación. Cuando se separa, susurra.

—Eres mi mujer.

—Lo soy. —Murmuro sobre sus labios—. Y tú eres mío.

—Soy tuyo. No lo dudes nunca.

¡Felicidades! Escuchamos a nuestras espaldas. Al darnos la vuelta, ahí están nuestros amigos sonriendo.

—Esto hay que celebrarlo a lo grande. —Edu, le da un fuerte abrazo a Damián y a mí, un delicado beso en la mejilla.

Merche, con lágrimas contenidas de emoción, se abraza y me susurra.

—Estoy segura de que, aunque sea una locura, vais a ser muy felices.

Un pequeño velo de dolor cruza mi alma, en tres días se irá. Pero como siempre he hecho, miro el lado positivo. Tenemos tres días... y luego toda la vida.

—Sí, lo seremos. —Estoy convencida de ello.

Salimos del ayuntamiento. Subimos a “mi coche”, pero esta vez conduce Merche y Edu va de copiloto. Nosotros en el asiento de atrás no podemos dejar de mirarnos, de acariciar nuestros rostros. Es como si quisiéramos grabar cada rasgo en la memoria.

Mi amiga sigue las indicaciones de Edu y aparca el Mustang frente a un restaurante. Bajamos del coche y mientras ellos van delante charlando, nosotros no paramos de hacernos arrumacos, hasta que escucho la voz de pito de la tiparraca a nuestras espaldas.

—¿La piensas pasear por todo el pueblo para humillarme?

—¡Joder!

La voz de Damián suena brusca y antes de que se gire y pierda los nervios por responderla, le miro y le digo.

—Ignórala, no me importa lo que diga. Eres mi marido y quiero celebrarlo contigo. ¿Entramos con nuestros amigos para disfrutarlo? —  
Acaricio su mejilla.

—Me parece una gran idea. —En ese momento se gira y suelta sin más—. Lo siento Lucía, pero no tenemos tiempo para uno de tus numeritos.

—¡Te odio! Ella no es nadie, se irá y tú te quedarás solo. No vengas entonces a buscarme.

—Ella lo es todo, Lucía. Y si llegara a quedarme solo, jamás te buscaría, ya sé cómo eres. Ahora si nos perdonas...

Entramos en el restaurante sin escuchar ninguno más de los insultos que nos está dedicando. Las caras de Merche y de Edu son de asombro.

—¿Qué ha pasado? —Edu interroga a mi marido. Mi marido...

—Lucía estaba fuera y ha querido molestarnos. Supongo que ya le ha quedado claro que no queremos saber nada de ella.

—Vamos, tenemos la mesa en el reservado. Olvidaros de ella, hoy es vuestro día. No dejéis que os moleste. —Edu, es quien nos devuelve la sonrisa. Es nuestro día y no permitiremos que Lucía o cualquier otro nos fastidie.

Pasamos al reservado, pedimos la carta y mientras pedimos nos pregunta.

—¿Y luna de miel? Porque lo que me habéis contado os quedan tres días para separaros. ¿Habéis pensado en algo?

Yo me sonrojo al instante mientras Damián carraspea y se afloja un poco el nudo de la corbata.

—Solo queremos estar juntos, así que da igual... ya iremos de luna de miel cuando Damián regrese.

Él coge mi mano, besa mi muñeca y sonrío.

—Me gustaría proponer un brindis... Por ti mi amor, porque has conseguido iluminar mi vida con tan solo sonreírme y que hayas aceptado casarte conmigo me asegura la luz hasta la eternidad. Te quiero, Andrea. Por mi preciosa mujer.

—Por Andrea.

—Por ti amiga.

—Por vosotros, por ti.

Chocamos nuestras copas y bebemos. Las dejamos sobre la mesa, pongo mis manos en sus mejillas y le miro a los ojos.

—Te quiero. —Le beso ante la atenta mirada de nuestros amigos. Pero como siempre que nos besamos, el resto desaparece a nuestro alrededor. Volvemos a la realidad cuando oímos a Edu sugiriéndonos que nos busquemos un hotel.

—Ya lo he hecho bocazas, era una sorpresa. ¿Te parece bien? Así Merche puede quedarse en mi piso estos días. —Me pregunta sonriéndome.

—Me parece perfecto.

—Pues que continúe la fiesta. —Brinda Merche levantando la copa.

La comida, transcurre entre risas y anécdotas. Salimos en busca de “mi coche” para ir al piso de Damián. Necesito algo de ropa y Merche conocer dónde va a pasar los próximos días.

Espero que la tiparraca no esté fuera esperándonos. Por suerte, no hay rastro de ella.

## Capítulo 40

### DAMIAN

Vamos a mi piso, para que Andrea coja lo que vaya a necesitar para estos dos días y a dejar la maleta de su amiga. Hemos decidido salir a bailar esta noche. Vamos a disfrutar con nuestros amigos de nuestra felicidad.

Mientras las chicas charlan en la habitación, recibo una llamada al móvil. Al mirar la pantalla estoy tentado de no responder, pero hay cosas que resolver antes de que me vaya. Aunque no creo que sea el momento, decido hacerlo.

—Sí... De acuerdo... En un rato nos vemos.

—Edu, ¿puedes quedarte con las chicas? He de solucionar un asunto y he de salir.

—Claro, colega.

—Andrea, ¿podemos hablar un minuto?

—¿Sucede algo?

Merche sale de la habitación para darnos intimidad.

—Ven, siéntate un instante. —Su cara es de preocupación, aun así se sienta a mi lado, en la banqueta que hay a los pies de mi cama—. Voy a salir un momento, he de solucionar un tema. No tardaré nada, ¿vale?

—¿Quieres que lo hablemos?

—Cuando vuelva, hablaremos. Te quiero. —Beso su preciosa boca con ganas de devorarla. Pero antes debo solucionar esto.

Salgo del piso y marco su número.

—En quince minutos estoy ahí. —Cuelgo sin esperar respuesta. Cojo la moto del garaje, me pongo el casco y acelero. Cuanto antes solucione esto, antes volveré.

Llamo a la puerta.

—Pasa.

Una vez en el interior de la vivienda me guía hasta la cocina.

— ¿Te apetece una cerveza?

—Sí, estaría bien. —Me siento en uno de los taburetes que hay en la isla de la cocina y espero que haga lo mismo—. No dispongo de mucho rato, me esperan.

— ¿Esa chica? —Pregunta despectivamente.

—No me gusta el tono que utilizas para hablar de ella. La has menospreciado sin conocerla.

—Es que no entiendo qué hace aquí, ni de dónde ha salido para que apartes a Lucía de esta forma.

—Está conmigo, simplemente por eso ya deberías respetarla. Es una gran persona.

—Hola, hijo. —Saluda mi madre entrando en la cocina.

—Hola mamá. —Me levanto y beso su mejilla.

—¿Sucede algo?

—Sí, mamá. He venido a contaros algo que debí hacer en su momento. Aunque entonces no creí que tuviera que enterarse nadie más, creo que ha llegado el momento, visto lo visto.

—¿Qué es eso tan importante? —Mi padre está a la defensiva.

—¿Queréis saber por qué rompí realmente mi relación con Lucía? Pues porque yo no era el único en esa historia. Lucía salió con dos chicos más a la vez que salía conmigo. Me engañó. ¿Entiendes eso papá? Esa mujer a la que defiendes y escuchas por encima de tu hijo, me engañó con dos tíos.

—Eso... No puede ser. —Realmente está confuso.

—Pues lo es. Hace dos años. Os dije que ya no sentía lo mismo por ella y que era mejor darnos un tiempo separados. No quería haceros sentir mal cuando os juntarais con sus padres. Ni vosotros ni ellos teníais porque saberlo. Era algo entre nosotros. Pero lo que ha pasado con Andrea... Por ahí

no paso. Es una persona increíble y la has rechazado desde el principio. Sé qué hace poco que la conozco, pero te aseguro que es la mujer de mi vida. Me he enamorado de ella, por cómo es.

Así que me gustaría que a partir de ahora cambiaras tu forma de tratarla.

—No sabíamos nada de todo esto, Damián... Si nos lo hubieras dicho... Este año que has estado fuera, Lucía ha estado visitándonos. Nos contaba que hablabais a menudo. Nos dio a entender que a tu vuelta...

—Incluso comentó que quizás acabarais casándoos. —Menciona mi madre.

—Lo siento hijo. —Dice mi padre—. Creo que se ha aprovechado de la amistad que nos une con sus padres para manipularnos, por lo menos así es como me siento ahora mismo después de escuchar porque lo dejasteis. Lo siento de veras.

—En este año he hablado una sola vez con ella. Me puse en contacto con Lucía porque era quien debía confirmar la fecha de embarque. Nada más.

—No me lo puedo creer...

—Pues así es, papá. Ahora me gustaría hablaros de Andrea y olvidarme de Lucía, creo que os sorprenderé.

Comienzo mi relato por el momento en que nos conocimos en aquella gasolinera. A medida que avanzo en la historia, el rostro de mis padres varía. Sonríen cuando les digo que me pidió espacio.

La adoración que siente por su Mustang y lo que le costó conseguirlo. Les explico que es una mujer impresionante y que la quiero con toda el alma.

—Vaya aventura la tuya con esa chica. —Comenta mi madre—. Pero ahora tú vuelves a irte... ¿Seguiréis juntos? O ¿Volveréis a intentarlo cuando regreses?

—Hay algo que aún no os he dicho y no quiero que os enfadéis.

Andrea y yo nos hemos casado esta mañana en el ayuntamiento.

— ¡Pero hijo! ¿Por qué tanta prisa? —Mi madre se sorprende.

—Por qué se me acaba el tiempo para estar juntos y no quiero perderla. Me gustaría que la conocierais y estuvierais pendientes de ella estos próximos dos años. Hasta mi regreso. Todavía no sé dónde viviremos. No hemos tenido tiempo para hablar sobre ello. Seguramente ella volverá a su ciudad con sus padres.

—Me hubiera gustado asistir a la boda de mi único hijo. —Una lágrima baja por su mejilla.

—Mamá. —Acaricio su rostro—. Tenemos pensado renovar los votos a mi vuelta, para poder celebrarlo con familia y amigos. Los dos queremos que compartáis ese momento.

— ¿La quieres?

Pregunta mi padre serio.

—Más que a mi vida.

—No has dudado en tu respuesta. —Se sorprende.

—Nunca he estado tan seguro sobre lo que siento. Papá, es cierto que apenas nos conocemos. Pero, me he enamorado de ella y ahora es mi mujer. No quiero que lo dudéis. La quiero. Me gusta hacerla reír, abrazarla y consolarla si está triste... Me gusta estar con ella.

— ¡Hijo! —Mi madre se emociona al oírme—. Estoy tan feliz por ti. Tus ojos brillan mientras hablas de ella.

—Te gustará cuando la conozcas. Es una gran persona.

— ¿Cuándo la traerás?

—La conoceréis el día de mi marcha. Salgo por la tarde, así que si os parece bien podríamos comer juntos. Ahora mismo me está esperando con Edu y su mejor amiga. Mejor me voy, no quiero preocuparla.

—No veremos en tres días hijo. —Se despide mi padre

acompañándome a la puerta.

Montado en la moto, vuelo por las calles de mi ciudad. En diez minutos llego a casa. Entro la moto en el garaje, pongo el pitón a la rueda, cojo el casco y me dirijo a los ascensores. Cuando abro la puerta, veo a Edu y a Merche charlando en el sofá. Andrea está de pie, mirando al exterior por el gran ventanal que hay en el salón. Sus brazos están rodeando su cuerpo, hasta que me oye. Se gira y viene a mi encuentro. Abro los brazos y se refugia sobre mi pecho, que en este momento se hincha de satisfacción.

## Capítulo 41

### ANDREA

Recibió una llamada y se marchó. He estado preocupada desde que salió del piso. Merche y Edu han intentado distraerme hasta que vuelva, pero no les he estado prestando demasiada atención, así que han acabado charlando entre ellos. He estado observando las vistas que hay desde su piso, para distraerme y no pensar demasiado, realmente son espectaculares. Cuando oigo sus pasos al entrar en el salón, me giro y ahí está él. Ha abierto sus brazos y he corrido a refugiarme en ellos. Apoyo mi cabeza sobre su pecho, busco el latido de su corazón, que es un bálsamo para mis nervios. En ningún otro lugar me siento tan bien. Tan en casa. No sé dónde ha estado, pero siento que está más relajado que cuando salió y eso instintivamente me tranquiliza.

—Te he echado de menos. —Lo miro a los ojos.

—Y yo a ti, preciosa. —Sonríe mientras acaricia mi mejilla.

—¿Todo bien? —Estoy algo preocupada.

—Mejor que bien. He hablado con mis padres... Si te parece adecuado, he quedado con ellos para comer el día de mi embarque y así pasar unas horas juntos. Les he explicado lo que no les conté en su día, porque en ese momento no creí que tuvieran que saberlo, el motivo por el que Lucía y yo no volveremos jamás a estar juntos. Ha estado contándoles milongas de que a mi regreso volveríamos a salir. No sé de donde debe de haber sacado esa descabellada idea. Pero da igual. Este tema está zanjado.

—¿No crees que ella pueda fastidiarte en el Ártico? Vais a pasar dos años juntos—. Odio pensar en que ella estará viéndolo y yo solamente podré echarlo muchísimo de menos.

—No estaremos juntos, Andrea. Si todo va bien, quizás ni nos crucemos. Ella tiene su función y yo la mía. Por suerte, nuestras

investigaciones no son del mismo tipo. Ella pertenece al equipo de investigación sobre el hielo. Yo soy más de mamíferos... Además, después de su comportamiento manipulador, no estoy dispuesto a darle ni la hora.

—Siento toda esta historia, yo...

—No te disculpes por algo que se ha buscado sola, además, después de hablar con mis padres, ya no hay ninguna historia, ninguna en la que ella vuelva a aparecer. Te lo prometo.

—¿Sabéis que estáis locos? —Oímos a Edu hablándonos—. Lleváis conociéndoos ¿Qué? ¿Una semana? Y miraros, no podéis estar separados por una hora. Y os habéis casado. ¿Cómo sobreviviréis dos años separados y sin comunicación?

Edu anda un poco achispado por la bebida, pero su pregunta hace que Damián y yo nos miremos a los ojos. Sí, realmente estamos locos. Nos hemos enamorado. Y el amor en realidad ¿no es una locura? No sé cómo serán estos dos próximos años. Lo que sí que sé es que a su regreso tendremos una oportunidad...

Dejamos a Merche que se instale en el piso y nos despedimos de ella hasta dentro de dos días. A Edu, lo acompañamos a su casa, porque no está en condiciones de conducir. Por fin es nuestro momento. Estamos solos. Conduce hasta el hotel, en el que ha reservado una habitación para esta noche. Nuestra primera noche de casados. Traspaso el umbral de una preciosa habitación en brazos de mi marido, como manda la tradición.

Una vez dentro, cierra con el pie. Damián suelta muy despacio mis piernas, para que ponga mis pies en el suelo. Su mano en mi cintura me retiene pegada a su torso. Pongo mis manos sobre su pecho y empiezo a soltar el nudo de su corbata, a desabrochar los botones de su camisa. A besar cada porción de piel, que queda al descubierto. Nuestras miradas se mantienen una en la otra. Ese magnetismo es el que no he dejado de sentir

desde aquel día en la gasolinera, es como magia en estado puro. Después de bajar la cremallera de mi vestido, el toque cálido de sus manos roza mis hombros y desliza la tela hasta que esta acaba en el suelo. Copio su movimiento y su camisa acaba junto a mi ropa. Me sonrío. Su mano en mi nuca, acariciando mi cuello, me hace sentir amada... Se aproxima a mi oído y susurra con voz más ronca de lo habitual. – Mi mujer. – Acaricia mi espalda con sus manos, quemando por dónde su suave contacto roza mi piel. Es todo tan sensual y excitante... Me coge por las nalgas y yo abrazo con mis piernas su cintura, lanzándome a devorar esos labios que me derriten.

## Capítulo 42

### DAMIÁN

Es fascinante la complicidad que hay en nuestros movimientos, en nuestras caricias, en nuestras miradas. En pocos días hemos descubierto lo que nos gusta compartir y es prácticamente todo. Ahora, en este momento, sin palabras nos entendemos a la perfección. Nuestros ojos hablan de cariño, nuestras bocas de pasión y nuestras manos... nuestras manos son capaces de darnos tanto placer como ternura. En este momento, acaricio su precioso culo mientras apoyo su espalda contra la puerta de la habitación. Sus manos buscan el botón de mis pantalones para liberar mi presión y yo ayudo a que lo consiga. Bajo con una mano mi ropa, que acaba arremolinada en mis tobillos. Mi pene erecto roza su entrada, está tan mojada...

—Damián... —Su voz sexi se interna en mi cabeza y solamente puedo pensar en poseerla, aquí y ahora. Y eso es lo que hago. De un solo movimiento entro en ella y un jadeo de sorpresa y de placer me recibe.

—Cariño. —Gruño cerca de su boca, nuestras respiraciones se intercambian por nuestra proximidad—. Estás tan caliente... tan preciosa...

Las palabras son sustituidas por jadeos, por placer. Nuestros movimientos acompasados nos llevan a un orgasmo demoledor. Mis rodillas tiemblan y me cuesta mantenerme de pie. Apoyo mi frente en la suya, intentando recuperar el ritmo de la respiración. Lentamente, como si me costara la vida, salgo de su interior. Baja sus preciosas y largas piernas hasta el suelo, me deshago de la ropa que tengo arremolinada en los tobillos, la cojo en brazos y la deposito suavemente sobre el colchón. Su mirada tiene ese brillo que me deja sin aliento. Supongo que yo debo de estar mirándola de igual manera, porque su sonrisa se ensancha.

—Te quiero —las palabras salen de mi interior.

—Te quiero. —Susurra mientras acaricia mi cara.

Los besos reaniman nuestros cuerpos, una y otra vez nos amamos con desesperación. Siendo conscientes en todo momento que el tiempo corre en nuestra contra. Será lo más difícil que haya hecho en mi vida...

Sí, lo sé rubiales. Tienes toda la razón, va a ser difícil. Pero no hay nada que podamos hacer, simplemente lo que estamos haciendo hasta ahora... Disfrutar uno del otro hasta el último instante.

La luz de un nuevo día entra por la ventana. Abro lentamente los ojos y me encuentro a mi preciosa mujer abrazada a mí. Su cabeza descansa en el hueco de mi cuello, su mano sobre mi pecho y su pierna enredada en la mía. No creo que exista nada mejor que despertar así. Bueno, quizás pueda mejorarlo. Acaricio su espalda con la yema de mis dedos. Con la otra mano acaricio sus pechos, pellizco suavemente sus pezones, que reaccionan al tacto poniéndose duros. Mi mano sigue su recorrido, acariciando la silueta de su cuerpo. Se estremece, arqueando un poco su espalda. Parece que lo estoy haciendo bien. Sigo con el plan trazado en mi mente y apreso una de sus nalgas, masajeándola un instante. Un suave y sensual gemido sale de su boca. Me está volviendo loco y aún no ha despertado del todo. La mano que tenía sobre mi pecho se desplaza hasta mi cuello y empieza a acariciarme la nuca, enredando sus dedos en mi cabello. Me estremezco de placer. Sus caricias despiertan lo más primitivo que hay en mi interior. Busco su boca y muerdo delicadamente su labio inferior. Asoma su lengua y ya no hay quien detenga esto. Saboreo sus labios, ella los míos.

Nuestras lenguas se buscan, se reconocen, se aman. Danzan en un baile sensual, del que conocen cada paso a seguir. Todo es calor y placer.

—Buenos días, cariño. —Sonríe con todo su cuerpo extenuado después de otra sesión de sexo. — Me encanta despertar así contigo.

—Buenos días, mi amor. A mí también. ¿Nos damos una ducha?

Sonríe picara. Sé lo que está pensando y me encanta.

—Tendrás que dejar que me recupere. —Sonrío encantado al ver su cara. Algo me dice que he creado un monstruo y que es perfecta para mí.

Después de una ducha donde nos hemos amado de nuevo, tenemos que hablar. Nos tumbamos en la cama y nos abrazamos.

—Andrea, me gustaría saber qué planes tienes, ¿qué piensas hacer?

—Aún no lo he pensado demasiado. Lo primero será pasar unos días con Merche en su ciudad. Luego volveré a casa, tengo mucho que contarles a mis padres. Después, pediré el traslado de universidad, buscaré un lugar donde vivir y un trabajo a tiempo parcial. Lo bueno es que Merche estará conmigo.

—¿Por qué no te instalas en mi piso? Bueno, las dos. Ahora también es tu casa. Podríais ahorrar un montón de dinero del alquiler. Además, vuestra nueva universidad está aquí cerca, en coche a unos veinte minutos.

—No quisiera que tus padres pensaran que soy una aprovechada.

—Ellos no pensarán eso, Andrea. Y en el caso que lo pensarán, no es asunto suyo. Tú eres mi mujer y lo mío es tuyo ahora, ¿Vale? Me gustaría que te quedaras en nuestro piso, de verdad.

—Vale.

—Entonces ya tenemos un asunto solucionado. Me gustaría conocer a tus padres antes de irme, pero no vamos a tener tiempo, así que deberás disculparme con ellos y explicarles que los conoceré a mi regreso.

—Bien.

—¿Por qué me respondes tan escueta?

—Porque pienso en lo que me estás diciendo y sé que tienes razón en todo, aunque me duele... solo nos quedan dos días, Damián. Te voy a echar tanto de menos... que yo...

La abrazo con fuerza. Yo también la voy a echar de menos. Nos queda tan poco tiempo para estar juntos.

—Vamos, nena. Yo también te voy a echar muchísimo de menos, pero estaremos tan ocupados que apenas nos daremos cuenta de que ya habrán pasado los dos años. Tú tendrás a Merche contigo y yo estaré más tranquilo sabiendo que estarás bien. Además, Edu y mis padres estarán por si los necesitaras.

—Lo sé. Sé que estaré bien. Que todos estarán pendientes, pero tú no estarás y eres quien más falta me hará. Es que nunca creí poder amar de esta manera. Todo esto es nuevo para mí y tener que separarnos ahora me asusta bastante.

—Mi amor, lo siento. Lo siento tanto. Quizás no deberíamos haber...

—No te atrevas a arrepentirte ahora. Eres mi marido y yo tu mujer. Tenemos que ser fuertes, estos dos años pasarán y luego disfrutaremos toda una vida juntos. Lo superaremos. Pero no quiero hablar más de tu marcha.

—Está bien. Vamos, saldremos a comer y a airearnos un poco. Luego me gustaría llevarte a la colina.

—¿La colina?

—Sí, nosotros le llamamos así desde siempre. Te llevaré allí. Verás que vistas más espectaculares hay en mi ciudad.

Comemos en un bar cercano. Nos montamos en mi moto y la llevo a ver los lugares más espectaculares de la zona. Me gustaría que se enamorara de esta ciudad. Que se sintiera como en casa. Que retuviera un recuerdo nuestro en cada uno de ellos. Pasamos unas horas increíbles, porque estar con Andrea es increíble. La voy a extrañar más de lo que quiero reconocer.

El día llega a su fin y más se aproxima mi marcha. No quiero pensar de nuevo en ello, no hace más que quitarme tiempo que compartir con ella. Volvemos a casa. Subimos con nuestras manos entrelazadas y en silencio. No son necesarias las palabras cuando me mira como lo está haciendo ahora. Siento el calor que desprende nuestra piel.

Acaricio sus nudillos con mi pulgar y un estremecimiento recorre mi espalda. La deseo con todos y cada uno de los poros de mi piel y sé que ella siente lo mismo que yo. Nunca se me había hecho tan largo el trayecto en el ascensor hasta mi planta. No puedo dejar de mirar su bonita cara, pero no me atrevo a besarla. No podría parar y no quiero que mis vecinos vean más de la cuenta. Pero al llegar al piso, abro la puerta y una vez entramos ya no hay decoro. Mis manos se anclan en sus caderas alzándola del suelo. Ella enreda sus piernas a mi cintura mientras yo cierro la puerta con el pie. Sin dejar de mirarnos, ella deja escapar un jadeo cerca de mis labios, que atrapo con un beso desesperado por hacerla mía de nuevo. Apoyo su espalda en la madera de la puerta, nuestra urgencia habla a través de nuestras manos. Yo ando subiéndole la falda hasta la cintura y ella está desabrochando el botón y la cremallera de mis pantalones. Solamente la tela de la ropa interior se interpone entre nosotros. Sus labios están hinchados y rojos por mi avasallamiento, pero no deja de sonreír. Nuestras miradas se reclaman, al igual que nuestros cuerpos. Baja mi bóxer, ayudándose con uno de sus pies y yo aparto su braguita hacia un lado. Rozo su cavidad con la punta de mi erección, está mojada y preparada para mí. No puedo esperar más, su mirada me dice que ella tampoco y mi embestida hace que ambos jadeemos al mismo tiempo. Nos sincronizamos casi al instante, yo subo a por ella y ella baja a por mí. Sus manos en mi nuca, su boca sobre la mía. Sus jadeos sin control... Me tiene loco.

—Te quiero. —Susurra.

—Te quiero. —Repito a su vez.

Alcanzamos el clímax casi al mismo tiempo. Mis rodillas tiemblan y necesito sentarme antes de que acabemos por los suelos. El sofá no anda muy lejos, así que allí me dirijo. Mi sonrisa amplia le hace reír.

—Tienes cara de estar feliz.

—Soy feliz, Andrea, más de lo que nunca imaginé que se pudiera ser.

—Yo también, Damián. Tú me haces feliz. No lo olvides nunca, ¿vale?

—Vale.

Me tumbo en el sofá con Andrea, encima. Sigo estando en su interior y me niego a salir de ella. Se está tan jodidamente bien que no tengo prisa porque nos separemos. Parece que ella piensa lo mismo, apoya sus manos en mi pecho y su barbilla, mirándome fijamente.

—Me encanta sentirte dentro.

—Y a mí sentir como me presionas, me estás poniendo duro de nuevo.

—¡Mmmm! —Pone el gesto de estar pensando y me dice después de razonar consigo misma—. Entonces es mejor que te quedes donde estás.

Y eso amigos y amigas es sinónimo de sexo continuo y desenfrenado al que nos sometemos durante toda la noche y parte de la mañana. Al final acabamos dormidos, eso sí, no me ha dejado salir de su interior ni yo he insistido para nada en ello.

Cuando nos despertamos, es casi hora de cenar. Oigo sus tripas gruñir y las mías siguen su protesta. Nos reímos.

—Vamos a ducharnos. —Alarga su mano hacia mí y yo entrelazo mis dedos con los suyos.

Creo que no es necesario que os cuente que nuestra ducha dura más de lo normal. No podemos dejar de tocarnos y os aseguro que no es ninguna queja. Me encanta que sea así.

Cuando salimos de la ducha, nos cubrimos con toallas. Mientras ella se seca su preciosa melena, yo llamo a un restaurante y encargo comida para que la traigan al piso. Nos ponemos ropa cómoda y nos sentamos en el sofá, charlando. Llega nuestra cena y la engullimos en poco rato. Llevábamos

demasiadas horas sin echarnos nada en la barriga y sin dejar de hacer ejercicio. Ya me entendéis. Sí, morena tienes razón, no cambiaría ni un segundo, nada de lo que ha pasado en estas últimas horas, o en estos días... aún a sabiendas que en menos de veinticuatro horas nos despediremos, ha sido un soplo de aire fresco en mi vida y le estaré eternamente agradecido al destino por hacer que nuestros caminos se cruzaran, que ella se enamorara de mí como yo de ella y que ahora sea mi mujer.

Esta noche están los sentimientos a flor de piel. Nos acostamos y Andrea se abraza a mi cintura, entierra su rostro en el hueco de mi cuello e inspira mi olor. Sé que está haciendo, yo estoy hago lo mismo, huelo su fragancia en su cabello. Quiero impregnar mis sentidos con su aroma, con su tacto... Noto que está llorando y la abrazo más fuerte. Mis ojos se humedecen y caen lágrimas de ellos, sé lo que siente en estos momentos, porque yo estoy igual.

## Capítulo 43

### ANDREA

Nos dormimos abrazados, sin palabras. Nuestras lágrimas, mudas compañeras, escapaban sin control de nuestros cuerpos. Sí, sé que él también lloró. Sentía su angustia, era idéntica a la mía. He despertado hace apenas unos minutos. Él está boca abajo, su brazo reposa sobre mi cadera y su respiración es tranquila. Le observo con detenimiento. Sus cejas, el rasgado de sus ojos, su bonita nariz, sus labios perfectos, su mandíbula fuerte... Es un sueño hecho realidad. Quién me iba a decir que conocería a este hombre tan perfecto para mí. Soy consciente que en unas horas nos tenemos que separar, pero recuerdo sus palabras y tiene razón... estos dos años tendremos poco tiempo, él con su investigación, yo con mis estudios y con el trabajo que encuentre. Tengo que centrarme en eso, no quiero derrumbarme mientras él esté aquí. Veo como, poco a poco, va abriendo sus preciosos ojos y me mira. Una cálida sonrisa asoma a sus labios. Me aproximo y beso ese gesto que me llena tanto.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Desde que duermo contigo, siempre duermo bien. —Le sonrío.

Coge mi cintura y me aproxima a su cuerpo. Su calor me invade y el deseo que sentimos uno por el otro se desborda. Besos, caricias, palabras cargadas de cariño... La pasión nos atrapa y nos eleva a tocar las estrellas.

Cae junto a mí en la cama, intentamos recuperar el ritmo de nuestras respiraciones. Entrelaza su mano con la mía y susurra.

—Eres increíble, Andrea. Te quiero tanto que me da miedo.

—¿Miedo? —Pregunto preocupada a la vez que me incorporo y lo miro.

—Sí, estoy aterrado, pienso que en estos dos años que estaré fuera y puede, puede que conozcas a alguien, la distancia dicen que hace el olvido y

tengo miedo a que me olvides, a que olvides lo que sentimos cuando estamos juntos... Que te enamores de otro y quieras...

Pongo mi mano sobre sus labios. No quiero que siga hablando. No quiero que piense así.

—Damián, no voy a olvidarme de nada de lo que hemos vivido estos diez días. Nunca podré olvidar de la intensidad que hemos compartido. Eres mío y yo soy tuya, nada ni nadie cambiará eso. Te quiero con toda mi alma.

Me abraza con fuerza y yo correspondo el abrazo sintiéndome protegida por él. En este momento tan especial e íntimo, suena el timbre de la puerta, nos miramos extrañados porque no esperamos a nadie. Hemos quedado para comer con sus padres, pero aún faltan horas para eso. Se pone unos pantalones cortos de deporte, sin ropa interior y eso me excita, una camiseta básica negra cubre su torso. Me he quedado embobada viendo cómo se vestía, es tan sexi...

—No sé quién será, mejor que te duches y te vistas mientras abro y lo averiguo.

Me da un suave beso en los labios y sale de la habitación. Hago lo que me ha dicho. Entro en el baño y me doy una ducha rápida. Me seco y me visto con unos vaqueros y una camiseta, dejando mi melena secarse al aire. Salgo del lavabo y me dirijo a la cocina donde escucho voces. Me sorprende al entrar y ver a quién pertenecen.

—Buenos días dormilona. —Me saluda mi amiga con un abrazo—. Siento la intromisión.

—Hola, Andrea. —Edu me da un beso en la mejilla—. Te dije que igual estaban... ocupados. —Habla mirando a Merche, guiñándole un ojo, como si la idea de aparecer por aquí hubiera sido idea de ella.

—No, no os preocupéis. —Les respondo mirando a Damián—. ¿Os apetece un café?

—Voy a ducharme. —Oigo que se disculpa con nuestros amigos, mientras besa mi cuello. Ese gesto me estremece entera.

Si no hubieran venido nuestros amigos, seguramente estaríamos en la ducha juntos. No han estado muy acertados al presentarse a esta hora, aunque también entiendo a Edu.

Es su amigo y comprendo que pueda haberle echado de menos, pero joder, nosotros estamos de luna de miel exprés. Ya no hay nada que hacer, están aquí y seguramente pasaremos la mañana con ellos. Quizás sea lo mejor, quizás así no nos dará tiempo en pensar que en unas horas nos despediremos... Se me cierra la garganta y me cuesta tragar el montón de pensamientos que me asaltan. Sirvo un café para cada uno mientras siguen charlando de trivialidades, mi mente retrocede a lo que he vivido estos últimos diez días y no cambiaría nada de lo sucedido.

Conocer a Damián ha sido lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Nunca creí en el amor a primera vista, pero no hay duda de que por él he sentido algo desde que me miró en la gasolinera. En aquel momento no podría haberlo calificado así, aunque sí despertó algo en mi interior que ha ido creciendo hasta este momento en el que sé que lo quiero. Diez días han bastado para que mi vida haya dado un giro semejante.

Salimos a almorzar y vamos paseando por la que a partir de ahora será mi ciudad. Edu y Merche andan unos pasos por delante de nosotros, así podemos ir hablando de nuestras cosas.

—¿Crees que debo matar a mi amigo por haber interrumpido nuestra mañana? ¿O con hacerle la vida imposible será suficiente?

Me río. Estaba pensando lo mismo de mi amiga. Aprieto su mano, que va agarrada a la mía. —Damián, he estado pensando...

—¿Ocurre algo?

—No. No ocurre nada, solamente quería decirte que, si durante estos

dos años descubres que para ti lo nuestro ha sido un error, espero que podamos hablarlo como personas adultas. Tendremos mucho tiempo para pensar y yo...

Se para frente a mí. Coge mi barbilla entre sus dedos y hace que le mire a los ojos.

—Andrea... Si eso sucede, por mi parte o por la tuya, lo hablaremos. —Me besa—. He pensado en escribirte, aunque no te las mande. Creo que me servirá para no volverme loco pensando en ti. Cuando regrese te las entregaré. Así podrás leer lo que habrá sido mi vida.

—Me parece una idea genial, será como escribir un diario que compartiremos al final de este tiempo. Yo también te escribiré. —Paso mis manos por su nuca y lo beso, más profundamente de lo que él me ha besado hace un momento.

—Pero ¿otra vez? ¿No podéis caminar sin besaros?

Lo mato. Sé que es el mejor amigo de Damián, pero en este momento lo fulmino con la mirada.

—El día que encuentres a tu persona ideal, seremos nosotros quienes no te dejaremos en paz. —Responde mi marido haciéndole una peineta. Vuelve a centrar sus ojos en mí y vuelve a besarme, aunque esta vez, más casto.

Entrelaza de nuevo sus dedos con los míos y seguimos caminando detrás de nuestros amigos. El almuerzo es ameno, me río muchísimo cuando Damián y Edu se enzarzan en un pique de recuerdos. Merche y yo nos miramos con lágrimas en los ojos escuchando las barbaridades que sueltan. No, mi hombre no ha sido para nada tranquilo en su adolescencia. No puedo evitar mirarle con ternura. Será duro, pero tenemos toda la vida por delante. Ahora hay que centrarse en el trabajo y los estudios para que el tiempo pase más rápido y nuestro futuro sea como esperamos.

Nos despedimos de nuestros amigos y Damián me propone ir a su famosa colina hasta que sea la hora de ir a casa de sus padres. El plan me parece perfecto. Me pone el casco y me lo abrocha sin apartar sus ojos de mí. Se coloca el suyo, monta en la moto y me da la mano para que suba. Abrazo su cintura y arranca la máquina, dándole gas e incorporándose a la circulación. No va de prisa, va mostrándome vistas espectaculares por todo el recorrido, presentándome su ciudad.

Llegamos a una gran explanada, aparca la moto cerca de un muro de piedra y apaga el motor. Pone el caballete y apoya sus fuertes piernas en la tierra sacándose el casco a la vez. Me tiende la mano y bajo de la moto, él sigue mi camino. Desabrocha el cierre de seguridad y me saca mi casco. Los pone, ambos, sobre el asiento y me tiende la mano la que no dudo en entrelazar con la mía.

Nos aproximamos al muro y ante nuestros ojos se abre un paisaje asombroso. Las laderas llenas de flores silvestres y el verde de las plantas llegan hasta el profundo azul del océano.

—¡Wow! Este lugar es precioso.

—Es uno de mis lugares especiales. Solía venir aquí cuando era crío. Me sentaba y miraba el paisaje mientras mi cabeza sopesaba mis problemas de adolescente. Luego se convirtió en un lugar de paz y reflexión.

—Y supongo que, estando tan alejado, también traerías chicas. —Un ramalazo de celos me encoge el corazón. Apoyo mis manos en el muro y observo la furia del oleaje.

—No. En eso estás equivocada. Eres a la primera chica que traigo a este lugar. Es cierto que hemos venido en grupo a pasar el día, o a bebernos unas cervezas, pero nunca a solas con ninguna mujer, hasta hoy... Nunca quise compartir lo que me provoca este lugar. Solo he querido hacerlo con mi mujer.

Mi sonrisa se ensancha en mis labios. Rodea mi cintura con sus brazos, apoya mi espalda en su pecho y me habla al oído.

—Aquí me enamoré del mar. Aquí decidí que, en mi vida, sería una parte importante. Así me hice biólogo marino y disfruté de cada misión en la que me embarqué. Pero esta vez no quiero irme, no quiero separarme de ti. Me duele pensar que, si me necesitas, no estaré ahí para abrazarte, para cuidarte...

—Damián. —Giro mi cuerpo y quedamos frente a frente—. Es tu pasión, jamás te pediría que la abandonarás. Podremos con ello mi amor, y cuando nos queramos dar cuenta estarás de regreso.

Nos besamos sin prisa, sintiéndonos, de esos besos que te llegan al alma. Que llenan la parte vacía del corazón y que son imposibles de reemplazar. Somos un mismo ser en dos cuerpos.

Apoya su frente en la mía y un suspiro nace de su pecho.

—Nunca creí poder querer a nadie como te quiero a ti, Andrea. Sé que será difícil esta separación, pero saber que estarás esperando mi regreso hace que sea menos duro.

—Te quiero, Damián. No lo olvides mientras estés lejos ¿vale?

—Vale. —Nos besamos de nuevo, sabiendo que nos quedan pocas horas para estar juntos—. Tenemos que irnos. Mis padres nos estarán esperando...

—Sí. Aunque he de reconocer que estoy un poco nerviosa por volver a su casa, ya sabes.

—Siento muchísimo cómo se comportó mi padre, no tenía derecho a tratarte como lo hizo. Te aseguro que es un buen tipo, dale una oportunidad por mí.

—Si me lo pides así, no puedo negarme. —Su abrazo me reconforta—. Venga, vámonos.

Nos ponemos los cascos y arranca la moto. Desde que llegamos, nos movemos en ella si vamos solos, es más práctica en ciudad, mientras “mi coche” descansa en el garaje del edificio.

Apenas me doy cuenta del trayecto y ya hemos llegado. Bajamos de la máquina. Damián se quita su casco y yo hago lo mismo con el mío, los ata a la moto y me mira. — ¿Preparada?

—Preparada. —Aunque en realidad estoy más asustada que preparada, no sé con lo que me puede salir esta vez su padre y estoy preocupada—. Damián entrelaza nuestros dedos y me besa en la mejilla.

—Vamos allá.

Llama al timbre y, como la vez anterior, una mujer morena con algunas canas abre la puerta. Su sonrisa parece sincera al mirarnos.

—Me gustaría presentaros como es debido. Andrea ella es mi madre, Nieves. Mamá ella es Andrea, mi mujer.

—Encantada de conocerte, Andrea.

—Igualmente, Nieves. —Me da un abrazo.

Damián, besa a su madre en la mejilla y entramos en la vivienda, ha vuelto a entrelazar nuestras manos.

—Papá os espera en el jardín hijo, adelantaros, debo ir un momento a la cocina a darle un vistazo a la comida, enseguida salgo. ¿Os apetecen unas cervezas? ¿Un refresco?

—¿Te apetece cerveza? —Yo asiento—. Cervezas estarán bien, mamá.

## Capítulo 44

### DAMIÁN

Sé que después de la charla con mis padres y de haber aclarado todo el tema de Lucía, no tengo de que preocuparme. Aun así, no pienso dejar que nada la moleste, ya pasó bastante las dos veces anteriores.

—Hijo, Andrea. Bienvenidos, pasad, pasad.

Noto la tensión en Andrea. Espero que salga todo bien... perdona, ¿cómo dices, morena? Sí, totalmente de acuerdo contigo. Ella es mi prioridad.

Oigo carraspear a mi padre antes de dirigirse a mi mujer.

—Andrea, quiero pedirte perdón por mi comportamiento contigo. He sido mal educado y muy grosero, supongo que después de no ver a mi hijo durante un año y que Lucía se pasara gran parte de ese año metida en esta casa contándonos mentiras. Al verte llegar con él, creí que eras un error en su vida. Lo siento, lo siento de veras, te juzgué sin conocerte y eso es algo que no suelo hacer y no me perdonaré en la vida.

—Eduardo, olvídale. ¿Empezamos de nuevo? Hola soy Andrea. Soy tu nuera y espero que me aceptes en esta familia. —Mi padre suelta una carcajada al escucharla.

Mi mujer no deja de sorprenderme. Es una persona increíble y no puedo estar más orgulloso de ella. Papá le da un beso en la mejilla y se funden en un abrazo. No os podéis imaginar el alivio que siento en este momento. Quiero que Andrea pueda contar con mis padres en mi ausencia y que ellos tengan en quien apoyarse si lo necesitan. Mamá regresa de la cocina con las bebidas y nos sentamos a la sombra a charlar.

La comida transcurre como era de esperar, todo está delicioso. Mi madre es una gran cocinera. Andrea le pide una de las recetas y se pierden conversando entre ingredientes y cantidades. La fluidez de las conversaciones

durante la comida me hace darme cuenta de que el mal comienzo ha dejado paso a una amistad que empieza a forjarse.

Nos despedimos de ellos hasta la noche. Vendrán al puerto, Edu y Merche también estarán allí. Tenemos apenas tres horas para estar juntos y os aseguro que no pienso desaprovechar ni un solo minuto de su compañía.

Llegamos al piso, subimos en silencio sin dejar de observarnos. Entramos en casa, cierro la puerta y en ese momento ella se abalanza sobre mí, enreda sus preciosas piernas a mi cintura y devora mis labios con desesperación. Respondo a sus besos del mismo modo, la abrazo con fuerza porque necesito fundirme con ella, con su cuerpo, un poco más, unos minutos más...

Estamos tumbados en la cama, relajados, su cabeza descansa sobre mi pecho, que intenta recuperar el ritmo normal de latidos. Mi mano se desliza por su melena, acariciando cada mechón, impregnándome con su tacto. Su mano acaricia mi pecho y el roce de sus dedos deja líneas de fuego por donde pasa.

He de preparar mi petate, pero no me quiero mover. Quiero atesorar este instante y no olvidarme de su aroma, de su sonrisa... de sus ojos.

—Cariño, creo que deberías empezar a prepararte. No falta mucho para la hora.

—Lo sé. Tienes razón.

Nos levantamos perezosos, saber que en un rato nos separaremos es algo que me está ahogando. No quiero alejarme de ella. La miro y una dulce sonrisa asoma a sus bonitos labios al mismo tiempo que una lágrima desciende por su rostro. La seco con mi pulgar y la beso. No necesitamos palabras, nuestros gestos hablan por sí solos.

Estamos en el puerto. Siento la tensión en el ambiente. Andrea y yo no nos separamos. Nuestras manos se mantienen entrelazadas en todo

momento. Esto va a ser duro. Empiezan las despedidas, en menos de quince minutos tenemos que estar embarcados, ya no hay más tiempo. Me despido de mis padres con un fuerte abrazo.

—Cuidar de ella en mi ausencia.

—Lo haremos, hijo. No te preocupes por nada. —Responde mi madre con los ojos llenos de lágrimas.

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré, mamá.

—Hijo, vuelve de una pieza.

—Volveré entero, papá. No te preocupes.

—Damián.

—Amigo. —Nos fundimos en un fraternal abrazo, le voy a echar de menos a él y a sus locuras—. Sé que no es necesario que te lo pida...

—No. No lo es.

—Lo sé. Pero voy a hacerlo de todos modos. Cuida de las chicas. Cuida de mi mujer.

—Lo haré hermano. Puedes estar tranquilo.

—Nos vemos a mi vuelta Edu. Merche, quiero darte las gracias por ser como eres, sé lo importante que es Andrea para ti, al igual que tú para ella. Sé que contigo no se sentirá sola.

—Siempre hemos estado muy unidas, no te preocupes por ella, es fuerte. Además, piensa que estaremos muy ocupadas con la universidad y eso. Estos dos años pasarán en un suspiro, ya lo verás.

—Eso espero. —La beso en la mejilla. Sólo me queda despedirme de mi mujer y creo que es lo más difícil a lo que me he enfrentado en esta vida. La cojo de la mano y la separo del resto, quiero que este momento sea nuestro.

—Bueno...

—Bueno, ha llegado el momento... Te escribiré, aunque tardes dos años en leerlas.

—Te voy a echar muchísimo de menos.

—Yo a ti también... Pero seguro que no nos dará tiempo, tenemos mucho trabajo por delante y quizás así no me daré cuenta de lo mucho que te extrañaré. Lo siento, me prometí a mí misma que iba a ser fuerte y fíjate, no puedo. Estoy asustada ¿Y si en este tiempo de separación, te das cuenta de que lo nuestro es un error? Yo no sabría que...

—Eso no pasará, Andrea. Confía en mí. Volveré y estaremos juntos ¿vale?

—Vale. —El abrazo que nos damos, nos funde en un solo ser. Mi boca busca la suya, quiero quedarme con su sabor, con su pasión.

—Tengo que embarcar. —Susurro junto a sus labios—. Te quiero.

—Lo sé. Vuelve de una pieza, te quiero Damián, no lo olvides.

Separar nuestros cuerpos es difícil, pero separar nuestras vidas ahora que nos hemos encontrado, es desgarrador. Cruzo la pasarela y entro en lo que a partir de hoy será mi hogar. Suelto el petate y dirijo mi mirada hacia Andrea. Veo a Lucía, que habla con ella, Edu pasa su brazo por el hombro de mi mujer. ¿Qué mierda le habrá dicho? Andrea baja su mirada al suelo. Parece triste, pero entonces veo cómo endereza su espalda, alza su rostro y le responde. Entonces me mira sonriendo. Esa sonrisa acaba de iluminar este momento de mierda.

## Capítulo 45

### ANDREA

Que poca vergüenza tiene esta mujer. ¿Os podéis creer lo que me ha dicho? Sí, sí, lo siento, es que me ha puesto de muy mal humor. Ahora os cuento... ¡Aaarrggghhh! Perdón, pero tenía que desahogarme. No coge la tía y me dice que ella cuidará de Damián mientras estén fuera. Sí, rubiales, sé que lo ha dicho para fastidiarme, por eso he reaccionado y le he dirigido a mi marido la mejor sonrisa de las que dispongo. Será dura la separación, pero pensar que ella estará allí intentando aprovechar cualquier ocasión para aproximarse a él, me asusta un poco.

Ya han retirado la pasarela, los motores suenan llenando el silencio que se ha instalado dentro de mi corazón. El brazo de Edu sigue sobre mi hombro. El de Merche me sostiene por la cintura. Mis suegros, que raro se me hace esto de tener suegros, están abrazados mirando el gran buque que se va alejando del puerto. Mi marido, ese hombre que me ha enamorado en tan pocos días, se va. Se aleja de mí por un tiempo, mucho tiempo. Las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero al mirar a sus padres y ver la tristeza en sus rostros, las retengo, no quiero llorar delante de ellos, no quiero llorar frente a nadie, no sé si seré capaz de detenerlas una vez empieza, así que me hago la fuerte delante de todos.

—¿Quieres que vayamos a casa? —Oigo la voz de Merche y al mirarla veo la preocupación en su expresión.

—No. Quiero decir, me gustaría estar un rato a solas, creo que iré a dar una vuelta. Nos vemos luego en el piso ¿vale?

—¿Estás segura? No sé si es buena idea que te quedes sola ahora mismo.

—Estoy segura, Merche. Es lo que necesito ahora mismo. No te preocupes, estaré bien. Nos vemos luego en el piso, chicos. —Sin esperar

respuesta, me dirijo hacia “mi coche”, subo a él y, arrancando el motor, me alejo del muelle y mis lágrimas ya no se reprimen, caen con completa libertad por mi rostro. No me dirijo hacia ningún lugar en concreto y, cuando me doy cuenta de que he llegado a su lugar especial, esta hermosa colina, donde las laderas llenas de flores silvestres y el verde de las plantas llegan hasta el profundo azul del océano, sonrío. Bajo de “mi coche” y vuelvo a observar la furia del océano golpeando las rocas del fondo del acantilado. Damián tenía razón, es un lugar idóneo para pensar. Lleno mis pulmones con el aire salobre y suspiro. Aquí los problemas parecen menos importantes y puedes verlos desde otra perspectiva... Aunque el dolor por nuestra separación sigue estando en mi corazón, sé que volveremos a estar juntos, solo hay que esperar, solo esperar a que pase el tiempo y a que pase rápido...

Vuelvo tranquilamente al piso, sigo sintiendo esta presión en el pecho desde que Damián se ha ido esta noche. Debo prepararme para los meses que faltan hasta que él vuelva. Trabajar, mis estudios y mi mejor amiga son un principio para mantenerme ocupada y mi mente distraída. Todo saldrá bien. Seguro.

## ***DOS AÑOS MÁS TARDE...***

Estoy tan nerviosa que soy incapaz de maquillarme en condiciones. Hoy regresa su barco. Hoy volveré a ver a Damián... ¡Por fin!

Han pasado tantas cosas en este tiempo que no sé cómo reaccionaré cuando hable con él. No sé si entenderá lo que ha pasado, espero que sí, pero no lo sabré hasta que hablemos cara a cara... Edu está esperándome en la sala, no sé qué habría hecho si no hubiera estado a mi lado todo este tiempo. Ha sido mi soporte estos dos años, al igual que Merche. Si es que son los mejores. Con ella hemos quedado algo más tarde, cuando salga del trabajo. Nieves y Eduardo, mis suegros, nos esperan en el puerto, llamaron hace un

rato para avisarme de que nos veremos allí. Mis manos siguen temblando, así que descarto definitivamente lo de maquillarme.

¿Qué no me hace falta? Gracias moreno, eso es porque me miras con buenos ojos.

Salgo al encuentro de Edu y me está esperando con una taza de café en sus manos. Me la ofrece con una sonrisa. Cómo me conoce. Hemos pasado tantas horas juntos, que es lo normal... Ha llegado la hora de salir de casa. Edu me pasa el brazo por el hombro y besa mi cabeza. Sé que es su manera de darme ánimos para lo que se avecina.

## Capítulo 46

### DAMIÁN

Dos años, por fin han pasado estos dos años. Estamos a pocas millas del puerto y en breve desembarcaremos. La investigación ha dado sus frutos y regresamos satisfechos con el trabajo realizado. Pero no todo podía estar bien... Necesito perder de una vez de vista a Lucía. Ha estado extremadamente pesada estos meses. Supongo que creería que en el tiempo que estuviéramos lejos de los nuestros, tendríamos un acercamiento por los viejos tiempos o algo así. Pero se equivocaba. Durante estos largos veinticuatro meses solo he podido pensar en Andrea. He soñado con nuestro reencuentro. En sus labios sobre los míos al recibirme, en su cuerpo abrazándome y susurrándome que me ha echado de menos, tanto como yo a ella. Tengo tantas ganas de verla y a la vez estoy tan asustado. ¿Y si ha conocido a alguien, se ha enamorado y me ha olvidado? No tener noticias suyas durante este tiempo casi me ha vuelto loco y si le añadimos a la cansina de Lucía detrás de mí, ya os podéis hacer una idea. Sí, tío. Yo también os he echado de menos a vosotros. En serio.

La sirena del buque avisa de nuestra entrada al puerto. Cojo mi petate y salgo a la cubierta, dejando atrás el hogar que me ha acogido durante estos dos años. He estado cómodo, pero no lo voy a extrañar para nada. Al observar el muelle, veo mucha gente, familiares y amigos de los que regresamos. La busco entre la multitud, necesito verla, saber que está esperando por mí. ¿Pero qué demonios? La he localizado, no está sola, Edu la acompaña, bueno, más bien la está abrazando ¿Qué coño hace? ¿La ha besado?

—¡Vaya, vaya! Veo que tu mujercita no ha perdido el tiempo.

Lucía está a mi lado, su comentario hace que me hierva la sangre, pero no puedo responderle. ¿Habrán sido capaces de estar juntos mientras yo

he estado fuera?

## Capítulo 47

### ANDREA

El barco está atracando, por fin llega el momento de volver a verle... Estoy tan nerviosa...

—Vamos princesa, todo irá bien. —Edu me abraza—. No quiero que estés nerviosa, yo estaré a tú lado. ¿De acuerdo? —Besa mi mejilla y me mira a los ojos—. Todo irá bien. Confía en mí.

Su seguridad me da fortaleza. Ha sido mi apoyo todo este tiempo y confío en él plenamente. Vuelvo a observar el buque y por fin distingo su perfil, ahí está Damián, pero no puede ser.

—¿Esa mujer que está a su lado es Lucía?

—¡Joder! Sí, es ella. Pero seguro que todo va bien. Él te quiere Andrea. No lo dudes.

Ahora mismo no sé qué pensar. Han pasado dos años aislados del resto de la humanidad, pueden haber hecho las paces, haberse consolado mutuamente... No puede ser, seguro que Damián solamente está siendo amable con su compañera.

## Capítulo 48

### DAMIÁN

Lucía, se ha pegado a mí para desembarcar. Me está poniendo de los nervios con sus comentarios maliciosos sobre Andrea y Edu. ¿Habrá sucedido algo entre ellos como insinúa Lucía? No, no es posible. Él es mi mejor amigo y ella mi mujer... aunque no iba a ser el primer caso. No. Basta ya. He de dejar de imaginar esas cosas. Ellos me quieren, no me harían algo así. ¡Joder! Solo quiero que esté todo bien y volver a abrazar a Andrea.

Mis pasos me dirigen a la pasarela, ansío tocar tierra, pero mis ojos no dejan de verlos, juntos, muy juntos, demasiado. ¿Se habrán liado este tiempo?

—¡Uis! Que mimosos están. – Los comentarios de Lucía me sacan de quicio, pero el hecho es que Edu acaba de pasar el brazo por el hombro de Andrea.

## Capítulo 49

### ANDREA

Edu se ha dado cuenta de que estoy temblando y me abraza por el hombro. No puedo dejar de mirar a Damián. Está bajando por la pasarela, la petarda de su ex baja a su lado sonriendo y acercándose demasiado para mi gusto, para hablarle más cerca o eso es lo que parece desde aquí.

Ya está en tierra firme. Ha vuelto, pero ¿Por qué se ha parado? ¿No quiere acercarse a mí? Pues yo sí quiero estar cerca de él, así que son mis pasos los que nos acercan.

—Damián...

—Hola Andrea.

¿Qué le pasa? Está frío conmigo. ¿Estará de nuevo con ella? Edu se acerca para saludarle.

—¿Qué pasa amigo? ¿Cómo ha ido todo?

—Bien, bien, todo genial. —Responde a Edu, sin dejar de mirarme, pero no le da ni la mano, ni un abrazo como yo imaginé que pasaría. Tampoco se ha acercado a mí. Después de dos años, creía que me besaría haciendo desaparecer el resto del planeta, pero está serio y distante y ni siquiera me ha rozado.

—Hijo, por fin estás de vuelta. —Nieves y Eduardo se aproximan con lágrimas en sus ojos.

—Mamá, papá. Estoy tan contento de veros. —Se funden los tres en un abrazo de cariño y de añoranza... el mismo abrazo que yo esperaba recibir de sus brazos.

Decido que es el momento, que esto ya no puede esperar más.

—Damián, me gustaría presentarte a alguien, él es Eddy y es... él es...

—¿Eddy? —Veo cómo le mira y no me gusta nada. Su rostro está

como tallado en piedra—. Veo que no habéis perdido el tiempo.

»¿Cuánto esperasteis para engañarme? ¿Un día, una semana, un mes? ¿Cómo habéis podido traicionarme así? No quiero verte de nuevo. Estaré en casa de mis padres mientras buscas un lugar donde vivir, ¿o ya vivís juntos?

—Damián. —Le reprende su madre—. ¿Por qué le hablas así a Andrea?

—No quiero hablar de ella, mamá. Vámonos a casa, estoy agotado del viaje. Lucía, ¿te acercamos a casa?

—Sería perfecto, cariño.

—Estupendo, pues vámonos. Tienes dos días para salir de mi piso y espero que, de mi vida, no tardes mucho más. Mi abogado se pondrá en contacto contigo. —Me dice cuando pasa por mi lado.

—Te estás equivocando y mucho colega. — Me defiende Edu.

—No somos colegas. Apártate de mi camino.

—¿O si no qué?

No hay más palabras. Damián le da un puñetazo en la mandíbula a Edu, que lo lanza al suelo.

—No vuelvas a acercarte a mí o a mi familia, y llévatela lejos, no quiero veros nunca más a ninguno de los dos.

—Pero hijo...

—Vámonos papá. No quiero hablar más de este tema.

Se marcha, ¿Qué demonios ha pasado? ¿Por qué ha reaccionado de este modo? Jamás hubiera pensado que reaccionaría así frente a nuestro hijo. Mis piernas no me sostienen y acabo sentada en el suelo, sin poder parar de llorar. No entiendo nada. ¿Y todas sus promesas para cuando regresara? — ¿Habrá estado de nuevo con ella? ¿Es por eso por lo que no ha querido acercarse a mí?— Mis preguntas caen en un saco roto. Quien debería responderlas me ha dejado tirada como una colilla. Siento el abrazo protector

de mi amigo. Susurra palabras para tranquilizarme, pero apenas le oigo. Un zumbido áspero y doloroso se ha instalado en mis oídos. Todo está borroso a causa de mis lágrimas, que no cesan de caer por mi rostro.

—Andrea, tranquilízate, Eddy te necesita, no puedes derrumbarte. Todo se arreglará, ya lo verás. Hablaré con él y...

—No. —Ahora es mi rabia la que habla—. Él no ha querido hablar conmigo, no quiero que le hables de nada que esté relacionado con nosotros. ¿Sabes? Ha perdido su oportunidad. Quizá lo que algunos me decían en la universidad era cierto, que dos años es mucho tiempo para estar separados, en una relación que acaba de empezar. No me amaba lo suficiente y se ha buscado una sustituta. Da igual. No me ha dado la oportunidad de contarle cómo ocurrió todo después de su marcha. Si esto es lo que quiere, es lo que tendrá. Mi hijo y yo nos arreglaremos sin él.

## Capítulo 50

### DAMIÁN

Estoy tan enfadado... ¿Cómo han podido? Yo confiaba en ellos y lo que me han devuelto es deslealtad y traición. No se lo perdonaré nunca a Edu. ¿Mi mejor amigo? JA. ¿Qué iba a cuidar de mi mujer? JA. Sí que la ha cuidado bien, sí, ha formado una familia, la que tendría que haber sido mía. Mi familia. Y ella... Andrea es la más culpable de los dos. Podría haberse liado con cualquier otro ¿Por qué con mi mejor amigo? ¿Para que todo fuera más doloroso? ¿Por qué? Y encima, desde que nos hemos subido al coche, a la única que se escucha es a Lucía. Mis padres están serios y callados. Sé que me he pasado con el tono en el que les he hablado, pero joder, tendrían que apoyarme. Soy su hijo. Cuando lleguemos a casa me disculparé con ellos y luego llamaré a Luis, el abogado de la familia, para que prepare los papeles de divorcio...

—Lucía, hemos llegado. —La avisa mi padre muy serio, deteniendo el coche frente a su casa. Como solo lleva su petate, no es necesario que nadie más baje del vehículo.

—Luego te llamo, Dami.

Asiento con la cabeza como si supiera de lo que me habla. Solo quiero que desaparezca. Papá arranca de nuevo y pone rumbo a su casa. La tensión en el coche podría cortarse con un cuchillo. A mamá, de vez en cuando, se le resbala una lágrima, que seca apresuradamente. ¡Joder! Soy un mal hijo, no me gusta que estén disgustados, pero todo este tema de Andrea me está superando.

—Lo siento mucho, mamá. Yo no quería...

—¿Qué es exactamente lo que no querías, Damián? —Pregunta mi padre mirándome por el retrovisor. —¿Ofender a tus padres o a tu mujer? Porque te aseguro que te ha salido redondo, nos has ofendido a todos.

—Papá, no quiero hablar de Andrea. ¿Me oyes? Nunca más.

—Es tu decisión y la respetaré. No volveré a hablarte de tu mujer.

—Pronto dejará de serlo. Hoy mismo hablaré con Luis.

Mi madre se cubre la boca al tiempo que se le escapa un jadeo. Sus ojos vuelven a llorar y esta vez no intenta ocultarlo.

Llegamos a su casa. Todo sigue como lo recordaba. Cada cosa en su lugar, como debería estar todo y no en este caos en el que he llegado. Me dirijo a la que fue mi habitación antes de independizarme ya hace cuatro años. Cierro la puerta a mis espaldas, suelto mi petate y mi espalda se desliza por la puerta hasta quedar sentado en el suelo. Entonces permito que mi rabia salga. Mis lágrimas bañan en pocos segundos mi rostro y mi desesperación es palpable. Mi cuerpo tiembla sin poder evitarlo... Andrea ¿Por qué? Yo te quiero... ¡Maldita seas una y mil veces! ¿Por qué?

## Capítulo 51

### ANDREA

Edu nos ha traído al piso. No he podido hablar en todo el camino. Una presión, desconocida hasta el momento, atenaza mi corazón. Me cuesta respirar y cuando trago saliva, es como si tuviera cristales desgarrándome por dentro. Desde que nos subimos al coche, no he vuelto a soltar ni una mísera lágrima.

Al llegar, Merche nos estaba esperando. Edu se aproxima a ella y la besa suavemente. Lo normal, llevan saliendo un año y medio, más o menos. Todo sigue decorado para recibir a Damián. Globos y guirnaldas por todos lados, igual que cuando celebramos mi cumpleaños en aquel motel. Toco mi colgante y me quema en los dedos. Abro el cierre y admiro la belleza de la joya que él me regaló. La dejo sobre la mesa del comedor. Merche me interroga con la mirada, sabe que algo ha sucedido. Al mirar mis ojos enrojecidos y no ver a mi marido en casa en este momento, le dice que es algo malo.

—¿Andrea?

Y con tan solo escuchar la preocupación en la voz de mi amiga, vuelve mi llorera imparable. Arranco las guirnaldas, ya no tienen sentido, he de ordenar mi casa... su casa, solamente tenemos dos días para irnos de aquí. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Dónde vamos a vivir? Tengo mucho que decidir y no demasiado tiempo. Seco mi rostro y miro a mis amigos.

—Todo saldrá bien, pero voy a necesitar vuestra ayuda.

—Sabes que puedes contar con nosotros.

—Lo sé. —Merche, me abraza y Edu nos rodea a ambas con sus brazos. Ellos son, junto con mi hijo, mis padres y mis suegros, mi familia. Damián, era mi vida y, aunque ahora está destrozada, resurgirá con más fuerza que nunca, Eddy me necesita y yo estaré ahí para él siempre.

## Capítulo 52

### DAMIÁN

Me quedé dormido, acurrucado junto a la puerta, sin darme cuenta. Mi rostro sigue mojado por las lágrimas derramadas por una traición. Mamá está llamándome para cena y eso es lo que me ha despertado.

—Ahora bajo, mamá.

Mi garganta está reseca, pero lo que me preocupa es esta presión que siento en el pecho. ¿Me estará dando un infarto? No, no debe ser eso, siempre he oído que también hay dolor en el brazo izquierdo y a mí el que me duele ahora mismo es el derecho por haber dormido sobre él en el suelo. Entonces ¿qué puede ser? ¡Ah! Claro, qué idiota soy. Es mi jodido corazón hecho mil pedazos. ¡Maldita seas, Andrea! Vuelvo a estar enfadado con el mundo y lo que menos me apetece es bajar a cenar y volver a discutir con mis padres. Pero se lo debo. Voy al baño, me doy una ducha, me pongo ropa cómoda y bajo a cenar. Papá está poniendo la mesa. Mamá poniendo la comida en los platos. Están compenetrados, supongo que cada uno acepta lo que los años ha forjado entre ellos, los envidia. Ellos han conocido el amor y han sabido cuidarlo. ¿Estaría en lo cierto Lucía cuando decía que me arrepentiría? ¿Nos casamos demasiado pronto? Sí, eso fue... Pero ¿qué estoy diciendo? Me casé enamorado hasta las trancas. Han sido ellos los que lo han fastidiado todo... ¡Mierda!

—¿Cenamos? —La dulce voz de mi madre me regresa al ahora.

—Sí, claro. Todo tiene una pinta genial, mamá.

—Gracias, hijo. Siéntate anda.

La cena transcurre en un silencio asfixiante. Mamá no levanta la mirada de su plato y mi padre mira a cualquier lugar excepto a mí. Han sido esos dos, mi mejor amigo y mi mujer, los causantes de mi dolor y mis padres están enfadados conmigo, no me lo puedo creer.

—¿Cómo ha estado todo por aquí en mi ausencia? —Pregunto para intentar hablar de cualquier cosa. Este silencio me oprime más el pecho.

Mamá me observa y me doy cuenta de que sus ojos vuelven a estar anegados. Papá tensa su mandíbula y responde.

—Todo ha estado bien, hemos vivido cosas que, bueno, no creo que te interese saber en este momento.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿Por qué no me va a interesar papá?

—No quieres hablar de ella. Así que no te interesa, ¿verdad?

—No. Si tiene que ver con esa mujer, es mejor que no me cuentes nada.

—De acuerdo.

—¡Joder papá! Me ha engañado con mi mejor amigo. ¿Cómo podéis ponerlos de su parte?

—¿Eso es lo que crees? ¿Acaso le has dado tiempo para hablar contigo? —Mi padre da un puñetazo en la mesa y se levanta de golpe, al hacerlo la silla cae hacia atrás con un ruido seco. —Esa mujer, a la que menosprecias, ha sido parte de esta familia desde el día que me disculpé con ella. No lo olvides, tú la trajiste a esta casa como tu esposa y como tal se ha comportado. Ha pasado por pruebas que ningún mortal debería pasar, pero es fuerte y seguirá adelante, contigo o sin ti. Solo espero que nos siga dejando ver a Eddy y... —No me lo puedo creer, Papá está llorando—. Déjame que te diga algo más, no has querido hablar cuando ha sido el momento. Cuando te quieras dar cuenta de lo estúpido de tu comportamiento, será tarde. La habrás perdido. Discúlpame, Nieves, he perdido el apetito. —Besa a mi madre en la mejilla y sale del comedor.

—¿Pero qué demonios? ¿Mamá? ¿Puedes explicarme a qué ha venido esto?

—Lo siento hijo, pero como bien ha dicho tu padre, el momento de

hablar ha pasado. Si quieres saber la verdad de todo, tienes que hablar con Andrea.

—Ni la nombres, no pienso hablar con ella después de lo...

—No digas nada más hijo. Nosotros no hablaremos de ella contigo nunca más, esa ha sido tu petición. Eres nuestro hijo y no te lo pondremos más difícil de lo que ya has hecho tú que sea. Perdóname, tampoco tengo hambre, me voy a dormir. Buenas noches.

Mi cara debe ser ahora mismo un poema. Necesito salir de aquí un rato y tomarme algo tan fuerte que me ayude a olvidar este día de mierda que estoy teniendo.

Suena mi móvil. Miro la pantalla y veo que es Lucía. ¿Y ahora qué? Rechazo la llamada, solo me falta ella para acabar de volverme loco hoy.

Salgo de casa, pero no tengo mi moto. Sigue aparcada en el garaje de mi piso. Mañana iré a por ella, es mejor que hoy no conduzca si pienso beber hasta que la borrachera no me deje ni levantar el vaso.

## Capítulo 53

### ANDREA

Merche y Edu me han ayudado a empaquetar mis cosas. No tenía demasiado, algo de ropa, mis libros de la universidad y algún detalle de mis amigos y mis suegros que atesoraré siempre. Las cosas de Eddy son incontables, con lo suyo tendremos que dar dos viajes, por lo menos, al nuevo piso. He tenido muchísima suerte, un amigo de Edu iba loco por alquilar su casa a alguien de confianza. Se va del país por cinco años, ha conseguido un buen contrato de trabajo en Dubái, en los emiratos árabes, y según me explicó Edu, no se iba tranquilo dejando su piso sin inquilino.

Miro a mi niño durmiendo en su cunita, ajeno a la tormenta de sensaciones que recorren mi cuerpo. Estoy tan triste. Ha creído que Edu y yo le habíamos engañado. ¿Cómo ha podido creer eso de nosotros? ¿De mí? Yo le quiero, nunca le hubiera traicionado... tenemos un hijo. Bueno, ya no... Yo tengo un hijo y seguiré teniéndolo, con Damián a mi lado o no.

Estoy agotada, pero seguiré recogiendo las cosas de mi niño un rato más. Edu y Merche hace diez minutos que se fueron. Casi tuve que echarlos a la fuerza para que se marcharan. Entiendo que se preocupen por lo que ha pasado, pero necesitaba quedarme sola, tengo que pensar en el futuro de mi hijo y en el mío. Si quiero proporcionarle una buena vida a Eddy, tengo que terminar la universidad, encontrar un buen trabajo y seguir adelante sin pensar en Damián, nunca, nunca más.

## Capítulo 54

### DAMIÁN

Hace un rato que he llegado al pub de siempre, aquí siempre quedaba con Edu. Estoy sentado en la barra con un vaso de güisqui, mi quinto güisqui en el mismo taburete, entre mis dedos, y noto cómo la puerta del local se abre. Por inercia miro hacia ella y no puedo creer lo que veo, Edu entra con una chica. Me parece que la conozco, sí, es Merche, la amiga de Andrea. La lleva cogida por la cintura, ¿la está engañando con su mejor amiga? Menudo cabrón, ¿no ha tenido bastante con mi mujer que también se ha liado con su amiga? Mi frustración y el alcohol hacen que no piense demasiado en lo que digo, pero de igual modo me levanto y me acerco a ellos. Tengo cuatro cosillas que decirle a mi gran amigo.

—Hombre, mira a quién tenemos aquí. ¿Qué pasa tío, que no tienes bastante con Andrea que la engañas con su mejor amiga? ¿O es que os lo montáis los tres juntos?

—Damián, te estás pasando de la raya. Tú no has querido hablar con Andrea y yo no voy a aclararte nada, ella me lo ha pedido así. Tuviste tu oportunidad y la despreciaste.

Esas palabras me han dolido más de lo que soy capaz de reconocer, e ignorándolas, sigo con mi verborrea.

—Ya lo entiendo, claro, alguien debe quedarse con tu hijo, ¿no? ¿Qué, Merche? ¿Y tú estás de acuerdo? ¿No te importa compartir? Qué bien os lo habéis pasado riéndoos de mí...

—Damián, no sabes lo que dices. Espero que reflexiones pronto, antes de que la pierdas. Habla con ella, se va a marchar.

—Eso es lo que tiene que hacer, largarse de mi casa. Ya la ha disfrutado suficiente estos dos años. Joder, voy a tener que comprar una cama nueva, no pienso dormir en la que vosotros habéis follado. Ni muerto.

—Edu, ¿podemos ir a otro lugar? Ya he escuchado demasiadas tonterías por una noche. —¿Merche está incómoda? Pues que se fastidie como me fastidia a mi toda esta historia. Que se larguen con viento fresco.

—Sí, es mejor que vayamos a otro sitio. —Edu coge la mano a Merche y siento repulsión—. No sé, pero qué tontería, por supuesto que lo sé, sé quién te ha estado inflando el cerebro para que actúes de esta manera. Pero si queda algo de mi amigo por ahí dentro, avísale, dile que le queda poco tiempo para arreglar este desastre y que, cuando lo consiga, dile que le partiré la cara por lo gilipollas que puede llegar a ser.

—¿Mi mujer es una zorra y soy yo el que tiene que arreglar esto? — No me da tiempo a decir nada más. Merche me acaba de cruzar la cara. Joder cómo pica.

—No te atrevas a insultar a mi amiga nunca más, ¿entiendes? Después de todo lo que ha pasado este tiempo, ¿aún te atreves a juzgarla? Eres un gilipollas.

—Cariño, déjalo. Ya sabes que ella no quiere esto. Vámonos, aquí no tenemos nada que hacer.

Merche me mira de nuevo y sin decir ni una palabra más, sale del local seguida de Edu, aunque antes de salir, este se voltea y me dice.

—Vas a perder a una gran mujer, amigo. No te reconozco.

Se cierra la puerta tras ellos. Me siento vacío. Lo he perdido todo. Necesito otro trago.

—Lo siento, Damián. Por hoy no te voy a servir nada más. Creo que es mejor que te vayas a casa. No habrás venido en moto, ¿verdad?

—No, Julio. No he venido en moto, ponme otro trago.

—Lo siento, pero ya te he dicho que para ti ya no hay más.

—Joder tío...

—No te veo bien, son muchos años de conocernos amigo y creo que

el alcohol no es la respuesta que necesitas. Deberías irte a casa.

Me he quedado sin mujer, sin amigo y sin el puto trago. Claro que me voy. Buscaré otro lugar que no sean tan tiquismiquis. Salgo del local y camino calle abajo, casi sin darme cuenta llego a mi edificio. Observo mi planta y localizo las ventanas. Hay luz. Seguro que la parejita ha regresado y estarán los tres riéndose de mí. ¡Malditos seáis! Reniego... Y entonces la veo. Andrea pasea frente al ventanal de la habitación. Me parece... No. Estoy seguro de que está acunando a su bebé... cómo me gustaría que hubiera sido mi bebé. ¿Cómo pudiste olvidarme? Yo sería su padre, lo amaría por encima de todo al igual que a ti, mi vida. No puedo sacarte de mi cabeza ni de mi corazón y duele, duele muchísimo. Bajo mi mirada al suelo y acompañando mis pasos, las lágrimas brotan empapando mi rostro, mientras regreso a casa de mis padres. Ya no quiero beber más, solo dormirme y que sea una maldita pesadilla.

## Capítulo 55

### ANDREA

Eddy se ha despertado hace un rato. Le he dado su biberón de la noche y se lo ha tomado como siempre, sin reposo, es un tragoncete. Mi niño tiene quince meses y es lo más bonito que he visto jamás... Sí, sí tienes razón, rubiales. Supongo que para cada madre es así y piensa lo mismo de cada uno de sus hijos. Pero es cierto, su abundante cabello es castaño, sus mofletes son para comérselos, sus ojos son tan expresivos que me tienen fascinada y su boquita... ¡Ains, su boquita! Me deshago desde que aprendió a dar besitos. Es tan bueno que me da tiempo a todo, a mantener la casa limpia, a estudiar. Es lo único que me queda de Damián, y aunque él ya no nos quiera en su vida, yo le querré por los dos. Abrazo a mi hijo, cantándole una canción que me cantaba mi madre cuando yo era pequeña. Voy paseando por la habitación con él en brazos. Me sonrío y atrapa mi cara con sus manitas, yo sigo cantando y se ríe por mis muecas, si es que me lo tengo que comer a besos. Lo dejo en su cuna, le acerco su peluche favorito, una ballena en honor a su puñetero padre, y me acerco al ventanal. Al mirar al exterior, veo la silueta de un hombre parado en mitad de la acera. Está mirando hacia aquí. ¿Será él? No, no puede ser, él estará por ahí con la tonta esa de su ex... pasándose en grande. Menudo cretino. Me aparto del ventanal y continúo empaquetando los juguetes de Eddy. Si todo va bien, mañana, a primera hora saldremos de aquí.

## Capítulo 56

### DAMIÁN

Intento abrir los ojos, pero la poca luz que se cuele por la ventana me está matando. Menuda resaca tengo. No bebí hasta perder el sentido, como era mi primera intención, pero recuerdo que apenas cené y quizá eso ayudara a que ahora esté tan mal. Me incorporo lentamente en la cama con los ojos todavía cerrados. Mi sentido del equilibrio aún está borracho, todo se mueve, por lo menos esa es mi sensación. Una vez sentado, intento de nuevo separar los párpados. Una fina línea se mantiene abierta, lo suficiente para no chocar con nada. Lentamente me levanto y me dirijo al baño, necesito una ducha urgente y poner en claro mi cabeza, aunque dudo que eso suceda antes del café. El agua cae sobre mi cuerpo, apoyo las manos en los azulejos de la pared y dejo que me empape bien la cabeza, me va a estallar. Necesito un paracetamol. Salgo de la ducha, me visto y me observo en el espejo. Mis ojos están hinchados y mi cara demacrada. Me dirijo a la cocina.

—¡Buenos días, mamá!

—¡Buenos días, hijo!

Está tomando café, me ofrece uno y se lo agradezco. El primer sorbo me sabe a gloria. Sigue callada, no me ha preguntado cómo me han ido estos dos años. Sé que es, porque está disgustada por todo lo que sucedió con Andrea. Pero quiero estar bien con ella, así que doy el primer paso.

—Mamá, me gustaría disculparme por mi reacción de ayer y sobretodo de cómo os hablé. Lo siento mucho.

—No es con nosotros con quien has de disculparte, sino con tu mujer.

—Mamá, no quiero hablar de ella. ¿De acuerdo?

—Cómo tú quieras hijo, ya eres mayorcito para que yo te diga cómo hacer las cosas, pero sigo siendo tu madre y si haces las cosas bien te lo diré, si caes siempre te sostendré, pero si te equivocas, como ahora, no me pidas

que no hable, la razón de vida de una madre es ver felices a sus hijos, pero como mujer, te hubiera cruzado la cara si me hubieras tratado como trataste a Andrea. Ella estaba asustada de tu reacción y no se equivocó demasiado. ¿No crees?

—Con razón, mamá. Me ha sustituido por Edu ¿Qué esperabas? ¿Cómo debía reaccionar? ¿Perdonando su desliz? ¿Ser el cornudo de la familia? Que ha tenido un crio con él... Menuda zorra...

No me lo puedo creer, mi madre acaba de cruzarme la cara. ¿Perdona? ¿Qué es lo que dices tú? Sí, tú, el de la camiseta azul. ¿Qué me lo merezco? Joder gafitas, que los cuernos los llevo yo y las hostias, por lo que se ve, también.

—No te he pegado en la vida, tú lo sabes, pero como vuelvas a faltarle al respeto a tu mujer... Habla con ella antes de que lo fastidies más. Por favor, prométemelo.

—Joder, que fuerza tienes mamá. No veas cómo pica. —Digo mientras acaricio mi dolorida cara. Está bien, hoy me pasaré por el piso e intentaré hablar con ella, pero no te prometo nada. ¿Ya estás contenta?

—Cuando lo arregles, lo estaré.

Luego dicen que yo soy el terco de la familia, pues ya tengo a quién salirle... Lo que... ahora que lo pienso, hay algo en que todos han coincidido, que hable con Andrea. Quizá debería haber escuchado lo que quería decirme cuando desembarqué. Pero entre la come ollas de Lucía, que no me dio tregua estos dos años, y que ellos parecieran una familia feliz, creo que no estuve acertado en mi comportamiento y en mis comentarios. ¿Estuve ciego y la cagué? ¿Por qué me ofusqué tanto? Definitivamente, creo que Merche tenía razón, soy un gilipollas.

—Mamá, ¿me prestas el coche un ratito?

—¿Vas a salir? —Veo la sorpresa en su cara.

—Sí. No tengo modo de moverme, la moto sigue en el garaje de mi piso.

—Y si no es mucho preguntar. ¿Puedo saber dónde vas?

—Creo que tienes razón, bueno, todos vosotros. Quiero acercarme para hablar con Andrea. Quizá no actué cómo hubiera tenido que hacerlo. Necesito hablar con ella y, sí tengo razón, saber que lo intenté.

—No tienes razón y, conociendo como conozco a tu mujer, vas a tener que ser tú mismo, no el que bajó de ese barco, si no el que embarcó hace dos años.

—Andrea no ha cambiado, solo ha crecido cómo persona, este tiempo ha sido difícil para ella, para todos, pero... es mejor que vayas y habléis. Ella es quien tiene que contarte lo que ha pasado. Coge las llaves del coche, están en el mueble de la entrada.

—Gracias, mamá. Luego hablamos. —Le beso en la mejilla y me despido. Voy a por el coche y salgo hacia mi piso. En unos veinte minutos espero haber aclarado toda esta mierda.

## Capítulo 57

### ANDREA

—Bueno pequeñajo, ¿preparado para irnos? —Mi enano me mira desde el cochecito y se ríe. Lleva sus regordetas manos a su boca. Pobrecito mío, no deja de babear por culpa de los dientes que le están saliendo y aun así sonrío. —Mami ya lo tiene todo listo, bueno, solo me falta hacer una cosita y enseguida nos vamos.

Entro en nuestra habitación, abro el cajón de la cómoda y extraigo un montoncito de cartas. Son las que le escribí a Damián durante estos dos años. No son muchas. He estado bastante liada todo este tiempo, pero son tuyas. Son momentos en los que le necesité, en los que lo añoré, son sentimientos escritos que ya no importan, pasaron... Hoy empieza un nuevo día y con él la vida continúa. Eso es lo que realmente importa. Hay que mirar hacia adelante, el pasado ya no nos puede aportar nada más que la experiencia del momento.

Cojo papel y bolígrafo, me siento frente al escritorio y me dispongo a escribirle por última vez.

Dejo la nota, las cartas y las llaves del piso, junto al colgante que ayer me quité. Doy vueltas a mi alianza y con un nudo en la garganta lo saco de mi dedo y la dejo junto al resto de cosas. Miro a mi alrededor y una solitaria lágrima desciende por mi cara. Aquí se acaba otra etapa, no ha sido como creía que sería, pero al fin y al cabo es su final. Ahora empezaremos otra en otro lugar. Un suspiro sale de mi pecho al pensar lo que podría haber pasado si Damián no se hubiera tenido que marchar todo este tiempo.

—¡Mami!

—Sí, cariño mío, ya nos vamos. ¿Preparado?

Mi niño aplaude con sus manitas y sonrío. Él se merece todas mis sonrisas, aunque llore por dentro.

## Capítulo 58

### DAMIÁN

Menudo atasco he pillado, casi una hora para llegar. Por fin estoy frente al edificio. Le doy al botón del mando a distancia y la puerta del garaje, poco a poco, inicia su apertura. ¿Siempre va tan despacio? Consigo entrar y me dirijo a mi plaza, donde está mi moto. Freno antes de llegar y no puedo creerme lo que mis ojos están viendo. Pongo el freno de mano y bajo. Frente a mí, mi moto, toda ella está llena de globos y guirnaldas. ¡Vaya! Menuda sorpresa. Me recuerda a su fiesta de cumpleaños. Sonrío. Desde que llegué, es la primera sonrisa sincera que asoma en mis labios. No puedo haber sido tan estúpido y haberme equivocado tanto... ¿O sí? Me urge verla, ni tan siquiera espero el ascensor. Subo por las escaleras a grandes zancadas. Llego frente a la puerta, me falta el aire. Recupero un poco la respiración y llamo al timbre. Tengo llaves, pero no quiero incomodarla entrando por las buenas. Vuelvo a llamar. Nadie responde. Golpeo con los nudillos y la llamo por su nombre. Nada. No puedo esperar más. Introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta. El silencio en el piso me indica que estoy solo. Cierro la puerta a mi espalda y entro en la vivienda. Hay restos de guirnaldas y algún que otro globo pinchado, ¿Tenía una fiesta preparada para mi llegada? Si tuviera algo con Edu, no la habría preparado, ¿verdad? ¡Joder! La he cagado con todo el equipo. Tampoco me machaquéis entre todos y todas que bastante mal me estoy sintiendo, ¡Menudo gilipollas he sido! La esperaré, tengo que disculparme, hacer que olvide al desgraciado que bajó del barco, yo... ¿Y el bebé? ¿Es posible...? Me siento en el sofá, estoy hiperventilando. ¿Ese niño puede ser mi hijo? ¡Joder, joder! No me puedo creer que me dejara influir por los comentarios de Lucía. ¿Es que no voy a espabilar nunca con esa mujer?

Me levanto de golpe. Recuerdo lo que le dije, le advertí que tenía dos días para salir de aquí...

¡No, no, no, no! No puede haber tenido tiempo de recogerlo todo y marcharse, recorro el piso y no hay ropa de mujer, ni de bebé, ni objetos personales de higiene en el baño, ni siquiera una cuna, ni un maldito juguete por ningún lado de la casa. Se han ido... la he perdido por mi estupidez.

Al pasar junto a la mesa, me fijo que están las llaves de casa. Unos sobres, un papel doblado y... su colgante. El colgante que le regalé en su cumpleaños. Pero lo que más me duele es ver su alianza. La cojo entre los dedos y lloro. Lloro por ser un estúpido. Lloro por todo el tiempo que hemos estado separados. Lloro porque yo he sido el culpable de esto... me siento, no me tengo en pie. Al mirar al suelo, veo algo azul sobresaliendo bajo el sofá. Me inclino y tiro de él. Una ballena sonriente me mira con sus ojos inexpresivos y entonces me rompo del todo. Lloro sobre el peluche dándome cuenta de todo lo que he perdido por no querer escucharla, por mi puto orgullo de machito al creer que me había sustituido... Por ponerle oreja a los comentarios mordaces de Lucía que han creado dudas en mi corazón. ¡Cómo he podido estar tan ciego! No ha parado estos dos años de hacerme ver el error que cometí al casarme tan apresuradamente. La he ignorado cada vez, pero no me doy cuenta de que realmente sus palabras han calado en mi interior, creándome inseguridad.

Seco mis ojos. Llorando no voy a conseguir que vuelva. Tengo que encontrarla y pedirle mil veces perdón, si es necesario. Hablaré con Edu... bueno, si él quiere que hablemos. Después de mi comportamiento, yo tampoco hablaría conmigo. Me levanto para marcharme, al coger las llaves vuelvo a fijarme en las cartas y en el papel doblado. Lo alcanzo con la punta de los dedos y lo abro.

Hola Damián.

Esta es la nota más incómoda que he tenido que escribir en toda mi vida, así que seré breve.

Nunca creí que lo nuestro acabaría y menos de este modo. ¿Sabes el daño que me has hecho? ¿Por qué no quisiste hablar conmigo? ¿Dónde han quedado nuestros planes de futuro? Son preguntas que se repiten en mi cabeza. ¿Qué ocurrió estos dos años para que volvieras tan cambiado? Quizás tu exnovia tuviera algo que ver. Pero la decisión de herirme fue tuya. Han pasado muchas cosas este tiempo en el que has estado ausente. Aunque no tuve oportunidad de poder explicarte ninguna... Quizá ya no importe. Solo es pasado. Junto a esta nota tienes las llaves del piso y las cartas que escribí en tu ausencia, son tuyas. Yo no las quiero; también he dejado el precioso colgante y la alianza de boda. No puedo llevarlos conmigo, ahora ya no. Son el recordatorio de lo que pudo ser y no fue. Voy a seguir con mi vida lejos de todo esto, es lo que necesito. Necesito olvidar tus promesas, tus caricias, tus besos. Necesito olvidarme de ti y para eso necesito desaparecer, empezar de cero en otro lugar.

Solo una cosa más, estoy buscando abogado para el divorcio, no te preocupes, él se pondrá en contacto contigo, no quiero volver a verte, no me busques, supongo que lo entiendes, ¿no? Y tranquilo, no quiero nada tuyo, solamente que esto termine cuanto antes. Pronto serás libre para seguir con tu vida y compartirla con quien desees.

Bueno, creo que ya está todo dicho. Espero que seas feliz, yo lo intentaré.

Andrea.

Mis lágrimas descienden por mi cara. No tengo palabras para expresar cómo me siento. Intento llamarla al móvil, una grabación me avisa de que el número ya no existe. ¡Joder! Esto no va a detenerme, voy a luchar para que me perdone, para que volvamos a estar juntos. Sé que tendré que jugar bien mis cartas para conseguirlo, no me lo va a poner fácil y mi mejor baza es Edu. Él ha estado con ella estos dos años. Sigo abrazando el peluche, es en este momento mi tabla de salvación.

Marco en el móvil, el teléfono de mi amigo, y espero que me lo coja. Tiene que llevar un cabreo de los grandes. Oigo los tonos...

—¿Qué quieres?

—Lo siento amigo. Sé qué la cagué con todo. —Se hace un silencio tenso en la línea—. Por favor, necesito que hablemos. ¿Podemos vernos?

—¿Dónde estás?

—En mi piso.

—Andrea...

—Se ha ido.

—Entiendo.

—Pues yo no entiendo nada.

—¿Nos vemos en diez minutos en la cafetería de tu esquina?

—Allí estaré. Y Edu... Gracias. —No responde y la llamada termina.

Cojo todo lo que me ha dejado, peluche incluido, y salgo con prisa del edificio.

## Capítulo 60

### ANDREA

Bueno, ya estamos aquí. No es tan grande cómo el piso de Damián, pero para nosotros dos y Merche es más que suficiente. Eddy se ha dormido en el trayecto. Lo pongo sobre la cama y lo rodeo con almohadas. Lo primero es montar su cuna y colocar las cosas en su nuevo lugar. Me pongo manos a la obra. Estar ocupada mantendrá mi mente distraída, en este momento es cuanto necesito. Pongo música flojita en una vieja radio que hay en el piso y empiezo con el ensamblaje de la cuna. Recuerdo cuando la montamos por primera vez. Edu y Merche estaban allí conmigo. Yo embarazada de ocho meses y sin poder agacharme demasiado le provoqué un ataque de risa a mi amigo. Cuando se calmó lo suficiente para poder hablar, tenía los ojos llorosos. Lo siento preciosa, me dijo, estás muy graciosa intentando no perder el equilibrio con esa panza tan grandota. Lo miré muy seria, en ese momento Edu se dio cuenta de que quizá me había ofendido por su comportamiento.

Su sonrisa fue desapareciendo. No le dejé pensar más, le lancé un peluche que le sorprendió de tal manera que acabó sentado en el suelo.

Entonces le dije que tenía razón que me sentía torpe y que cuando intentaba agacharme era como practicar un deporte de riesgo, mis carcajadas pronto se vieron acompañadas por las de ambos. Al final acabaron de montarla ellos dos.

Tengo muy buenos recuerdos de estos dos años, pero no os voy a mentir, también los tengo malos... Como en la vida de cualquiera, ¿no? Creo que, si Damián hubiera estado a mi lado, hubieran sido no tan malos, no lo sé, igual sí... pero no era posible, estaba lejos, incomunicado. Sus padres y nuestros amigos fueron mi apoyo en cada momento, nunca me he sentido sola. Luego llegó mi niño y llenó cada espacio vacío de mi alma. Me completó. Ahora que pienso, voy a llamar a Edu para decirle que me estoy

instalando. Merche a estas horas tiene clases. Le mandaré un WhatsApp para que lo lea cuando conecte el móvil, así sabrá que ya estamos en el nuevo domicilio.

—Hola guapetón. ¿Sabes? Me encanta el piso de tu amigo.

—Hola. Eso es genial, me alegro de que te guste. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Solo quería decirte que estoy montando la cuna sin hacer equilibrios. —Su carcajada hace que tenga que separar el móvil de mi oído.

—Eso está bien. Siento no haber podido ir para ayudarte...

—No te preocupes, nos las apañamos muy bien.

—¿Os las apañáis?

—Claro, Eddy me ayuda en sus sueños y yo pongo la parte física. Otra cosa, te esperamos hoy para cenar. Tenemos que inaugurar el piso, cena, unas copas y espero que muchas risas, las necesito.

—Pues claro. ¿Quieres que lleve el vino?

—No, debo bajar al supermercado, ya lo cogeré yo. Nos vemos luego.

Un beso.

—De acuerdo. Otro para ti.

Terminamos la llamada y continúo con mi tarea.

## Capítulo 61

### DAMIÁN

Hace apenas dos minutos que Edu ha entrado a la cafetería cuando recibe una llamada. Mira la pantalla y al tiempo que responde, sonrío. Se sienta frente a mí. Su mirada atrapa la mía mientras sigue hablando. Si conozco a mi amigo, creo que intenta hacerme saber que habla con ella. Me tenso, aunque sé que es una estupidez, no puedo evitarlo.

—Hola, eso es genial, me alegro de que te guste. ¿Va todo bien?

—.....

Edu suelta una carcajada.

—Eso está bien. Siento no haber podido ir para ayudarte...

—.....

—¿Os las apañáis?

—.....

—Pues claro. ¿Quieres que lleve el vino?

—.....

—De acuerdo. Otro para ti.

Termina la llamada, deja el móvil en la mesa y me mira.

—¿Era ella? ¿Era Andrea? —Necesito saber que está bien.

—Sí, era ella. ¿Qué quieres Damián? ¿Por qué tantas prisas por hablar hoy conmigo?

—Por qué me he dado cuenta de lo gilipollas que llego a ser. Te debo una disculpa, bueno, a todos. Por alguien tengo que empezar... Lo siento amigo, no tengo excusa por cómo me comporté.

—No, no la tienes. ¿No crees que deberías disculparte primero con tú mujer?

—Lo he intentado, pero no puedo localizarla. En el piso no está y su teléfono ya no existe.

—Sí, se cambió de número. Su teléfono se rompió. — Sonríe.

—¿Y esa sonrisa?

—Estaba recordando cómo se le rompió.

—¿Cómo sucedió? —Me doy cuenta de que deseo que me lo diga, que algo tan absurdo como eso necesito saberlo de ella.

—Eddy lo cogió y lo tiró por el balcón de tu piso.

—Eddy... ¿él es...?

—Un pequeñajo con mucha energía.

—Claro. Vaya, así que el móvil voló. —Quiero saber, quiero preguntarle, pero me horroriza que su respuesta no sea la que quiero escuchar.

—¿No sientes curiosidad por él?

Ahora sí que me tenso.

—Me gustaría saber... pero también estoy asustado, Edu. —Me observa detenidamente. Apoya su espalda en la silla y cruza los brazos sobre su pecho.

—Deberías hablar con Andrea.

—¿Es mi hijo? —La pregunta sale por mi boca quemando mi garganta.

—Lo es.

—Tengo un hijo... Te das cuenta, tengo un hijo. —Me siento eufórico, soy padre... Y entonces recuerdo mi comportamiento hacia ella y vuelvo a la realidad—. Andrea no me perdonará nunca.

—No, no creo que lo haga.

—Podrías no ser tan sincero en este momento, no lo necesito. — Sonríe—. Está muy cabreada. ¿Verdad?

—No. No está cabreada. Está dolida. Ella nunca esperó que la trataras tan mal en el puerto, ni yo tampoco, nunca te he visto tratar de ese modo a

nadie.

Estaba asustada. No sabía cuál sería tu reacción al saber que eras padre y tú ni siquiera la dejaste hablar. Es una mujer increíble, Damián. Entiendo que te enamoraras de ella tan pronto.

—¿Tú y... ella? —Ya está. Ya he preguntado lo que más miedo me da.

—Buenos amigos. Solo somos buenos amigos, Damián, nunca te traicionaría hermano. Te prometí que cuidaría de ella y al hacerlo me enamoré de Merche. ¿Sabes? Es una tía estupenda. Es cariñosa, divertida y el otro día en el pub te pasaste mucho con ella.

—Lo sé. Me lo dejó claro con el tortazo.

—No te equivoques, te arreó porque insultaste a su amiga.

Pienso en sus palabras detenidamente.

—¿Estás enamorado?

—Sí. Llevamos un año y medio saliendo. Estaba esperando a que regresaras para proponerle que viviera conmigo, ahora lo tengo difícil.

—¿Por qué?

—Porque no dejaré a Andrea sola en este momento, ni yo lo sugeriría.

—Lo siento. No solo he fastidiado mi relación, sino que como daño colateral os ha fastidiado a vosotros. No tenía ni idea.

—No podías saberlo, aunque tampoco nos diste oportunidad de hablar.

—¿Sabes dónde está?

—Sí.

—¿Me lo vas a decir?

—No.

—¡Joder, Edu! Sé que no lo he hecho bien, siento muchísimo mi comportamiento... tienes que ayudarme, por favor.

—Tendré que hablar con ella. Ahora también es una buena amiga y no la voy a traicionar.

—Eso te honra, amigo. ¿Cuándo la verás? Podrías llamarla.

—No la voy a llamar para hablarle de ti. Tendrás que esperar. Esta noche voy a su piso, las chicas me han invitado a cenar.

—Está bien.

—Ahora tengo que dejarte, he de pasar por la oficina. Ya te llamaré.

—Estaré esperando.

Edu sale de la cafetería. Yo salgo un instante después y me dirijo a mi piso. Tengo mucho que pensar sobre lo que hemos hablado. Pero lo principal es que tengo un hijo, Eddy, se llama como mi padre, no solo como mi amigo, ahora me doy cuenta... tengo que encontrarlos. No sé si voy a poder esperarme.

## Capítulo 62

### ANDREA

Merche hoy ha llegado temprano de la universidad. Me ha traído un montón de apuntes. Pronto me presento a los exámenes finales de tercero de empresariales. El cambio de universidad al principio fue difícil, imaginaos, profesores nuevos, un campus enorme por el que me perdía día sí y otro también, organizar los horarios con mi trabajo de camarera, un embarazo... Casi nada. Sí, fue complicado, pero salí adelante. Estoy preparada para rematar este curso a pesar de las circunstancias. De mis estudios depende el futuro de mi hijo.

Estamos terminando de preparar la cena, cuando oímos el timbre del portal. Merche seca sus manos en el paño de la cocina mientras su sonrisa se ensancha.

—Ya abro yo.

—Vale, yo voy a darme una ducha y así tenéis un poco de intimidad. No despertéis a Eddy. —La sonrisa de mi amiga me desarma. Me dirijo al baño, me desnudo y abro el grifo. Bajo el chorro, mis lágrimas son invisibles y mis sollozos se amortiguan con el sonido del agua al caer. Es en el único lugar en el que dejo fluir este dolor. Ni mi hijo ni mis amigos tienen que preocuparse por mí. Estoy bien, estaré bien. Salgo vestida al comedor y veo que mis amigos están muy acaramelados, tanto que tengo que carraspear para que se den cuenta de que estoy aquí. Eso me hace sonreír.

—Hola Edu. —Beso su mejilla.

—Hola preciosa.

—¿Sabéis qué pienso? Que deberíais iros a vivir juntos.

—Lo haremos. Algún día. —Me responde Merche y me da un beso en la mejilla—. Venga, vamos a cenar que se enfría el asado.

—Lo digo en serio. —La retengo por el hombro—. Es lo que estaría

pasando si... Si Damián estuviera conmigo, ¿verdad? ¿Por qué esperar?

—No tenemos prisa, Andrea. Y ahora no creemos que sea un buen momento. —Razona Edu.

—Vamos. ¿Por qué no? Yo estoy bien, además tu piso está a diez minutos en coche, Edu. Nos veríamos igual. Me encanta que vivamos juntas, Merche, pero creo que vosotros tenéis que hacerlo, tenéis que disfrutar de cada momento. No quiero ser el motivo de que no lo intentéis. Pensarlo. Eddy y yo estaremos bien. No os tenéis que preocupar por nada.

—Ya hablaremos, ahora a cenar. —Finaliza el tema mi amiga.

La velada transcurre tranquila, comentamos cómo hemos pasado el día, lo que tenemos para el resto de semana. Una buena conversación con grandes amigos. ¿Qué más se puede pedir? Ya, lo sé moreno, una vida ideal sería lo suyo, pero no siempre sale cómo uno desea.

Merche se levanta a por el postre. He comprado una tarta de chocolate, que nos encanta a los tres. Edu se ha quedado pensativo. —¿Estás bien?—. Le pregunto, él no suele estar tan abstraído.

—Sí, todo bien.

—Te noto ausente.

—Lo siento, no es nada. Un tema al que no dejo de darle vueltas.

—Si te puedo ayudar, sabes que puedes contar conmigo.

—Pues ahora que lo dices...

—Aquí tenemos el postre. —Merche suena cantarina saliendo de la cocina.

Edu, se ha callado y a mí me tiene loca de curiosidad.

—Y entonces, ¿ese tema al que no dejas de darle vueltas?

—Después hablamos. ¡Madre mía qué pinta tiene esta tarta!

No he conocido nunca a un hombre tan goloso, en mi vida, si hasta los ojos le brillan y se relame como un niño chico. Tendré que esperar para

saber que ronda por su cabecita.

Después de rechupetearse por tercera vez los dedos, vuelvo a preguntar.

—¿Qué es eso que ronda por tu cabeza?

—Damián.

—Eso es ser claro y conciso. En este tema no te puedo ayudar.

—Pues yo creo que sí, eres la única que puede hacerlo.

—Él no quiso escucharme. —Me levanto nerviosa y empiezo a caminar de aquí para allá—. ¡Joder, Edu! Que me ha pedido el divorcio y me ha echado de su casa.

—Lo sé, pero también sé que es un gilipollas y qué está enamorado y esa combinación, preciosa, tiene mucho peligro. Solo hay que fijarse en su comportamiento.

—No puedo, no quiero... Me ha hecho mucho daño y no...

—¿Le quieres? —Pregunta de mi amigo, directo a la yugular.

—Eso que tendrá que ver, se ha portado...

—No has respondido, Andrea.

Cuando se pone así, me recuerda a mi padre.

—Sí, le quiero. No he dejado de quererle en todo este tiempo, tú ya lo sabes.

—Entonces, siéntate. Tenemos que hablar.

## Capítulo 63

### DAMIÁN

No he podido evitarlo, he seguido a Edu hasta el piso de las chicas. Ha subido hace un rato, así que me acomodo y me como mi sándwich de pollo y me bebo el agua que he traído. Seguro que su cena durará un rato y estará más sabrosa que la mía. Pero por lo menos pensé en ello antes de salir. Recordé las películas en las que los policías hacen vigilancias y aparte de café llevan comida. Me doy cuenta de que es un bonito barrio y parece tranquilo. Recuerdo que llevo las cosas que cogí del piso, la nota, los sobres y sus joyas. Cojo la sortija entre mis dedos y saco la hoja del primer sobre. Por lo menos estaré entretenido.

Hola cariño. Primera carta.

No sé muy bien cómo hacer esto de las cartas que hablamos. ¿Te escribo una cada día? ¿Una cada semana? He pensado que serán demasiadas, así que he decidido escribirte cómo si fuera un diario, te contaré lo más importante, porque cuando vuelvas, el resto te lo contaré en persona, ya tendremos tiempo para ponernos al día.

Lunes

Hace apenas veinticuatro horas que zarpó tu barco y te echo muchísimo de menos. Al despertar, he sido consciente de que no estás, de que tu ausencia es real y que no hay modo de tenerte conmigo. Tendré que esperar para volver a besarte, para volver a tenerte... Será difícil, pero con la universidad y la búsqueda de empleo, andaré muy liada. Espero que eso ayude a que pase el tiempo más deprisa. Te quiero.

Jueves

¡Madre mía, qué día llevo! He estado en el campus para saber dónde cursaré este año. Es inmenso, me he perdido en sus pasillos, menos mal que una chica me ha indicado el aula que buscaba. Tendré que hacerme un mapa. Ayer presenté mi currículum en varios establecimientos de la zona y hoy me han llamado de un restaurante para el puesto de camarera. Así que ya tengo trabajo y empiezo la próxima semana. Estoy muy contenta. Te quiero.

Domingo

Creo que ando con algún tipo de virus estomacal, llevo parte de la mañana con vómitos. Merche me cuida y me da mimitos, pero me gustaría que fueras tú. No se lo

digas, no quiero que se moleste, aunque creo que ya lo sabe. Espero estar mejor mañana, empiezo en el trabajo y necesito estar bien. Te quiero y te echo de menos.

Viernes

Hola, mi amor. Llevo toda la semana muy liada. El trabajo y la universidad me absorben casi todo el día. Sigo con náuseas y algún que otro vómito. Merche me ha acompañado al médico y me han hecho análisis de sangre. Está preocupada por mí, dice que se me ve algo demacrada y tiene razón. No tengo apenas apetito. En unos días tendremos los resultados. Te quiero, ojalá estuvieras aquí.

Martes

Ya tengo los resultados de los análisis. Estoy embarazada. Sí, para mí también ha sido una sorpresa. Pero es normal, nunca utilizamos protección... ¿Qué voy a hacer? ¿Tú quieres ser padre? Nunca hablamos sobre el tema. Merche dice que decida lo que decida será lo correcto. ¿Cómo va a serlo si no sé lo que tú piensas? ¿Te haría feliz tener un hijo? No lo sé. Pero en este momento debo tomar una decisión que, de un modo u otro, cambiará nuestra vida. Te quiero.

Jueves

He tomado una decisión, quizá sea egoísta por mi parte, pero voy a tener este bebé. A lo mejor no estamos preparados para ser padres, pero no quiero deshacerme de él o ella. Siento que ya le amo por ser el fruto de nuestro amor. Me lo imagino con tus preciosos ojos y sólo quiero protegerlo. Tú estás tan lejos, cómo me gustaría que me dijeras que estás de acuerdo, que lo amaremos y cuidaremos siempre, juntos como una familia. Pero debes entender que esta decisión no puede posponerse. ¡Estás tan lejos!

Domingo

Tus padres nos han invitado a comer y se lo he contado, están eufóricos con la noticia. Me han dicho que no me preocupe por nada, que seguro que te hará mucha ilusión ser papá. De verdad que lo espero. Te quiero papi.

Seco las lágrimas que descienden por mi cara. No puedo ni imaginarme por todo lo que tuvo que pasar esos primeros días. Fui un irresponsable, no usamos protección, solo lo hicimos la primera vez y luego... La incertidumbre de cómo sería mi reacción al saber que iba a ser padre, tener que tomar la decisión ella sola, contárselo a sus padres, a los míos... tuvo que ser difícil y además están sus estudios y el trabajo. Me doy cuenta de que es una gran mujer a pesar de ser tan joven. Pero sobre todo me alegro de que decidiera tener a nuestro bebé... ¿Qué voy a hacer para que me

perdone? Me porté tan mal con ella y todo por mis inseguridades.

Perfectamente podía enamorarse de otro en todo este tiempo, pero no lo hizo. Me esperó y yo... Soy un gilipollas integral, ya no tengo ninguna duda.

Miro el asiento del copiloto, acerco mi mano y cojo el peluche de mi hijo. Lo huelo y mi alma se parte, cómo siento haberme perdido tanto y haber estropeado el momento de conocerlo. Tengo que conseguir verla, disculparme y rogarle que me dé una oportunidad, pero sobre todo quiero conocer a mi hijo.

## Capítulo 64

ANDREA

—Hoy he estado con él. Me llamó para disculparse y hablar. Quería hablar de ti.

Lo miro seria. Sé que es su amigo de toda la vida y tengo que entender que hablen entre ellos. ¿Pero de mí? Perdió toda oportunidad de hacerlo el día que regresó y con su comportamiento me echó de su vida.

—También quiere conocer a Eddy.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿qué ha cambiado?

—Supongo que se ha dado cuenta de que no fue razonable y un par de tortazos lo han puesto en su sitio.

—¿Un par de tortazos?

—Sí, yo vi uno en directo por parte de nuestra Merche. Te defendió cómo una leona cuando Damián, un poco más bebido de la cuenta, empezó a decir burradas, el otro tortazo, por lo que me contó él mismo, se lo dio su madre. Creo que entre las dos le colocaron la neurona que venía mareada de su viaje, y te recuerdo que Lucía marea bastante.

—¿Y ahora que se supone que tengo que hacer? ¿Hacer como si no me hubiera lastimado? ¿Olvidarme de su tono cuando me echó de su casa y me amenazó con el divorcio? No creo que sea tan sencillo. Me hizo mucho daño, Edu. Toda mi vida cambió desde que lo conocí. Y cuando regresó, yo... me hizo sentir muy mal. No sé si quiero perdonarle. Creo que todo fue esos diez días, que no lo pensamos suficiente...

—¿No le vas a dejar conocer a su hijo?

—Si quiere conocerle, no se lo voy a impedir. Es su padre y quiero que mi hijo pueda disfrutar con él. Pero yo... No creo que pueda volver a confiar en él.

—Sé cómo solucionar esto, necesitas que vuelva el hombre del que te

enamoraste y no el gilipollas que desembarcó. ¿Verdad?

—Si quieres decirlo así... Pero ya no lo tengo tan claro.

—Entonces vamos a hacerle sufrir un poquito ¿Qué te parece?

—Te recuerdo que es tu amigo. Exactamente. ¿Qué estás tramando?

—Y yo te recuerdo a ti que me dio un buen puñetazo y aún no se lo he devuelto. —Sonríe—. Nada malo, te lo aseguro. Mira, en estos momentos puedo decirte que sé que me ha seguido y lo más probable es que siga aparcado en la calle esperando a que salga.

—¿Estás seguro? Su moto estaba en el garaje del piso.

—Lleva el coche de su madre y te aseguro que discreto no es.

Me asomo a la ventana y veo lo que quiere decir Edu. Hay un coche de color limón aparcado en la esquina. Discreto no es, destaca de los demás. Me fijo y veo una silueta en su interior.

—Está aquí.

—Ya te lo he dicho. Estuvo en el piso después de que te marcharas. Quería saber dónde habías ido. Yo sé que no tiene paciencia. No le quise decir dónde vivías, que primero tenía que hablar contigo, pero él sabía que hoy cenaba aquí, así que supuse que vendría detrás. Son muchos años de conocerlo.

No puedo evitar sonreír. Tienes razón, rubiales. Tengo buenos amigos y gente que me quiere y quiere verme feliz. Estoy muy agradecida por ello. Te lo aseguro.

—¿Y entonces tu plan es...?

## Capítulo 65

### DAMIÁN

Menuda cena tienen que haber preparado, ya han pasado casi tres horas desde que Edu entró en esa portería y aún sigue sin salir. Tengo el culo dormido y ya no sé cómo ponerme. Se me acaban las posiciones. ¡Ahí está! ¡Por fin sale! Bajo del coche y le llamo.

—Edu —No parece sorprendido de verme.

—Vaya, vaya, qué casualidad, ¿no?

—No es ninguna casualidad, te seguí.

—No creí que fueras tan sincero, creía que buscarías una excusa como que habías visto mi coche y paraste.

—No. Llegué detrás de ti. Casi tres horas has tardado en bajar, tío, buena cena te has metido entre pecho y espalda. ¿No te parece?

—Sí, no me puedo quejar, Andrea es muy buena cocinera y las dos son una gran compañía. Ha sido una velada muy agradable, la verdad.

—¿Cómo está? ¿Le has comentado que tú y yo hemos hablado? ¿Qué quiero verla y conocer a mi hijo?

—Sí, hemos hablado. No tiene inconveniente en que pases tiempo con Eddy.

—¿Pero?

—Pero a ti no quiere verte. Mañana llevará a tu hijo a casa de tus padres, puedes pasar la noche con él. Nosotros saldremos a cenar y a bailar, le hace falta divertirse.

—No quiere verme... La cagué mucho, ¿verdad?

—Sí, amigo. Y que Lucía presenciara toda la escenita no ayuda para nada. Igual no te diste cuenta, pero su sonrisa de triunfadora le dolió mucho a Andrea. Habéis pasado dos años lejos, en el mismo lugar, ¿no crees que tú mujer también podía tener dudas sobre ti y tu ex? Veros bajar juntos de ese

barco la asustó. Piensa que reaccionaste de ese modo porque tuviste algo con Lucía en ese tiempo.

—Lucía fue un grano en el culo durante todo este tiempo, amigo. No he tenido nada con ella, ni jamás volvería a tenerlo. Es una manipuladora nivel diez, la conozco demasiado como para equivocarme de nuevo. Además, está Andrea. No he podido dejar de pensar en ella todos estos meses. Pero sí que es cierto que los comentarios de Lucía, aunque no quisiera, rondaban por mi cabeza... Demasiadas horas para pensar. ¿De verdad Andrea me esperaría?

¿O conocería a otro que la enamorara? ¿Había sido una locura casarnos? Tantas preguntas. Cuando te vi abrazarla en el muelle, esas dudas me atacaron de nuevo, no podía creerlo, pero mi temor reaccionó por mí, me puse a la defensiva y atacé antes de que lo hiciera ella... Lo dicho, soy un gilipollas.

—No te lo discuto.

—Gracias amigo por estar a su lado.

—Es un verdadero placer ser su amigo y parte de su vida, es una gran persona y además tiene una amiga que me tiene loco perdido, ha sido interesante conocerlas.

—Voy a casa de mis padres, es tarde y mañana quiero estar preparado cuando Andrea traiga a... a mi hijo.

—¿Estás bien?

—¿Sabes lo asustado que estoy? ¿Y si no le gusto a mi hijo?

—Tranquilo tío. Es un crío muy sociable, ya lo verás, se lleva bien con todo el mundo.

## Capítulo 66

### ANDREA

Mi pequeñajo ya se ha despertado, le he dado el desayuno y lo he dejado jugando en su cuna, mientras yo me doy una ducha y me arreglo un poco. Voy a llevarlo a casa de sus abuelos. No lo han visto desde que Damián volvió. Ayer les llamé para preguntarles si querían pasar el día con Eddy y, por supuesto, su respuesta fue afirmativa. No sabían qué pasaría, después de cómo se comportó su hijo conmigo. Quizá temieron que no les dejara verlo. Jamás lo haría, son su familia, y se han comportado como tal desde que supieron que estaba embarazada.

Edu me avisó anoche que Damián, sigue en casa de mis suegros. Seguramente hoy lo veré. Mi amigo me ha aconsejado que me muestre distante, que sienta el desprecio que yo sentí y que se dé cuenta de que sin él también puedo ser feliz... Dice que hay que darle una lección, espero que no se nos vaya de las manos, porque, aunque estoy herida por su comportamiento, no olvido que sigo enamorada de él y que es el padre de mi hijo. Sí, lo sé gafitas, soy tonta, pero que le voy a hacer...

Siento a mi niño en su sillita, lo ato y le doy una pelota de trapo, su peluche favorito debe de estar en alguna de las cajas que quedan por abrir de la mudanza, porque aún no he sido capaz de encontrarlo. Dejo su bolsa al lado.

Eddy me sonrío, beso su pequeña naricita y me subo al asiento de “mi coche”.

—¿Vamos a conocer a papi? —Una preciosa carcajada sale de su cuerpecito que me hace reír a mí.

—Sí mi amor, hoy conocerás a tu papi y estarás con los abuelitos.

—¿Abu?

—Sí, cariño vamos a ver a los abuelitos. ¿Quieres?

—Tiiiiiii. —Grita aplaudiendo su manita contra la pelota.

Aparco frente a la puerta de su casa, bajo a Eddy y caminamos hacia la entrada. Estoy nerviosa, no sé quién abrirá la puerta. Llamo y esperamos. Acaricio la mejilla de mi niño y le sonrío. En ese momento se abre la madera y un guapísimo Damián está mirándome.

—Hola. —Me doy cuenta de que mi voz es apenas un susurro.

—Hola, pasad por favor. —Parece nervioso.

Eddy me suelta la mano y le mira desde su pequeña altura. Damián le devuelve la mirada agachándose frente a él. Mi niño le sonrío acariciando su cara y con sus torpes pasos se dirige a su abuela que está esperándole detrás. Damián se ha quedado en esa posición. Cuando me mira, sus ojos están llenos de lágrimas, al igual que los míos. Mientras se levanta, nos quedamos mirándonos uno al otro, en ese momento aparece Eduardo, saludándome y sacándome de este hechizo que acabo de experimentar.

—Pasa hija, pasa. ¿Quieres tomar algo? Ven, cuéntame, hace días que no os vemos.

—Todo bien Eduardo, como siempre. He estado un poco liada, pronto son los finales y ya sabes... No, hoy no me puedo quedar, otro día vale.

—Quédate un poquito, cariño.

—Hola Nieves. —Beso a mi suegra—. No creo que sea buena idea en este momento.

—Andrea, quédate y toma un café o algo... Por favor. Me gustaría pedirte perdón por mi comportamiento. Yo...

—Eddy, dale un besito a mamá, te quedas con los abuelitos. Nieves, vendré mañana a las diez a buscarlo, ¿vale? —Tengo que ignorarle y me lo está poniendo muy difícil. Tenerlo tan cerca me pone muy nerviosa, entenderme, le sigo queriendo.

Suena el timbre de la puerta, así que salvada por la campana.

—Ya abro yo. —Digo mientras me separo de él. Necesito distanciarme de esa atracción que me atrae sin remedio. No me lo puedo creer.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿No habéis terminado?

—Hola a ti también, Lucía. ¿Quieres pasar? Yo ya me iba.

—Lucía, Andrea es de la familia, así que haz el favor de tenerle respeto o tendré que pedirte que salgas de mi casa y no vuelvas. —Toma y toma con mi suegra. Qué grande es—. Gracias Nieves. No te preocupes, da igual. Tengo que irme, mañana vengo a por el enano. —Beso su mejilla.

—Andrea, no te vayas. Quédate... —La mirada suplicante de Damián y su contacto, me ha cogido por el antebrazo, hacen que mis rodillas tiemblen.

—Tengo que irme, lo siento, pero he quedado.

Damián, me suelta mirándome preocupado.

—¿Tienes una cita?

—Sí. —Mira al suelo derrotado. ¡Joder! No puedo hacerle daño ni queriendo, así que lo aclaro—. Con Merche y Edu, saldremos a cenar. —Vuelve a mirarme, con un nuevo brillo en su mirada.

—¿Puedo acompañarte al coche?

—No. Creo que es mejor que te quedes, tienes visita, no lo olvides. —¿He sonado sarcástica? Pues me alegro.

—Yo...

—Mañana vendré a buscar a Eddy. Adiós. —No espero respuesta, tengo que irme si no quiero flaquear a causa de lo que siento por él en este momento.

Subo a “mi coche”, arranco y me voy al piso a recoger a Merche. Hoy pasaremos un día de chicas, que también nos toca de vez en cuando desconectar.

Estamos en el centro comercial tomándonos un refresco cuando noto a alguien parado detrás de mí. Merche sonrío, me giro y al hacerlo me quedo embobada mirando al chico que tengo a mis espaldas.

—Hola chicas. ¿Qué tal?

¡Madre del amor hermoso! Es Gabriel, un compañero de curso con el que coincidí en algunas clases. Es un hombre guapísimo y por lo que sé, un rompecorazones. Tiene mucho peligro.

—Hola Gabriel. Muy bien, ¿y tú? —Esa que saluda con normalidad es Merche. A mí no me salen las palabras y menos viendo cómo me mira. Me ruborizo.

—Genial, dando una vuelta. —Me sonrío. Como me siga mirando con esos preciosos ojos negros, me voy a fundir con la silla. Es el único hombre, aparte de Damián, que me pone así de nerviosa. —Quizás sea muy justo de tiempo, por si ya tenéis planes, pero tengo unas invitaciones para la discoteca que abrieron la semana pasada. ¿Os apetecería ir esta noche?

—Podríamos pasar después de cenar, ¿tú que dices, Andrea?

Es mala, mala, mala... Ella sabe que este hombre me pone perraca perdida.

—Estaría bien, lo hablamos luego con Edu y si le apetece...

—¿Edu es tu novio?

—No, qué va. Es el mío. —Aclara rápidamente mi amiga. La mato.

Gabriel me sonrío descaradamente.

—Entonces os veo allí, si a Edu le apetece claro. —Me acaba de guiñar el ojo—. Os dejo que acabéis de disfrutar de vuestros refrescos. —Se inclina y besa a mi amiga en la mejilla, se acerca a mí y su beso es en la comisura de mis labios. Os juro que ese beso me revoluciona hasta la gomilla del tanga que llevo puesto y qué bien huele.

Cuando se va, Merche sonrío, pero no dice nada.

—¿Qué?

—Nada, nada. Solo que... a ese chico le gustas. —Lo suelta sin anestesia. Se ha dado cuenta de mi rubor.

—No digas tonterías. Solo nos ha invitado por ser cortés.

—Sí, claro. Por eso no ha dejado de mirarte, parecía que te estaba escaneando. —La carcajada de Merche no se hace esperar. Sé que mis mejillas han subido un par de tonos su rubor.

—No seas cría, soy madre y aún estoy casada.

—Sí, eres madre y él lo sabe... Además, ¿Damián no te pidió el divorcio?

—Sí, lo hizo. Pero...

—No hay peros Andrea, si tu marido no te demuestra que eres lo más importante para él después de todo... —Ve mis ojos, sabe que esto me duele —. Cariño, si has de pasar página, Gabriel puede ayudarte.

—No lo sé, no creo que sea una buena idea. No quiero meter a Gabriel en todo este lío.

—No te comas la cabeza, lo que tenga que ser, será. Podemos pasarnos por esa discoteca y divertirnos, hace tiempo que no salimos a bailar.

—Estaría bien.

—¿Y sabes lo que pide a gritos una noche de bailoteo?

—Ilumíname.

—Ropa nueva, vamos a por un par de vestidos, de esos que provocan un infarto al que te mire. Esta noche vas a ser la mujer más sexy de todo el local.

—Estás loca. —Y entre risas y confianzas pasamos la tarde de compras.

## Capítulo 67

### DAMIÁN

Ver la incomodidad de Andrea por culpa de Lucía hace que me hierva la sangre. No estoy dispuesto a consentirle ese tipo de comportamiento con mi mujer. Pero cuando entro en el salón, mis ojos se fijan en Eddy y lo demás pasa a un segundo plano. Ya hablaré con ella más tarde.

—¿Y este crío quién es? —Pregunta Lucía a mi padre.

—Mi nieto, Eddy.

Lucía automáticamente gira su rostro y me mira furiosa. Se acerca lo suficiente como para que mis padres no la oigan y me pregunta.

—¿La dejaste preñada? ¿Cómo has sido tan estúpido? O quizá...

—¿Quizá?

—Igual no es ni tuyo, amor. Igual se sintió sola y tuvo un desliz.

—Es mío. ¿Cómo te atreves?

—¿Y quién te lo ha dicho? ¿Ese que la abrazaba y la besaba en el muelle? ¿Tu gran amigo? No sé con lo listo que eres, que te tragues esa patraña.

—Ya basta.

—¿Lucía? —Mamá se ha dado cuenta de que algo pasa y nos interrumpe—. ¿Has venido para algo en concreto?

—¡Oh, sí, claro! Papi me ha mandado a concretar la hora de la cena con vosotros. Os esperamos a las siete. Ya sabéis lo contento que está con nuestro regreso y ha invitado a todos los amigos de la familia. No podéis faltar.

—Dile a tu madre que en un rato la llamo.

—Genial, pues me voy ya... Damián, ¿me acompañas a la puerta? —La sigo—. Papá, ha dicho que tienes que asistir. Ha invitado a gente influyente para que te conozcan.

—No sé si voy a poder ir, Lucía.

—Sí vendrás. No dejarás plantado a mi padre. ¿No? Con todo lo que se ha esforzado para que vinieran... No te atrevas a hacerle un feo como ese. Además, ¿quién te asegura que ese crío es tuyo? ¿Tu mujercita? ¿Esa a la que apenas conoces? ¿O tu gran amigo, que la besaba cuando llegamos?

No quiero hablar más con ella de este tema ni discutirme.

—Está bien, haré lo que pueda.

—¡Genial! —me roba un beso de los labios inesperado y se va sin más.

Paso mi mano por mi boca y limpio el pintalabios, que estoy seguro de que ha dejado. No quiero más problemas.

Por fin puedo observar atentamente a ¿mi hijo? ¡Joder! Esta mujer siempre crea dudas en mi cabeza. Ya lo solucionaré. Mamá se acerca con Eddy de la mano y se para frente a mí.

—Quiero presentarte a alguien muy especial. —Me agacho para estar a su altura—. Damián, este es mi nieto, tu hijo. —Eddy la mira—. Este es papá.

—¿Papi? —Su dulce vocecita da un pellizco a mi corazón. Mi hijo. Andrea no habrá sido capaz de engañar a mis padres. ¿Verdad? Sería muy cruel por su parte.

—Hola, campeón. ¿Me das un besito?

Se acerca y poniendo una de sus manitas en mi mejilla, me chupa la otra. Mamá se ríe mientras alguna lagrimilla se le cae.

—Sus besitos son mojaditos ¿Verdad, mi niño?

—Abu, ¿etas?

—¿Quieres galletas? Vamos a buscarlas.

Y sale corriendo seguido de mi madre. No puedo moverme. Estoy impactado. ¿Un hijo? De Andrea y mío.

—¿Qué te parece tu hijo? Es un chaval muy listo.

—Lo parece, sí, muy listo, pero papá, todo esto me está sobrepasando en este momento, no sé si estoy preparado para esta responsabilidad.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Te crees que tu mujer estaba preparada? ¿Qué ella no se vio sobrepasada? Fue muy duro para ella todo el proceso, estabas lejos y ella era una chica de diecinueve años, recién casada. Se encontró en una situación... pero afrontó con valentía todo lo que se presentó por el camino y gracias a ello disfrutamos de ese niño que nos tiene el corazón robado.

—¿En qué situación?

—Veo que no has leído sus cartas, si no hubieras sido tan estúpido en el puerto y ya lo sabrías...

—¡Papá!

—Ni papá, ni leches Damián. Avergonzaste a tu mujer y a tu familia. No volviste como el mismo hombre, hijo. Desconfiaste de tu mujer, le has pedido el divorcio... ¿En qué estabas pensando?

—No lo sé, ¿vale papá? Me asusté cuando la vi con el niño. ¿Cómo una mujer tan preciosa y tan increíble me iba a esperar? Pensé que había rehecho su vida con otro hombre, que venía a explicármelo. Han sido dos años separados, y yo... Ataqué primero, quizá así dolería menos que me dejara.

—¿Papi? —Noto que Eddy me da tirones en el pantalón. Le miro y su bonito rostro me mira y me pregunta ofreciéndome una—. ¿Etas?

—Sí campeón, vamos a comer galletas. —La cojo de su mano y sale corriendo a por más, seguramente. No puedo evitar que mis lágrimas empapen mi cara. Papá, me abraza—. Lo siento tanto... —Me disculpo.

—Habla con Andrea, hijo. Ella te quiere, no ha dejado de hacerlo. Pero piensa que para ella también fue una relación de diez días, no está

menos asustada que tú.

—Lo haré.

## Capítulo 68

### ANDREA

Hoy me he dejado convencer por Merche. En el centro comercial, he acabado comprándome un vestido y unos zapatos. No sé en qué estaba pensando. No voy tan bien económicamente hablando y esto supone un extra en los gastos del mes. Mis padres y mis suegros han estado ayudándome y gracias a ellos he podido seguir estudiando. No tendría que haberlos comprado.

—Venga, Andrea. Cambia ya esa cara. Vamos a ver. ¿Cuánto tiempo hace que no te comprabas un vestido? ¿Y unos taconazos? Eres la mujer que menos gasta en sí misma del todo el planeta. Nunca te das un capricho.

—No puedo, Eddy crece muy deprisa y él necesita ropa, zapatos, el médico, las medicinas... Ya lo sabes.

—Lo sé. Eres una gran madre. Por eso te digo que te lo mereces, que te des este capricho y te desmelenes por un día... y que vas a estar preciosa y que nos lo pasaremos genial y...

—Vale, vale, lo capto. —Sonrío mientras las lágrimas surcan mi cara.

—Además, hoy seguramente te cruzarás con un monumento de tío por la discoteca y lo vas a deslumbrar.

—Te recuerdo que continúo casada.

—Pero amiga, alegrarse la vista no es engañar a nadie. Además, ¿No hablábamos de Damián? ¿O estabas pensando en Gabriel?

—Eres mala.

—Lo sé. —Y como siempre nos pasa, acabamos riéndonos a carcajadas.

Edu nos lleva a cenar a un restaurante de unos clientes suyos. El lugar es muy agradable, la comida deliciosa y si no fuera porque mi amigo está más

pendiente del móvil que de nosotras la noche sería perfecta.

—¿Vas a seguir toda la noche con el teléfono? —Le regaña Merche.

—Es un cliente, cariño. Ya te dije que hoy tendría que estar pendiente del móvil. Lo siento chicas. Bueno, ¿qué planes tenemos? ¿Dónde vamos ahora? —Pregunta saliendo del restaurante.

—Nos gustaría ir a bailar, hace mucho que no vamos. Podemos ir a esa discoteca nueva, la que abrió la semana pasada. Dicen que está muy bien. —Mi amiga me guiña un ojo. Lo que yo digo: mala, mala. Me hace sonreír.

—Pues allá vamos.

Veo a Edu escribiendo de nuevo en su teléfono. Merche también.

—Edu anda, déjalo o vete a casa si tienes que seguir trabajando. No pasa nada.

—Ya está, por hoy he terminado, cariño. —La besa. Son tan monos. Llevan así desde que empezaron su relación.

—¡Madre mía, qué cola hay para entrar! —Se sorprende, Edu.

—Cariño, ya te dije que era un sitio nuevo, todo el mundo quiere entrar.

Sonrío. La cara de asombro de Edu no es para menos. Sé que odia esperar, se pone nervioso como un niño, y por lo que parece tenemos espera para un ratito.

—¿Andrea?

Me giro y no puede estar más guapo.

—Hola, Gabriel. —Me sonrojo. Sonríe.

—Me alegro de veros. Hola, soy Gabriel. —Estrecha la mano de mi amigo. Saluda a Merche con un beso en la mejilla y cuando se dirige a mí, me mira a los ojos y me dice al tiempo que me besa cerca de la oreja. —No sabes lo feliz que me hace verte—. Un hormigueo recorre mi columna. ¡Joder! Este tío es un peligro. —Vamos, venir, entrar conmigo—. Entrelaza

sus dedos con los míos y adelantamos a toda la fila llegando al portero.

—¿Qué pasa Gabriel?

—Hola Lucas. Vamos los cuatro, ¿vale?

—Pasad y divertiros.

Ese hombre que parece un armario nos deja pasar al interior del local que está a rebosar de gente, bailando y disfrutando de la música.

—¡Wow! —Exclamo—. Es un local increíble. —Les grito. Ellos asienten. Nos acercamos a la barra y Gabriel sigue sin soltar mi mano. Veo que Edu me mira mal y vuelve a escribir por el móvil. Merche que está a su lado y lo ve, lee por encima el mensaje y le dice algo enfadada. No sé de lo que están hablando porque la música está muy alta. Mi amiga se acerca y, gritando en mi oído, me dice que ahora vuelven. Coge a su novio por el brazo y se lo lleva. Parece enfadada.

Me quedo sola con Gabriel. Sus dedos juegan con los míos mientras no deja de mirarme, veo cómo se acerca y me pregunta, sin gritar tanto como mi amiga, qué quiero para beber. Le digo que una cerveza del mismo modo que él, rozando mi cara con la suya al acercarme a su oído para responderle. Es tan sensual, tan caliente... Hace tanto que nadie me dedica gestos de cariño, que sería fácil dejarme llevar.

—Ven. —Me lleva de la mano, una vez tiene las dos cervezas, a otra sala de la discoteca. Aquí la música es más tranquila, podemos hablar sin pegar gritos—. ¿Quieres bailar? —Y sin darme opción de respuesta, deja las botellas en un reservado y tira de mí hasta la pista.

Mira mis ojos, como me miraba... No, no quiero pensar en él ahora. Nuestras manos siguen entrelazadas. Pasa su brazo por mi cintura y atrae mi cuerpo al suyo delicadamente. Damián me abrazaba así. ¡Mierda! He dicho que no quiero pensar en él.

—¿Estás bien Andrea? Te noto tensa. ¿No quieres que bailemos?

—Lo siento, Gabriel. Será mejor que me vaya. —Me separo de ese escultural cuerpo, decidida a salir de allí.

—¿Te he molestado de algún modo? —Sigue sin soltar mi mano—. No era mi intención.

—No, no, nada de eso, todo lo contrario. Cualquiera mujer se sentiría flotar junto a ti, eres amable, atento y además estás como un quesito, pero yo...

—¿Un quesito? Anda ven, vamos a sentarnos y me cuentas que es lo que te pasa.

Nos sentamos, estamos muy cerca.

—Tú y yo nos conocemos desde que vivo aquí, bueno, nos vemos en algunas clases. Ya sabes que soy madre.

—Sí, lo sé. Eres la madre más bonita que he visto en mi vida.

—Gabriel, eres un hombre interesante y muy atractivo, y en otras circunstancias estoy segura de que te estaría comiendo la boca, pero...

Sonríe por mi expresión.

—¿Pero?

—Pero, estoy casada. —Su cara es de sorpresa.

—Pensé que eras madre soltera, siempre te he visto con la pareja con la que has venido o sola.

Le cuento por encima lo sucedido con Damián desde el principio, está alucinando. Pero cuando llego a la parte de su regreso me suelta.

—Perdona que te diga, pero tu marido es gilipollas.

—En eso estamos de acuerdo. —Y nos reímos a carcajadas.

—Vaya, si ya me parecías antes interesante, ahora me pareces la mujer más increíble y extraordinaria, con la que he tenido la gran suerte de tropezar en esta vida.

—Eres un encanto, Gabriel. De verdad.

## Capítulo 69

### DAMIÁN

Estar cenando con mi ex. ¿En qué demonios estoy pensando? Eddy se durmió y papá me recordó la cena en casa de Lucía. Ellos se disculparon, pues debían quedarse con Eddy. Yo asistí. Su padre ha traído a grandes capitalistas. Gente interesada en invertir su dinero en investigación. ¿Qué más podía hacer? Andrea ha salido con Edu y Merche y yo no estaba invitado a ir.

A algunos los conozco del proyecto que nos ha tenido fuera dos años. Es gente a la que hay que convencer para que financien una nueva expedición. Otros son compañeros de la expedición.

Le he mandado mensajes a Edu toda la noche. Él ha ido respondiéndome a lo largo de la velada, mandándome fotos de ellos tres celebrando su salida. Ellas no lo saben, si se enterasen se enfadarían seguro, les ha dicho que andaba con el móvil por trabajo. Es mi mejor amigo y me lo demuestra siempre por más capullo que sea yo. Ya lo sé, lo sé morena, sé que me porté fatal con todos y fíjate, él anda intentando que Andrea y yo esta noche nos encontremos por casualidad. Su último mensaje me ha puesto nervioso.

«Colega, no tardes. Hay un tipo aquí haciéndole ojitos a tu chica y parece que a ella no le disgusta».

Me despido de los asistentes a la cena y, la oportuna de Lucía, pregunta en voz alta dónde voy.

—He quedado con Edu.

—¿Podríamos apuntarnos a esa quedada?

Habla por ella y por algunos de nuestros compañeros de profesión, que también han acudido a cenar a su casa. Todos me miran esperando una respuesta...

—Sí, claro, por qué no...

¡Mierda! Soy gilipollas. ¿En serio me voy a presentar en el mismo local que Andrea con ellos? ¿Con Lucía? Si quiero verla, no me va a quedar otra.

Después de media hora haciendo cola, por fin llegamos al local. Hay mucho ambiente y mis compañeros empiezan a desperdigarse por el lugar. Excepto Lucía, cómo no. Busco con la mirada a Andrea, pero no la veo por ninguna parte. Le mando un mensaje a Edu, avisándole de mi llegada.

Noto un golpecito en el hombro y me giro. Tengo a Merche delante de mí, con cara de pocos amigos. Edu, tras ella. Encoge los hombros. Su novia nos ha pillado. Me coge por la manga de la camisa y tira de mí, me lleva a otra sala del local, donde por lo menos se puede hablar.

—¿Qué haces aquí, Damián? Sé los trapicheos que te traes con Edu, aunque no me parecen bien, lo puedo entender... ¿Pero venir con esa?

—No es lo que crees, Merche.

—No es lo que yo pueda creer lo que debe importarte, si no lo que pensará Andrea cuando os vea a los dos. ¿No le has hecho ya suficiente daño?

—Sé que se lo he hecho y no sabes lo arrepentido que estoy. Pero no me permite hablar con ella, ni acercarme lo suficiente. No sé qué hacer.

—Lo primero, librate de esa lagarta que llevas colgada a modo de Lacoste, y luego yo misma te ayudaré para que habléis.

—Por Lucía no te preocupes. No hemos venido solos. Hay unos cuantos compañeros de la expedición con nosotros. ¿Andrea dónde está? Edu, me comentó que había un chico...

—Nos invitó a venir. —Me interrumpe Merche.

—¿Está con él? —Una oleada de calor invade mi pecho y los celos suben por mi garganta, quemándola a su paso.

—Están allí sentados desde que llegamos y parece que se lo están

pasando bien. —Me indica con la cabeza un sector de los reservados. Me giro y la veo. Está preciosa, lleva un bonito vestido de color lavanda que resalta el dorado de su piel. Incluso con esta iluminación tan mortecina, ella brilla con luz propia. Se ríe, se ríe con un hombre.

Por lo que puedo distinguir de él, desde aquí, es un hombre fuerte, guapo de cara y por lo que parece muy simpático. ¡Mierda! Ella parece estar tan a gusto con él... Y yo lo he jodido todo.

—¿No te vas a acercarla a saludarla?

—No quiero molestarla, parece que se lo está pasando bien. Yo no creo que quiera verme ahora mismo.

—¿En serio? ¿Te vas a rendir con ella?

—Nunca. Pero la he cagado mucho con mi comportamiento, creo que es mejor que me vaya ahora que aún no sabe que estoy aquí.

—¿Vas a darle la oportunidad a ese chico para que la enamore? Porque te puedo asegurar de que a él sí le gusta ella y mucho.

La voy a perder y todo habrá sido por mi culpa, por ser tan imbécil. Veo cómo sigue sonriendo por lo que su acompañante le cuenta, está tan bonita...

—Damián, salúdala. Hazme caso.

He dejado de oírla, cuando me doy cuenta de que mis pasos me llevan hasta su lado.

—Hola, Andrea.

—¡Damián! No esperaba verte por aquí. —Parece tensa, ya no sonrío como hace un minuto.

—Hemos venido a tomarnos unas copas.

—¿Hemos?

—Sí, estoy con parte de los compañeros de la expedición.

—¡Ah! Supongo que tu ex también andará por aquí. ¿No?

—Sí, ella también ha venido, pero con el grupo. Yo, yo tenía ganas de verte y de que pudiéramos charlar un rato, pero veo que estás bien acompañada, no quiero molestarte.

—¡Disculpa! Damián, él es Gabriel, un compañero del curso. Gabriel, él es... mi marido. Estábamos charlando sobre los finales.

—Andrea, yo tengo que irme, pero... —Veo que coge el teléfono de ella y marca—. Ya está, ahora tienes mi número en tu móvil y yo el tuyo. Llámame cuando quieras, siempre será un placer oír tu preciosa voz. —Se está despidiendo. Se marcha, genial. ¿Pero qué hace? Veo cómo su mano acaricia su cintura, la va a besar. No en los labios, pero demasiado cerca. Aún le parto la cara al don Juan este de pacotilla.

Cuando pasa por mi lado, se acerca y me dice lo suficiente bajo cómo para que Andrea no lo escuche, pero yo sí.

—Si dejas pasar tu oportunidad, estaré ahí esperando. Andrea es una mujer increíble, pero está atada a ti. Agárrala y demuéstrole que la quieres o yo sabré hacerla feliz. No lo dudes. —Se marcha dándome una palmada en el hombro.

—¿Qué te ha dicho? —Oigo la voz de Andrea a mi lado.

—Que soy un tipo con suerte. Y ¿sabes qué? Que estoy de acuerdo con él.

—¿A sí? ¿Y eso por qué?

—Porque estoy casado con la mujer más bonita del planeta y porque tenemos un hijo increíble, juntos. —No puedo evitarlo y acaricio su rostro. Ella cierra los ojos y la siento estremecer—. Andrea, ¿podemos hablar? Siento mucho mi comportamiento, yo... —Me mira profundamente a los ojos y cuando su sonrisa empieza a asomar, oigo detrás de mí, al tiempo que unos brazos rodean mi cintura.

—Cielito, ¿dónde te metes? — No, no, noooo. ¡Joder, Lucía!

Andrea pierde su sonrisa y responde a mi pregunta antes de que yo pueda reaccionar.

—Déjalo Damián, creo que tienes otros asuntos que resolver primero. — Y la veo pasar junto a mí como un huracán. Está cabreadísima y con razón. Aparto las manos de Lucía de mi cuerpo y me giro para ir tras mi mujer... pero la veo marcharse con ese Gabriel. ¡Mierda!

—¿Se puede saber qué demonios haces? —Me encaro con Lucía—. ¿Cómo tengo que explicarte que tú y yo no somos ni seremos nunca nada? Ella es mi mujer y tú, tú... aléjate de mí. Déjame en paz de una maldita vez. No vuelvas a tocarme ni a acercarte a nosotros, eres una tía toxica y solo quiero perderte de vista de una puta vez.

—¡Pero Damián... ¡

Salgo del local, casi corriendo, con la esperanza de poder hablar con Andrea. Pero no la veo por ninguna parte. No está, se ha ido con ese tío.

—¡Damián! —Edu y Merche han salido detrás de mí—. ¿Y Andrea? —Pregunta mi amigo.

—Se ha ido con Gabriel. Yo... Mejor me voy a casa, chicos. Mañana hablamos. ¿Vale? —Cabizbajo y con el pecho encogido, regreso a casa, dónde mi niño duerme, ajeno al muro que se está creando entre sus padres. Mi niño.

Lo miro desde el marco de la puerta, llevo su peluche en la mano y lo dejo a los pies de la cama. Me acerco levemente, bajo la barandilla y me tumbo junto a él. Me acurruco a su lado y no puedo evitar que las lágrimas mojen mi cara. Al final me duermo sin saber cómo resolver las diferencias que ahora nos separan.

## Capítulo 70

### ANDREA

Estoy tan enfadada ahora mismo... Esa mujer me saca de mis casillas. Y Damián, ¡Argh! Cómo puede ser tan tonto de creer que hablaría con él estando ella allí. No podía quedarme y ver el descaro de esa mujer, porque la hubiera arrastrado de los pelos... Gabriel me llevó fuera de la discoteca cuando me vio la cara. No preguntó, simplemente cogió mi mano entre la suya y salimos a la calle. Paró un taxi que pasaba en ese momento y subimos a él. No sé qué dirección le da al conductor, me da igual donde me lleve, solo quiero irme, irme bien lejos de Damián y de su inseparable Lucía.

Suena mi móvil. Miro la pantalla; es Merche. Contesto.

— .....

—Estoy bien, no te preocupes. Gabriel está conmigo.

— .....

—No sé a qué hora volveré, pero estate tranquila.

— .....

—No haré nada que tú no hicieras. ¡Vale mamá!

— .....

—Yo también te quiero. Adiós.

Sé que está preocupada que, por despecho, utilice a Gabriel y acabe arrepintiéndome toda la vida. Pero no podría, es un chico tan amable y cariñoso que no sería capaz de utilizarlo de esa forma. ¡Ains, si yo fuera soltera! Otro gallo cantaría. Por qué hay que reconocerlo, Gabriel es una gran persona y está buenísimo.

Cuando hemos salido de la discoteca, todo mi cuerpo estaba en tensión. No entiendo que Damián quiera hablar conmigo con esa mujer pegada a su brazo. ¿No entiende que me duele? ¿Qué ella es parte de nuestro problema? Nosotros... Nunca funcionará.

Gabriel sigue con mi mano entre las tuyas. —Preciosa, estás helada. ¿Tienes frío?

—Estoy bien, solo son los nervios.

—¿Así que ese es tu marido? —Pregunta mientras acaricia mis nudillos—. Parecía con ganas de hablar contigo.

—Sí, ya. Pero no se puede despegar de esa lapa.

—Esa lapa ¿es su ex pareja?

—Sí. La misma. Han estado en la misma expedición y supongo que su acercamiento ha sido intenso estos dos años.

—Después de lo que me explicaste, da esa sensación. Parecía que tenían complicidad después de verla abrazarle por la espalda. Lo siento.

—Ya. Yo también lo siento. Creía que esta relación sobreviviría a esos dos años, incluso al quedarme embarazada, pensé que quizás, al principio, le costaría adaptarse, pero con el amor que habíamos compartido, aceptaría a su hijo con todo su corazón y seríamos una familia... me equivoqué en todo.

—Tú sigues enamorada de él.

No pregunta, lo afirma.

—Supongo que el tiempo lo cura todo.

—Me gustaría acompañarte en esa curación, Andrea. Pienso que eres una mujer increíble y me encantaría conocerte más, mucho más. — Acerca su cuerpo al mío y su calidez me envuelve. Acaricia mi rostro con su mano y un estremecimiento recorre mi columna, sus labios cerca de los míos, me susurran. — Me encantaría besarte en este momento, Andrea. Acariciar tu cuerpo y fundirlo con el mío. Darte todo lo que mi alma siente cuando estamos juntos. Amarte. — Suspira. — Pero no es el momento. Y no puedes ni imaginar lo que me está costando... — Apoya su frente a la mía. — Tienes que aclarar tus sentimientos y poner tu vida en orden. Pero estaré cerca por si

me necesitas. Me gustas, me gustas mucho. – Me mira a los ojos y su pulgar acaricia mi labio inferior. – Y me gustaría seguir conociéndote, si no te parece mal.

—No me parece mal... —Tartamudeo—. Y tienes razón. Tengo que ver si vale la pena arreglar esta relación con Damián y si no... cerrar ese capítulo de mi vida.

—Estaría bien.

—Lo estaría. —Me sonrío y, antes de darme cuenta, me roba un beso fugaz.

—Te dije que me estaba costando.

Me hace reír su espontaneidad. El taxi para frente a un edificio. ¿Dónde estamos? —Le pregunto tímidamente.

—En mi piso. —Paga el trayecto, baja del coche y me ofrece su mano. Una vez en la acera, el taxi continúa su viaje.

—Gabriel, yo no... —Pone un dedo sobre mis labios.

—Vamos a ver una película, a relajarnos y si te quieres quedar a dormir, siempre puedes hacerlo en la habitación de invitados. Puedes estar tranquila, Andrea. Puedo esperar. Vale la pena.

Siento el sonrojo en mis mejillas y me dejo llevar. Ahora mismo es lo que necesito. Un lugar donde pueda relajarme y olvidar, por un rato, lo complicada que se ha vuelto mi vida.

¿Qué dices? Sí, tú la de las gafitas doradas. No, no puedo acostarme con él. Sí, eso es cierto, está crujiente, tengo que darte la razón, Es verdad que me atrae, es atento y considerado ¿Qué mujer no se sentiría atraída por un dios? Pero en todo esto hay un problema... Sigo enamorada de Damián, o eso creo. Por más capullo que sea, sigo recordando los diez días que pasamos juntos, los sentimientos que compartimos, intensos, tanto que nos casamos sin apenas conocernos. Una locura sí, pero en ese momento ni siquiera lo

dudamos. ¿Qué voy a hacer? Lo sé, moreno, lo sé. Tienes razón. Así no podemos seguir. Tengo que hablar con él, pero cada vez que hemos coincidido, desde el día que llegó, Lucía ha estado en medio y así no se puede.

# Capítulo 71

## DAMIÁN

Despierto, tras una noche plagada de pesadillas, me levanto con cuidado de no despertar a mi hijo. Recuerdo momentos en los que el sueño se hacía insoportable. Andrea me miraba, yo acariciaba su precioso rostro, me acercaba para besarla y entonces oía su voz a mi espalda. ¿Qué pasaba? ¿A quién acariciaba? La cara de Lucía sonreía delante de mí. Andrea cada vez más lejos, cada vez más inaccesible. La risa de Lucía por todas partes... ¡Solo fue una pesadilla!

Me siento en el porche. Necesito que Andrea me escuche y sobre todo que perdone a este gilipollas que tiene por marido. No puedo estar sin ella, lo sé desde el primer día. Miro mi móvil y veo que son las seis de la mañana, es muy temprano para hablar, pero si le mando un mensaje lo verá cuando despierte.

«Buenos días Andrea. Tenemos que hablar. Esta situación me supera. Dime cuándo y dónde, y allí estaré, por favor, es importante».

Está en línea y ha leído el mensaje. ¿Por qué está tan temprano despierta? ¿Aún no se habrá acostado? ¿Seguirá con él? ¡Joder! Me voy a volver loco.

«¿Eddy está bien?».

Está preocupada.

«Durmiendo como un tronco. Tranquila».

«Creo que es un buen momento. Lo he estado pensando. ¿Te parece bien si me paso ahora por casa de tus padres?».

Su respuesta me sorprende.

«Estoy en el porche. Aquí te espero».

Va a venir. Mis nervios aumentan por momentos, necesito mantenerme ocupado hasta que llegue. Me levanto y me dirijo a la cocina,

preparo la cafetera, la pongo al fuego y mientras espero, recuerdo que tengo las cartas de Andrea en el bolsillo de mi chaqueta. Sirvo un café en la taza, regreso al porche, me siento y comienzo a leer.

Domingo

Hola mi amor, ya estamos en nuestro quinto mes de embarazo. Aún no me han dicho si será niña o niño. ¿Tú qué preferirías si pudieras elegir? A mí me da lo mismo, lo voy a querer igual. ¿Sabes? Lo he sentido por primera vez moverse en mi interior. He pasado un buen rato sin poder parar de llorar y de reír al mismo tiempo. Merche me abrazaba, pobre, no sabía cómo consolarme. Pienso tanto en ti... siento que te pierdes momentos irre recuperables. Es todo tan surrealista... Te quiero.

Jueves

Llevo dos días en el hospital. Me sentía morir y pensé que algo no iba bien con nuestro bebé. No me equivocaba. Los médicos dicen que debo estar tranquila para que pueda llegar a término el embarazo. Me han estado haciendo pruebas y han descubierto que nuestro hijo tiene un problema de corazón. ¿Te lo puedes creer? No sabes lo que te necesito a mi lado en este momento...

Lunes

Tus padres son un encanto, pasan casi todas las tardes conmigo. Me cuentan cómo eras tú de pequeño, los sustos que les habías dado por tus travesuras... Cada noche me acuesto con una sonrisa pensando en nuestro bebé. ¿Tendrá tu vitalidad y nos volverá locos, como hacías tú con tus padres? Ya falta menos para verle la carita. Te quiero.

Lunes

Siento no haberte escrito en estos meses, he estado algo ocupada, entre otras cosas dando a luz a tu hijo, sí es un niño. Fue algo complicado, pero ya está, todo pasó y ya está con nosotros. Cómo me gustaría que estuvieras aquí y vieras lo bonito que es. Es muy bueno, duerme, come muy bien, es un tragoncete, y caga, sí, sí, caga mucho. Te estás librando del cambio de pañales, ya me lo cobraré cuando vuelvas. Edu dice que también se cobrará su parte. Tengo tantas ganas de que vuelvas, de sentir tu calor y que me rodees con tus brazos, te echo tantísimo de menos... ¿Piensas alguna vez en mí? Yo no dejo de pensar en ti. Ojalá pudiéramos hablar, no sé lo que pensarás en lo de ser padre, estoy algo preocupada, aunque luego pienso que cuando vuelvas y le conozcas te enamorarás de él y seremos una bonita familia... Te quiero.

¿Qué pasó? ¿Tuvo problemas en el embarazo? ¿En el parto? ¿Por qué

nadie me ha contado nada?

—Hijo, ¿estás bien?

La voz de mi madre me sobresalta. Seco las lágrimas que se acumulan en mis ojos, no quiero preocuparla. —Buenos días, mamá.

—¿Has dormido en casa? Pasé por tu habitación, vi la cama sin deshacer y pensé... qué quizás estuvieras con Andrea.

—Dormí con Eddy. Necesitaba estar junto a mi hijo. Andrea viene hacia aquí, espero que podamos hablar, por fin.

—Entonces te dejo, luego la veré cuando se despierte Eddy. Solo escúchala hijo, es una buena mujer y ha pasado por muchas cosas este tiempo.

Mi madre besa mi mejilla y me deja de nuevo solo con mis miedos e inseguridades.

## Capítulo 72

### ANDREA

He pasado la noche con Gabriel. No os escandalicéis, ha sido todo muy inocente. Vimos una comedia en su habitación, tumbados en su cama. Con un bol de palomitas entre nosotros y unos refrescos. Él ha intentado permanecer despierto, pero al final ha sucumbido al dulce placer del sueño. Yo soy incapaz de dormir. Son las seis de la mañana y un mensaje en mi móvil hace que me levante de la cama. Lo hago despacio, no quiero molestarle. Cojo mi teléfono y salgo de la habitación para ver de quien es.

«Buenos días Andrea. Tenemos que hablar. Esta situación me supera. Dime cuándo y dónde y allí estaré, por favor, es importante».

¿Por qué está tan temprano despierto? ¿Habría pasado mala noche mi niño? Enseguida mi preocupación es más fuerte que mi prudencia con él y le respondo al mensaje.

«Eddy, ¿Está bien?».

«Durmiendo como un tronco. Tranquila».

«Creo que es un buen momento. Lo he estado pensando ¿Te parece bien si me paso ahora por casa de tus padres?».

«Estoy en el porche. Aquí te espero».

Entro de nuevo a la habitación donde sigue durmiendo Gabriel. Cojo mis zapatos y vuelvo a salir. Apenas lo miro y no me doy cuenta de que me está observando. Dejo una nota sobre su mesa, explicándole que he tenido que irme con mi hijo. No le miento, aunque omito que voy a reunirme con Damián, no quiero hacerlo sentir mal por mi escapada. Cierro despacio la puerta de su piso y busco un taxi que me lleve a descubrir que va a ser de mi vida.

Pago la carrera y me dirijo a la entrada del jardín de mis suegros. Recibo un mensaje.

«Espero que tú hijo esté bien, llámame luego, si tienes un rato, ya te echo de

menos».

Es tan tierno que me gusta estar con él. Abro el portalón y veo a Damián, sentado en el porche. Tiene una taza de café entre sus manos. Me mira, no despega sus ojos de los míos y me siento vergonzosa. Bajo mi mirada y sigo las losas del camino hasta que llego al porche. Ha bajado los dos escalones y está frente a mí. Levanto mi cabeza y nuestras miradas se entrelazan. Sigo enamorada de él. No puedo arrancarme las sensaciones que despierta en mí y aunque aún estoy dolida por su comportamiento, lo cierto es que tenemos que aclarar de una vez qué será lo que pasará con nosotros, con Eddy, con el presente. Gabriel está despertando emociones en mí que hasta hace poco solo Damián había despertado. Y eso me asusta. Tengo que poner en orden mi vida antes de hacer algo de lo que pueda llegar a arrepentirme.

—Hola. —Susurra.

—Hola. —Respondo de igual modo.

—¿Te apetece un café?

—Sí, gracias.

Coge mi mano y un calor casi olvidado recorre mi cuerpo, creo que él lo ha sentido también. Una leve sonrisa asoma a sus labios y sus ojos adquieren un brillo que no tenían cuando he llegado. Parecía triste y ahora, no sé, parece esperanzado.

Me siento en el porche mientras él entra a por dos cafés. Observo el jardín, Nieves siempre lo tiene increíble, las flores dan la pincelada de colores sobre el verde del césped, cómo una pintura impresionista de Monet. Es un lugar que me relaja.

—Ya estoy aquí. ¿Aún lo tomas con un azucarillo?

—Sí, gracias. —Regreso de mis pensamientos.

Se sienta con la silla frente a mí. Remuevo mi café, nerviosa sin saber

muy bien qué va a pasar. Es la primera vez que estamos a solas desde que llegó.

—¿Cómo estás? —Intento romper el hielo.

—Preocupado.

—¿Preocupado?

—Sí, no sé cómo empezar a disculparme contigo. Me porté fatal cuando llegué, te dije cosas horribles que no sentía. Creí que debía protegerme de ti. Lo siento muchísimo, Andrea.

—¿Protegerte de mí? ¿Por qué?

—Porque me asusté. Te vi con un cochecito y a Edu abrazándote y besándote, dándote todo lo que yo no había podido darte en todo este tiempo: mi cariño y mi apoyo. Pensé que me habías olvidado, que te habías vuelto a enamorar y que habías venido a terminar conmigo en el mismo momento que pisara tierra firme. No quería oírte decir que me dejabas y atacé para defenderme.

Le escucho atentamente. ¿Él también estaba asustado? No salgo de mi asombro. Yo también creí que en estos años cambiaría de idea sobre lo nuestro, que se arrepentiría de nuestros diez días juntos, que encontraría consuelo en brazos de otra mujer... no de cualquier mujer, con Lucía, y eso me mataba por dentro. Sé que ella lo habrá intentado, lo que no sé es hasta dónde le ha permitido Damián llegar.

—Creo que los dos tuvimos temores y que, cuando llegó el momento, no lo hicimos bien.

—Tú no, Andrea. Yo fui el gilipollas, fui yo el que no te dio oportunidad para hablar. No sabes lo que me he arrepentido cada segundo. Mis palabras salían de mi boca y fui incapaz de detenerlas. No sabes lo arrepentido que me siento.

—Quizá todo esto nos viene grande.

—No, no, Andrea. Por favor. No pienses eso, eres lo mejor que me ha pasado en la vida, bueno, y ese hijo tan precioso que me has dado. Un hijo, Andrea...

—Nunca hablamos de tener hijos, no sabía qué pensarías, yo...

—Hiciste lo correcto, es un niño increíble. Quizá hubiera preferido tenerlo más adelante, pero Eddy está aquí y es nuestro. No puedo ser más feliz. Me gustaría devolverte algo.

Saca de su bolsillo el precioso colgante que me regaló en mi cumpleaños. El trébol de cuatro hojas, bueno no, hay una de las hojas que no está cerrada del todo. Porque la suerte hay que buscarla nunca se da por hecha.

—¿Puedo ponértelo?

—Por favor. —Me levanto. Estoy nerviosa, como el día en que me lo puso por primera vez. Aparta el cabello de mi nuca, pasa el colgante por delante de mi cara, una punta de la cadena en cada mano y las lleva hacia atrás. Siento el roce de sus dedos en mi piel. Me estremezco. Acaricia mi cuello y su aliento cálido junto a mi oído me susurra.

—Y el anillo.

Lo cojo, pero no me lo pongo en el dedo.

—Te he echado tanto de menos... Siento tanto el dolor que te he causado, me arrepentiré el resto de mi vida de mi comportamiento hacia ti.

No puedo seguir oyéndolo. Siento su dolor como mío. Sé que le quiero, o por lo menos quiero al hombre con el que me casé. Nos debemos una oportunidad, la que ese viaje nos impidió y se la quiero dar. Quiero saber qué siento entre sus brazos. Me giro y nos miramos a los ojos. La atracción que sentía con él... vuelve a estar presente. Le beso. En este mismo momento me siento bien. No como lo recordaba, pero quizá es por todo lo que nos ha pasado. Paso mis manos por su nuca acercando nuestros cuerpos sin dejar de

besarnos. Sus manos acarician mi cintura mientras me afianzan a él. No siento lo mismo que entonces... Nos separamos. ¡Vaya, menuda sorpresa! No es lo que esperaba sentir.

—Me alegro de que estés aquí. Por cierto ¿de dónde vienes? Sigues llevando el vestido de anoche.

—No te gustará saberlo, Damián.

—Mami, mami, mami. —Eddy se abraza a mis piernas salvándome de responder.

—Hola mi amor. Dame un beso. —Mi niño es un torbellino por las mañanas, lo abrazo y lo subo hasta pegarlo a mi pecho, me lo como a besos —. ¿Dónde has dejado a la abuela?

—Abu.

—La Abuela ya no es tan rápida, ¿eh, diablillo? —Nieves llega a nuestro lado—. Buenos días, Andrea. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Cómo se ha portado este bichillo?

—Como siempre, es un cielo. No quería que os interrumpiera, pero se me escapó.

—No te preocupes, Nieves. Es hora de irnos a casa.

—Os acompaño. —Se ofrece Damián.

—Buenos días.

No me lo puedo creer, ¿otra vez ella?

—Lucía, ayer creo que quedó claro. —Oigo a Damián recriminarle.

—Me lo dejaste suficientemente claro, pero no vengo por eso. Papá me ha dicho que hay dos inversores dispuestos a financiar la nueva expedición. Tienes que venir y hablar con él, hay que fijar una fecha para reunirnos con ellos. En la cena quedaron impresionados contigo y esta mañana estuvieron hablando con mi padre. Tienen muchas ganas de empezar el proyecto.

Veo la indecisión en Damián. Se lo voy a poner fácil.

—Eddy y yo nos vamos.

—Espera, tenemos que hablar.

—Podemos hacerlo en otro momento, creo que eso de lo que habla Lucía es importante para ti.

—Lo es, pero ahora...

—No te preocupes. Llámame cuando termines y hablamos, ¿vale? Venga cariño, vamos a darles un besito a los abuelos y nos vamos a ver a tita Merche, ¿sí?

—Pues si no te importa me quedo... Luego te llamo, Andrea.

Salgo de casa de mis suegros disgustada, ¿en serio es más importante lo de esos inversores que nosotros? ¿Su familia? Aunque bien mirado es lo mejor. No he sentido mariposas en mi estómago. No siento lo mismo que antes por él. Cojo un taxi con mi hijo y doy la dirección de casa. En el trayecto, mi móvil vibra. Ha entrado un mensaje. Lo miro y me ruborizo. Gabriel. Lo abro y lo leo.

«¿Estás ocupada?».

«Voy con Eddy, camino de casa».

«¿Queréis Eddy y tú desayunar conmigo? Me siento muy solo en casa».

«¿Crees que será buena idea?»

«Si es contigo, la mejor. Así me presentas a tu hijo».

«Esta bien. Vamos en taxi, en diez estamos ahí».

«Os espero».

No sé si será una locura, pero me apetece estar con él y olvidarme del resto.

## Capítulo 73

### GABRIEL

Sé que entro tarde en esta historia, aun así, me presentaré como es debido. Mi nombre es Gabriel. Tengo veintidós años recién cumplidos. Estudio tercero de empresariales y coincido en algunas clases con Andrea. Esa preciosa mujer que me tiene loco desde que la vi por primera vez. Trabajo cuando salgo de la universidad en una empresa de la ciudad. No tengo pareja y no porque no me busquen las chicas, nunca he buscado nada serio con ninguna, pero es que, desde hace dos años, desde que apareció, no he tenido ojos nada más que para ella. Observé cómo cambiaba su cuerpo por el embarazo y os aseguro que nunca había visto nada tan bonito. Sentía envidia de su pareja. De las sonrisas que le dedicaría a él. Era una mujer inalcanzable y yo me conformaba con verla y hablar con ella alguna vez. Coincidir por los pasillos...

Pero entonces algo cambió. Oí que su marido había estado fuera y que, a su regreso, no había estado demasiado amable con ella. Coincidir con Andrea y su amiga en el centro comercial fue como si se iluminara mi día y decidí dar un paso más, conocerla mejor.

En la discoteca, lástima que llegara su marido en ese momento, nos lo estábamos pasando realmente bien. Aunque el comportamiento de esa mujer que lo abrazó no me gustó ni a mí. No perdí de vista a Andrea y, cuando la vi salir, no pude contenerme. La cogí por la mano y la saqué de allí.

Luego de tenerla en mi casa, en mi cama. Sé que aún tiene cosas que arreglar en su vida, pero no me importa esperar, como le dije a ella, vale la pena.

Vosotros seguís su historia desde el principio y supongo que pensáis que Damián es un buen tío, quizás lo sea, pero si yo estuviera casado con ella, jamás me hubiera alejado de su vida.

Llaman a la puerta. Ya están aquí, estoy nervioso por conocer a su hijo. Ya sé que aún es pequeño, pero quiero gustarle. Quiero que ambos se sientan cómodos a mi lado.

No, tío. Sí, tú, el de la coleta. No me gusta lo que insinúas. No voy a seducirla engatusando a su hijo. No me voy a aprovechar de que pueda estar vulnerable por lo que está pasando en este momento. Solo quiero verla sonreír. Cuando resuelva su situación con su marido, actuaré en consecuencia. O me apartaré sin mucho ruido o me quedaré para no soltarla jamás, si ella quiere, claro. Lo que ahora mismo tengo que hacer es preparar unas tortitas para mis invitados, si me disculpáis.

Abro la puerta y ahí está ella, preciosa a pesar de que unas sombras oscuras se han instalado bajo sus bonitos ojos. A su lado, un pequeñajo se agarra a sus piernas.

—Buenos días. —La miro y la beso en la mejilla. Necesitaba sentir su piel contra la mía y esa es una buena forma de lograrlo sin sobrepasar los límites. Me pongo a la altura de su hijo y lo miro. —¿Tú eres, Eddy?—. Me observa y mueve su cabecita afirmando. —¿Te gustan las tortitas? —Repite el gesto—. Pues vamos a comer ¿Quieres? —Le ofrezco mi mano y ante mi sorpresa, la coge sin dudar. Creí que iba a ser más difícil. Me levanto y veo la sonrisa en los labios de Andrea—. Pasad, por favor.

Los guio por el interior de mi casa, hasta la cocina. Siento a Eddy en uno de los taburetes de la barra de desayuno y Andrea se pone a su lado.

—¿Te echo una mano? —Pregunta sonriendo.

—No, tranquila. Todo está bajo control. —Me muevo por la cocina con seguridad. Hace años que vivo solo y siempre me ha gustado cocinar. Le pregunto cómo ha empezado su día. Su semblante se ensombrece apenas un segundo, pero yo lo noto.

—Bien, fui a buscar a Eddy a casa de mis suegros. Mi ... mi marido

estaba allí, creo que aclaramos lo sucedido a su llegada. Aunque luego volvió a aparecer esa mujer y las prioridades de Damián volvieron a cambiar... Bueno, da igual. No quiero estropear este desayuno tan increíble que nos has preparado. Tiene una pinta increíble.

Me sonrío, pero puedo leer la decepción en sus ojos. Decido cambiar de tema.

—Pues si este desayuno te parece increíble, cuando queráis os preparo una comida para que os chupéis los dedos.

Después de desayunar y jugar un rato con Eddy, nos sentamos en el sofá. Pongo una película infantil y nos quedamos los tres tranquilos. El peque acaba quedándose dormido, con su cabeza en las piernas de su madre y los pies sobre las mías.

—Gracias por mejorar un día desastroso. —Susurra apoyando la cabeza en el sofá, mirándome.

—Gracias a ti por querer pasar un rato conmigo y por dejarme conocer a tu hijo. —Descanso en la misma posición que ella, mirándola a los ojos. Sonríe y esta vez sus ojos tienen un brillo asombroso.

—Tendríamos que irnos. No quiero abusar de tu hospitalidad.

—Me gusta teneros aquí, Andrea. El que abusa soy yo, soy afortunado de teneros aquí y no quiero que os vayáis.

Su mano acaricia la espalda de su hijo, en movimientos tranquilos y constantes. Es relajante observarla. Me aproximo lentamente y aparto un mechón rebelde que cubre parte de su rostro, poniéndolo tras su oreja. Rozo su lóbulo con mis dedos. Es tan suave. Observo su reacción.

Sus ojos se entrecierran relajados, su boca se entreabre y un suave suspiro hace que mi corazón se salte un latido. Es erótica y sensual y creo que no se ha dado cuenta de ello.

En este momento te besaría, Andrea. Te comería esa boca que me

tiene loco, besaría cada centímetro de tu delicada piel. Te haría estremecer de pasión. Pero tu vida ya es suficientemente compleja para que ahora llegue yo y lo complique más. Tengo que ser paciente y darte el espacio que necesitas.

Mis pensamientos me están excitando y no quiero incomodarla.

—Voy a por un vaso de agua, ¿te apetece tomar algo?

—Agua estaría bien. ¿Puedo acostar a Eddy en tu cama?

—Claro, espera, yo lo llevo. —Me inclino, paso mis brazos por debajo del cuerpecito de Eddy y lo cargo hasta la habitación.

—Ponlo en el centro. —Hago lo que me indica y, suavemente, para evitar que despierte, lo dejo sobre la cama. Me incorporo y veo a Andrea rodearle con las almohadas a modo de barrera protectora—. No suele dar muchas vueltas, pero es mejor prevenir. —Comenta en voz baja. Coge mi mano, entrelaza sus dedos con los míos y me guía hacia el salón, donde en la televisión siguen apareciendo las imágenes de la película infantil. Nos sentamos uno junto al otro.

—¿Te apetece ver algo? —Niega con la cabeza. Cojo el mando del televisor y la apago.

—¿Cómo es posible que logres que me sienta tan bien contigo? Apenas nos conocemos y ya sabes de mi vida, te he presentado a mi hijo e incluso a mi marido... ¿Cómo lo haces?

—Andrea, yo no hago nada. A mí me sucede lo mismo contigo. Haces que me sienta vivo y que quiera ser mejor.

Acaricia mi cara.

—Eres un gran tipo, Gabriel. Me alegra haberte conocido.

—El placer es mío, Andrea. Gracias a ti por dejarme conocerte.

—Pero sigo siendo una mujer casada y no quiero complicar más el asunto.

—Lo sé. —Pongo mis dedos sobre sus suaves labios, no quiero que

diga nada. Yo entiendo su situación y así se lo hago saber—. Andrea, no te agobies pensando en no herirme. Soy consciente de que tu vida en este momento es algo caótica y que tienes que pensar en lo que tu hijo y tú necesitáis para ser felices. No te preocupes, de un modo u otro, si tú quieres, estaré cerca de vosotros.

—Gracias. —Sube las piernas al sofá y se acurruca junto a mí; su cara y su mano en mi pecho, calentando mi torso con su aliento y su tacto.

Paso mi mano sobre su hombro afianzándola a mí. Apoyo mis piernas en la mesita de café y nos relajamos. Huelo su cabello y cierro los ojos ante el perfume que desprende, que embriaga mis sentidos.

Sí. Definitivamente quiero a esta mujer en mi vida.

Poco a poco nuestras respiraciones se ralentizan y siento como el sueño acaba por vencernos.

## Capítulo 74

### DAMIÁN

No me ha gustado que Andrea se haya ido enfadada de nuevo, pero que esos inversionistas se hayan interesado por continuar financiando el proyecto por el que llevo tantos años luchando, ha sido una grata sorpresa. Lucía ha insistido en que debíamos acudir a la reunión e informarnos de cuáles serán los puntos por tratar.

—Nuestra investigación está en manos de esos hombres y debemos implicarnos si esperamos que su dinero nos lleve de nuevo de expedición. ¿No pretenderás quedarte sentado a esperar? Vamos, Damián, hay que perseguir los sueños, tú me lo enseñaste. ¿Recuerdas?

Cómo olvidar los principios, cuando apenas dormía buscando a alguien que quisiera financiar mis sueños. He luchado toda mi vida por este proyecto. Pero ahora tengo una familia, he de ser responsable por ellos. ¿Y a qué me voy a dedicar? ¿A dar clases de biología en alguna escuela? Toda mi vida cambiará. ¿No volveré a embarcar en ninguna expedición?

Pero yo amo a Andrea y quiero estar con mi hijo, verlo crecer. No debería ni planteármelo, pero es tan tentador. Una nueva aventura siempre es tan excitante... Basta, no puedo pensar en todo esto ahora. Tengo que saber qué sucede en esa reunión y hablar luego con Andrea. Sí, eso haré. Seguro que entre los dos encontramos una solución.

## Capítulo 75

### ANDREA

Abro los ojos y al principio me cuesta ubicarme. ¿Dónde estoy? Al centrar mi vista veo a Gabriel recostado en el sofá. Está dormido, así que aprovecho para observarle. Es un hombre muy atractivo. Sus largas pestañas esconden esos ojos negros que me devoran cuando se posan sobre mí. Su mirada me hace estremecer por todo lo que me transmite. Sigo fijándome en sus labios perfectos, no muy gruesos, pero son suaves y cálidos. Apenas me ha rozado con ellos y he sentido mi piel arder con su contacto. Sigo observando y me doy cuenta de que nuestras manos siguen unidas. Me gusta la sensación de protección que tengo cuando está a mi lado.

Luego, por otro lado, está Damián. Ya no estoy segura de mis sentimientos hacia él. Deseaba que volviera, que me abrazara y todo volviera a ser como aquellos diez días que pasamos juntos. Pero no fue así. Le quiero, o creo que debo quererle. Él me ha dado lo más importante de mi vida, mi niño, y no estoy segura de que sucederá con nosotros como familia... Demasiadas cosas nos separan.

Vuelvo a mirar a Gabriel. Veo subir y bajar su pecho, acompañando su respiración. Es hipnótica. Entonces me doy cuenta de su sonrisa.

—¿Te gusta lo que ves? —Pregunta mientras clava su mirada en mis ojos.

—No está nada mal. —Respondo coqueteando.

—Me alegro de que sea de tu agrado lo que ves. —Él también flirtea conmigo—. ¿Has descansado?

—Sí, tu sofá es muy cómodo.

—¿Mi sofá? ¿Y mi cuerpo, que sirvió para que descansaras tu cabeza? Yo soy más cómodo que este mueble.

—Tienes razón, eres muy acogedor. —Aproximo un poco mi rostro al

suyo—. Muy cálido. —Un poco más cerca—. Creo que tengo que dártelas gracias. —A un suspiro—. Gracias. —Beso despacio sus labios, apenas un roce que activa mis sentidos.

Se aparta y me mira con deseo. Acaricia mi rostro, apoya su frente en la mía y susurra.

—Aún no, Andrea. Me encantaría devorarte, pero no es el momento. Hay cosas que aún tienes que aclarar, ya sabes que estaré a tú lado, pero debes tener claro lo que quieres. Si arreglas tu vida y tu marido permanece en ella, respetaré tu decisión. Pero no quiero crearte más dudas, y si ahora te besara como deseo, no te dejaría salir de mi vida.

—Estoy tan confusa, Gabriel. Por un lado, Damián no es el hombre que recuerdo, con el que me casé, es tan diferente... Lucia, esa mujer siempre metiéndose en medio de nuestra relación, siempre incordiando. Luego está su trabajo y los inversores de los que depende para sus expediciones... Es todo tan complicado.

—Lo entiendo, de verdad. Han pasado muchas cosas en tu vida en pocos días. Tómalo con calma. Habla con tu marido. Decide lo que es mejor para ti y tu hijo. Siempre estaré ahí para lo que necesites, mientras tú quieras que esté.

—Debería marcharme, se está haciendo tarde.

—Os llevo.

—No es necesario. Hoy ya hemos abusado demasiado de ti.

—Para nada, Andrea, no es ninguna molestia, te lo aseguro, es una oportunidad de poder pasar un rato más con vosotros.

—Entonces voy a buscar a Eddy y podemos irnos.

Tengo que irme, alejarme de él, arreglar mi vida y tomar decisiones y a su lado es muy difícil. Solo me apetece besarle y olvidarme del resto.

Llegamos a casa, Gabriel nos acompaña a la puerta.

—Lámame cuando quieras, Andrea. —Acaricia mi mejilla—. Para lo que necesites.

—Gracias por todo, Gabriel. —Sonrío—. Hasta luego. —Siento una presión en el pecho al separarnos, pero sé que en este momento es lo mejor que podemos hacer. Mi vida es un caos y tengo que ordenarla.

## Capítulo 76

### DAMIÁN

La reunión con los inversores ha sido increíble. Están dispuestos a financiar otra expedición y quieren empezar con los preparativos cuanto antes mejor. Desean aprovechar el viaje para concretar detalles y confirmar nuestra colaboración en el proyecto. Estoy tan emocionado con todo el proyecto que apenas he recordado durante la reunión que Andrea y yo tenemos que hablar. No sé cómo reaccionará cuando le cuente el nuevo proyecto en el que me voy a embarcar... Sé que volver a marcharme en este momento no es lo mejor para nuestra relación, pero es mi sueño y se está cumpliendo.

La llamo por teléfono.

—Hola, Andrea. ¿Te pillo en un mal momento?

—No, está bien.

—¿Podemos quedar? Creo que tenemos que hablar.

—Me parece bien. ¿En la cafetería del centro?

—Es un buen lugar. ¿En media hora?

—Allí nos vemos.

Voy a la cocina y mamá está preparando la comida.

—Buenos días.

—Buenos días hijo, te veo radiante. ¿Habéis arreglado Andrea y tú vuestras cosas?

—Aún no. —Me quedo pensativo.

—¿Qué ronda por tu cabeza?

—Me han propuesto volver a embarcarme en una nueva expedición.

—¿Vas a irte de nuevo? ¿Y tu familia? ¿Dónde les deja a ellos esa propuesta?

—No lo sé, mamá. No lo sé.

—No quiero que les hagas daño, Damián. Eddy es nuestro nieto y

queremos seguir viéndolo y cuidándolo. Son parte de la familia, pase lo que pase entre vosotros. Recuérdalo.

—Lo hare, te lo prometo. No quiero hacerles daño, los quiero.

—Entonces sé sincero con ella. Dile lo que sientes.

—Tengo que irme. —Beso su rostro y salgo de casa pensando en lo que acabo de hablar con mi madre. Es una mujer sabia.

## Capítulo 77

### ANDREA

He llegado diez minutos antes a la cafetería. Estoy bastante confundida con mis sentimientos en este momento y necesito pensar con claridad, Sé lo que sentía por Damián cuando nos conocimos. Pero ahora mismo es un desconocido para mí. Y por otro lado está Gabriel... ¡Ains, Gabriel! Es como una brisa fresca en mi vida, me siento tan atraída por él, es tan respetuoso con mi situación actual... Y tiene toda la razón, sigo casada con otro hombre y lo que no quiere es inmiscuirse en esa historia y no quiere influenciar mi decisión. ¡Tío listo!

—Hola Andrea. —Damián ha llegado. Se inclina para besarme en los labios y giro mi rostro para que me lo dé en la mejilla. No quiero que me bese. No parece sorprendido.

—Hola Damián. Siéntate, por favor. —Aviso a la camarera y le pedimos nuestros cafés. Cuando nos quedamos solos, nos miramos. Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Parece que estamos buscando en el otro a la persona de la que nos enamoramos durante esos diez días, hace ya dos años, y que ya no está ahí.

—¿Cómo está Eddy?

—Bien, se ha quedado con Merche.

—Andrea, de verdad, siento mucho mi comportamiento...

—Deja de disculparte, Damián. Yo ya te perdoné.

—Sí, claro. —Ese silencio precede a una tormenta, lo siento en mi interior—. ¿Cómo te va en la universidad?

—Va bien, ya pronto tenemos los exámenes finales y terminaremos tercero. ¿Y tú? ¿Cómo fue tu reunión con los inversionistas?

—Verás, de eso quería hablar contigo. Nos han propuesto una nueva expedición, seguir donde lo dejamos. Es una gran oportunidad, hablan de

financiar cinco años de investigación. ¿Te lo imaginas?

—¡Vaya! Eso es mucho tiempo... ¿Y qué pasa con nosotros?

—No lo sé, Andrea. No lo sé. Sé que te quiero, pero...

—Damián, yo también tengo dudas con respecto a nuestra relación.

Cuando nos casamos estaba tan enamorada de ti que hubiera parado el mundo porque lo nuestro funcionara. Pero te fuiste. Dos largos años en los que mi vida ha sufrido cambios importantes. Mi hijo el más importante de ellos.

—¿Sigues queriéndome?

—Sí. Sé que te quiero, eres el padre de Eddy, pero no siento la pasión que sentía.

—Yo también te quiero, y me pasa lo mismo. Aquella pasión fue intensa, ¿verdad? Me encantaba besarte cuando te ponías nerviosa.

Me río por su último comentario. Ahora paro para respirar. Sonríe.

—Fue increíble. Nunca podré olvidar todas las sensaciones que compartimos. Pero con el paso del tiempo, creo que se fueron difuminando hasta quedar en un cariño diferente. Más simple.

—Una vez reconocí lo egoísta que era y creo que no he cambiado mucho en ese aspecto. Quiero ir a esa expedición, pero...

—Damián, yo no voy a ser un obstáculo en tu vida. Tranquilo.

—¡Vaya! Creí que...

—¿Montaría un espectáculo?

—Sí, algo así. —Sonríe—. Pero debí recordar que no eres como las demás mujeres, eso fue una de las cosas que me enamoraron de ti. —Coge mi mano sobre la mesa—. ¿Crees que, si me hubiera quedado, esto sería diferente?

—Seguramente no estaríamos teniendo esta conversación. ¿No crees? No lo sé, Damián. Nunca lo sabremos. Vivimos algo intenso, pero acabó.

—Tienes razón. Fueron especiales esos días, ¿verdad?

—Lo fueron, muy especiales, no lo dudes nunca.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Y Eddy?

Respiro profundamente, porque, aunque me duele que nuestra historia no haya funcionado, creo que la solución es continuar nuestra vida, cada uno por su lado.

—Supongo que tendremos que hablar con un abogado y arreglar los papeles del divorcio. Eddy siempre será tú hijo y tus padres sus abuelos. Eso no cambiará. Podrás embarcarte y perseguir tus sueños sin tener que preocuparte por nada más que vivir, porque eso es lo único que importa, Damián. Vivir. Tu hijo siempre será parte de ti y tú de él.

—Eres una mujer increíble, Andrea. Gracias por hacerlo todo tan fácil.

Seguimos charlando un rato como un par de amigos, que hace tiempo que no se ven. Me cuenta los proyectos en su nueva aventura y veo ese brillo ardiente en sus ojos. Él ha nacido para ser libre, para vivir al máximo su pasión y esta es la imagen que atesoraré, del hasta hoy mi marido, para cuando mi hijo quiera que hablemos de él.

—¿Sabes las cartas que prometimos escribir? Solo escribí una, no fui capaz de escribirte en esos dos años más que una carta. Me da vergüenza admitirlo, pero estuve tan ocupado... Lo dicho, siempre he sido un egoísta, incluso cuando más te echaba de menos. Sé que ya no es importante, pero me gustaría que la tuvieras. Es tuya.

Me entrega el sobre y nos despedimos con un abrazo, con la promesa de que seguiremos en contacto mientras no esté incomunicado. Me dirijo a casa. Saludo a Merche y le cuento cómo ha ido mi reunión con Damián. Se sorprende con lo de la nueva expedición y entiende mi postura de no alargar más nuestro matrimonio. La vida continúa y yo debo hacerlo con ella. Entro en mi habitación y me siento en la cama. Cojo el sobre y saco las dos hojas

que hay en su interior.

Querida Andrea,

Hoy por fin me he sentado para escribirte unas líneas. No soy muy dado a las letras, así que te pido disculpas por mi falta de ellas. Aquí la vida es muy intensa, apenas podemos relajarnos, pero es tan increíble la experiencia que todo el esfuerzo vale la pena. Echo de menos tu sonrisa y tu manera de ser. Aquí siempre hay cosas que hacer, así que desconectamos del resto del planeta la mayor parte del tiempo.

Llevo días evitando a Lucía. Se me insinuó descaradamente en la fiesta que hicimos al llegar. Luego, se disculpó alegando que había bebido demasiado. La misma Lucía de siempre. Aun así, no deja de buscarme. No pienso caer de nuevo en sus artimañas. Ahora estás tú. Mi mujer. Y ante todo, te debo respeto.

Hace ya seis meses que estamos aquí. El trabajo de investigación empieza a dar resultados y todos estamos eufóricos. Son grandes avances para la humanidad y estoy orgulloso de haber colaborado para conseguirlo. Espero que te enorgullezcas de tu marido. Me gustaría saber cómo te va todo en la universidad. Cómo te va con mis padres, bueno, concretamente con mi padre. Espero que las cosas vayan bien entre vosotros, pero no podré saberlo hasta que vuelva. ¿Verdad?

Me gustaría tenerte aquí, a mi lado, pero luego pienso que te aburrirías muchísimo y pasarías mucho frío. El frío es extremo.

Apenas pasamos un par de días seguidos en el campamento base. Salimos muy seguido para aprovechar cada instante de esta expedición. Es fascinante.

Hace un par de semanas una compañera sufrió un accidente que le impide realizar su trabajo, así que todos vamos un poco más cargados de faena.

No me quejo, es otro modo de mantenerme distraído y no pensar en lo que dejé atrás cuando embarqué. El tiempo pasa y cuando nos queramos dar cuenta nos volveremos a ver. ¿Me echas de menos? ¿Te arrepientes de ser mi esposa? A veces me lo pregunto. ¿Realmente me esperarás? En estos momentos, tanto tiempo de no saber de ti, me hace dudar sobre si no nos precipitamos, si fue justo para ti. Eres tan joven...

He de dejarte, acaban de avisarnos de que, en un rato, salimos de nuevo a explorar. Espero que, pase lo que pase, intentes ser feliz siempre. Yo lo soy. Si dispongo de otra ocasión volveré a comentarte cómo va mi vida por aquí.

Hasta pronto.

Te quiero.

Nuestro amor estaba sentenciado desde el momento en el que embarcó. La distancia hace el olvido y él olvidó lo que sentimos durante

aquellos diez días en los que cometimos la locura de casarnos. Su investigación siempre fue lo más importante para él y tras la conversación que hemos mantenido hace un rato, veo que sigue siéndolo. Me alegro de que eso le haga feliz. Nosotros siempre tendremos una relación, tenemos un hijo juntos y eso no cambiará jamás.

Salgo de la habitación con el peso de mi corazón más ligero después de leer la carta. Sé que tengo que solucionar otro tema que tengo pendiente.

—Merche, ¿puedes quedarse un rato más con mi niño? Aún me queda solucionar otro asunto.

—Pues claro, tonta. ¿Con quién va a estar mejor que con su tía?

—Gracias tita Merche. ¿Qué haría yo sin ti? En un rato vuelvo.

—Si tu asunto tiene los ojos negros, no tengas prisa.

Me río a carcajadas, cómo me conoce la jodida.

—Quizá no tenga nada de prisa, pero sigo teniendo un hijo.  
¿Recuerdas?

—No, te preocupes, Edu y yo lo llevaremos luego a la feria, así que tú misma.

—Genial, luego te llamo para ver por dónde estáis. —Nos abrazamos y salgo de mi casa.

Monto en “mi coche” y arranco el motor. El suave ronroneo acaricia mis oídos y, al pisar el acelerador, la adrenalina corre por mi sangre. Todo está bien. Todo está como debe ser.

## Capítulo 78

### GABRIEL

Hace horas que se fue y sigo oliendo su aroma en mi ropa. Abro el libro, los finales están cerca y tengo que estudiar, pero mi mente regresa a esa preciosa mujer que hace que mi vida se tambalee. Así no hay quien se concentre.

Suena un mensaje en el móvil. Sonrío sin querer evitarlo. Es ella.

«¿Estás ocupado?».

«Intentando hincar los codos. ¿Y tú?».

«Delante de tu puerta. ¿Bajas?».

«Dos minutos».

No quiero pensar en qué la ha traído hasta mi casa. La voy a ver de nuevo y eso es lo que me importa ahora mismo, aunque quizá sea la última vez... Quizá ha hecho las paces con su marido y van a ser una pareja normal. Tendré que aceptar su decisión. Y lo peor es que seguro que a él no le va a gustar que seamos amigos. No quiero darle vueltas al tema. Cojo las llaves y vuelo por las escaleras hacia abajo.

Al salir a la calle, la veo apoyada en un precioso Mustang Cabrio del 67. ¡Madre mía que preciosidad de coche! Me mira y me sonrío. Lleva un vestido que realza cada curva de su impresionante cuerpo.

—Hola. —Parece tímida.

—Hola. —Beso su mejilla, necesito sentir el roce de su piel con la mía, aunque sea brevemente—. ¿Qué haces por aquí?

—He venido a contarte una cosa, ¿tienes tiempo?

—Para ti siempre, Andrea. ¿Qué ocurre?

—Solo quería decirte que he hablado con Damián y que después de hacerlo hemos llegado a la misma conclusión. Nos queremos, pero como amigos. Tenemos un hijo en común, pero la pasión la perdimos en ese tiempo

que estuvo lejos y hemos tomado una decisión. En unos días, volveré a ser una mujer libre y quería que lo supieras.

—¿En serio? ¿Os vais a divorciar?

—Sí, su abogado preparará toda la documentación y en unos días estará solucionado.

No puedo evitar sentirme pletórico, la abrazo y giro con ella en brazos. Su risa es espontánea y fresca. Detengo mi euforia lentamente y bajo su cuerpo pegado al mío, quiero sentirla cerca, muy cerca... Nuestras miradas se entrelazan y su preciosa sonrisa ilumina mi vida.

—¿Sabes una cosa? —Pregunta pegada a mis labios—. Hoy es un gran día...

Nuestras bocas se reclaman y ya no hay quien me separe de ella. Ni hoy ni para el resto de nuestra vida.

—¿Quieres subir? —Consigo preguntarle.

—Me encantaría.

Cojo su mano y entramos en el edificio. Pasamos al interior del ascensor y cuando creí que nadie podía interrumpirnos para besarla a gusto, la vecina del sexto entra tras nosotros mirándonos, con no muy buena cara.

—¡Buenas tardes! —Nos saluda. Ambos sonreímos.

Bajamos en mi planta y, cuando las puertas se cierran, empezamos a reírnos. Abro la puerta de casa y la invito a entrar. Sonríe y pasa por delante de mí, provocándome un infarto con ese movimiento de caderas. Cierro la puerta y, al girarme, Andrea salta sobre mí, enredando sus piernas en mis caderas. La cojo por la cintura y la miro a los ojos.

—Me tienes loco, Andrea.

Pone sus manos rodeando mi rostro y lentamente aproxima su boca a la mía. Cuando sus labios están a punto de rozar los míos, susurra

—Tengo muchas ganas de estar contigo, Gabriel. Pero estoy asustada.

—No tengas miedo Andrea, esto no es un capricho... Me gustas mucho. Quiero conocerte. Compartir... compartir todo contigo, si tú estás dispuesta.

—Lo estoy... Pero paso a paso, sin prisas. —Oigo su respuesta y no puedo esperar más, atrapo sus labios con los míos, la necesidad de sentirla es tan imperiosa que casi no puedo ni respirar. Ella es la bocanada de aire fresco que necesito ahora mismo. Sus manos acarician mi nuca, las mías rozan su intimidad por encima de sus braguitas. Separa su boca de la mía y sin separar sus ojos de mi mirada, empieza a desabrochar los botones de mi camisa. Se acerca y lame mi cuello. Oh, Dios, ¡me mata! Continúa desabrochando hasta que llega al pantalón, pero no se detiene en la incursión. Mis pantalones descienden por mis piernas hasta quedar atrapados en mis tobillos. Acaricia mi sexo por encima del bóxer.

—Andrea... —Vuelve a devorarme la boca y ya no hay vuelta atrás, voy a hacerla mía hoy, mañana y el resto de mi vida.

Ando como puedo con ella en brazos hasta mi habitación. La deslizo sobre la cama sin separarme de ella. Saco a patadas mis zapatos y mis pantalones. Me agacho un breve momento y me quito los calcetines. Busco en el cajón de la mesita un preservativo, me lo arrebató de las manos y bajando con los pies mi bóxer, lo coloca en mi erección, dándome un placer que ni se imagina.

—Andrea... —Solo puedo pronunciar su nombre, aún no me creo tenerla entre mis brazos. Por favor, gente, si estoy soñando, no me despertéis todavía.

Bajo sus braguitas, las saco por sus pies y las lanzo al suelo, mientras ella se ha deshecho de su vestido y del sujetador. Por fin estamos piel con piel, por fin siento su calor junto a mi cuerpo. Es tan erótica la situación que no sé si en este primer asalto estaré a la altura. Pero tenemos todo el tiempo

del mundo para amarnos.

## Capítulo 79

**ANDREA**

La vida me ha demostrado que siempre te puede sorprender. Primero Damián, del que me enamoré locamente y, creo, que todo hubiera sido distinto si hubiéramos permanecido juntos cuidando nuestra relación con cariño. Seguramente no hubiera acabado de esa forma. Pero la vida ya había trazado nuestros caminos y nos separó. Ahora ha puesto a Gabriel en mi vida y en la de mi hijo, es un buen hombre, atento y cariñoso. Me ha enseñado que existen las segundas oportunidades. Así que pienso disfrutar del paseo a su lado, hasta que el tiempo lo quiera, eso sí, sin prisas.

## EPÍLOGO

Han pasado cinco años desde mi divorcio y tres desde que Gabriel y yo nos fuéramos a vivir juntos. Esperar, esperar, de uno en uno. Dime morena, sí, nos lo tomamos con calma. Gabriel deseaba compartir cada instante de nuestras vidas, pero decidí que esperar antes de dar ese paso era lo correcto. Esta vez quería tomármelo con calma. Supongo que me entendéis. Os cuento con más detalle lo que pasó durante esos años.

Damián siguió sus sueños y a los pocos días de firmar los papeles de la disolución de nuestro matrimonio, embarcó en una nueva expedición. Lucía era parte del grupo, pero unas semanas antes de embarcar tuvo una mala caída y se partió una pierna. ¿Sería el karma? Que conste que no me alegro de su accidente, pero me alegré por Damián, por fin se libraba de ella. Esta vez no estuvo tanto tiempo sin comunicarse. Cada seis meses tenían unos días de permiso. Estaban demasiado lejos para hacer una escapada para volver a casa, pero regresaba por unos días a la civilización. Ahí aprovechaba y hablábamos por Skype para que Eddy tuviera presente a su padre y Damián pudiera ver como crecía su hijo, aunque fuera en la distancia. En una conversación me habló de la bióloga que sustituyó a Lucía en la expedición. Me contó lo profesional que era y lo mucho que tenían en común. Me pareció que estaba realmente interesado en esa chica. En su siguiente permiso, mis sospechas fueron confirmadas. Nos presentó a Marta. Llevan cuatro años juntos y, desde entonces, veo a Damián feliz con su vida.

Mis padres acabaron mudándose para estar más cerca de su nieto y se llevan genial con mis ex suegros. Con Gabriel decidí que si realmente era el hombre de mi vida podíamos disfrutar de nuestra relación sin prisas. No quería volver a equivocarme. La atracción que sentí desde un principio por él fue creciendo hasta que no tuve dudas sobre nosotros. Me había vuelto a enamorar. Y esta vez, pude saborear cada momento.

Gabriel insistía en vivir juntos, pero yo me resistía, no me preguntéis el porqué. Supongo que no quería apresurarme en esa decisión, No quería que algo se estropeará entre nosotros y que Eddy sufriera por ello. Necesitaba estar segura al cien por cien. Y aquel día lo supe. Aquel día me demostró quién era él.

Estábamos con Merche y Edu, celebrando el final de carrera en una discoteca de la ciudad. Mientras nuestros chicos iban a la barra a pedir las bebidas, nosotras bailábamos en la pista. Lucía se acercó hasta donde estábamos y me dio un empujón.

—¿Sabes que Damián se ha echado novia? —Vi su mandíbula apretada.

—Algo me comentó.

—Es el padre de tu hijo, ¿no? ¿Y no te molesta?

—Lucía, no voy a darte explicaciones, al igual que yo no las necesito de Damián. Te recuerdo que estamos divorciados. Y sí, es el padre de mi hijo, pero si él es feliz con esa mujer, nosotros también.

—Eres una desgraciada, primero me lo robas y ahora le animas a que esté con esa zorra.

—Yo no he hecho nada de eso, Lucía. Déjalo.

Empezó a ponerse nerviosa y a elevar el tono de voz.

—Todo esto es por tu culpa. —Merche que estaba a poca distancia, a punto estuvo de soltarle cuatro frescas a Lucía, cuando oímos preguntar.

—¿Todo bien? —Noté el brazo de Gabriel rodeando mi cintura, no me había dado cuenta de que se había acercado.

—¡Vaya, mira a quién tenemos aquí! Pero si es el nuevo “noviete”. Si te quedas con ganas de buen sexo, avísame guapo. Intuyo que esta no sabe dar placer a un hombretón como tú. Es demasiado mojigata. Además de llevar una carga a sus espaldas. ¿No te aburres de tener que soportar al hijo

de otro?

—La que aburre eres tú. Si me quedara con ganas teniendo sexo con Andrea, no lo dudes nunca, me mataría a pajas antes de tocarte ni un solo cabello a ti. Y escúchame bien, como vuelvas a hablar así de mi hijo, olvidaré que eres una mujer y te pondré en tu sitio. ¿He hablado claro?

—¿Tu hijo? —Preguntó sorprendida Lucia al tiempo que las dos lo miramos asombradas por distintos motivos.

—Sí, Lucía. Aunque dudo que tú puedas entenderlo, no necesito ser su padre biológico para tener ese sentimiento por él. Quererlo y cuidarlo me hace feliz.

Ahí me desarmó. Quiere a mi hijo. Lo quiere cómo si fuera suyo y lo cierto es que así lo sentí desde el primer día que pasamos juntos los tres en su piso viendo una película infantil. Pero oírse lo decir, defendiéndole... No pude evitarlo y le besé, le besé con ansias y él respondió a mi ataque, abrazándome con fuerza y pegándose a su cuerpo. Lucía hizo lo mejor que podía hacer, desaparecer de nuestra vista.

Desde aquel momento compartimos piso. Más tarde nos compramos una casa. Una con un bonito jardín, donde mi hijo y mi pareja se divertían persiguiéndose uno al otro o simplemente dándole a un balón de fútbol.

A las dos semanas de vivir juntos, Eddy le llamó papi por primera vez y vi a Gabriel emocionarse. Su corazón se llenó de orgullo con esa palabra. Desde entonces, mi niño no se despega de él cuando están juntos. Y he de decirlo, es todo un padrazo. En estos años, Gabriel se ha declarado dos veces. Sí, en ambas lo he rechazado. No estoy convencida de casarme de nuevo, Ya lo sé, rubia. Sé que es un buen hombre, lo demuestra a diario. Es un partidazo, es sensible, cariñoso y está pendiente de nosotros en todo momento, pero que firmemos unos papeles no va a hacer que lo quiera más. Es imposible. Aunque estoy segura de que al final acabaré casándome con él.

Bueno, creo que ya ha llegado el momento de despedirme, es un sentimiento agri dulce, porque os voy a echar de menos más de lo que pensáis. Quiero agradecer a todos y todas que hayáis compartido este tiempo a mi lado. Ha sido interesante. Gracias por vuestros comentarios mientras avanzaba la historia, aunque no lo creáis, habéis sido de gran apoyo.

Sois increíbles. Sí, sí. Tú también gafitas, tú también has sido parte de toda ella. Quizá algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse y volvamos a compartir momentos. Quien sabe, la vida da muchas vueltas...

Hasta siempre amig@s.

FIN  
SARA WITCH.

## AGRADECIMIENTOS

Creo que esta es una de las partes más difíciles de escribir en un libro, no porque me cueste dar las gracias si no, porque no me gustaría dejarme a nadie por el camino.

Uno de los Gracias en mayúsculas es para Taty\_ND. Por fin tenemos esa portada increíble. La clavaste sin apenas haber leído la historia y me enamoró al instante, eres una crack, no me canso de decirlo.

Mis lectoras cero, en esta ocasión han sido Suseth Tirado, Montse Ruiz, Merche Fernández y Tere Gómez. Cada una con su percepción de la historia, me animaban, se reían y desesperaban con cada e-mail que les mandaba. Gracias chicas, habéis sido de gran ayuda. Os quiero.

Gracias a mis Witches, sois la base que me sostiene en este mundillo literario, cuando todo a mí alrededor se tambalea y lo sabéis.

Agradecer los buenos consejos, las palabras de apoyo y la sinceridad de Yanira García y por estar siempre que la he necesitado. Gracias a Raquel Antúnez por captar mis locuras y hacerlas posibles en su maquetación.

Y sobre todo quiero agradecerte a ti, sí a ti que te gusta leer, que has adquirido este libro, porque sin lectores, nosotr@s no seríamos nada.

Espero que disfrutéis con esta historia y que siempre podáis pensar...  
“Hoy es un gran día”.

Sara Witch





## **BIOGRAFÍA**

Nacida en la ciudad de Hospitalet de Llobregat (Barcelona) en el 1969.

Comparte su vida con su marido y sus hijos, que aguantan sus locuras y su carácter.

Apasionada de la música, la naturaleza y sobretodo de sus amigas, con las que vive grandes aventuras.

Otros títulos de la autora:

- Segundo sueño a la izquierda. En febrero 2017 en digital, en

- papel octubre 2017. Editorial LxL.
- Luces en las sombras. En digital enero 2018. Editorial LxL.

Redes sociales:

 @SaraWich Escritora

 @sara\_witch1

 @sarawitch2014